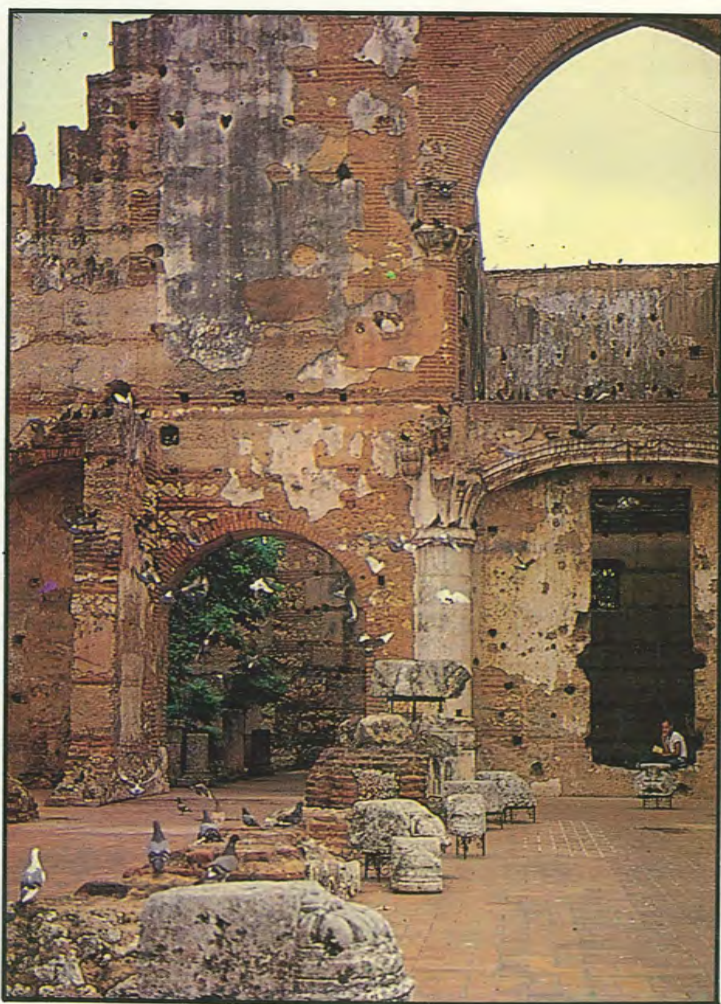


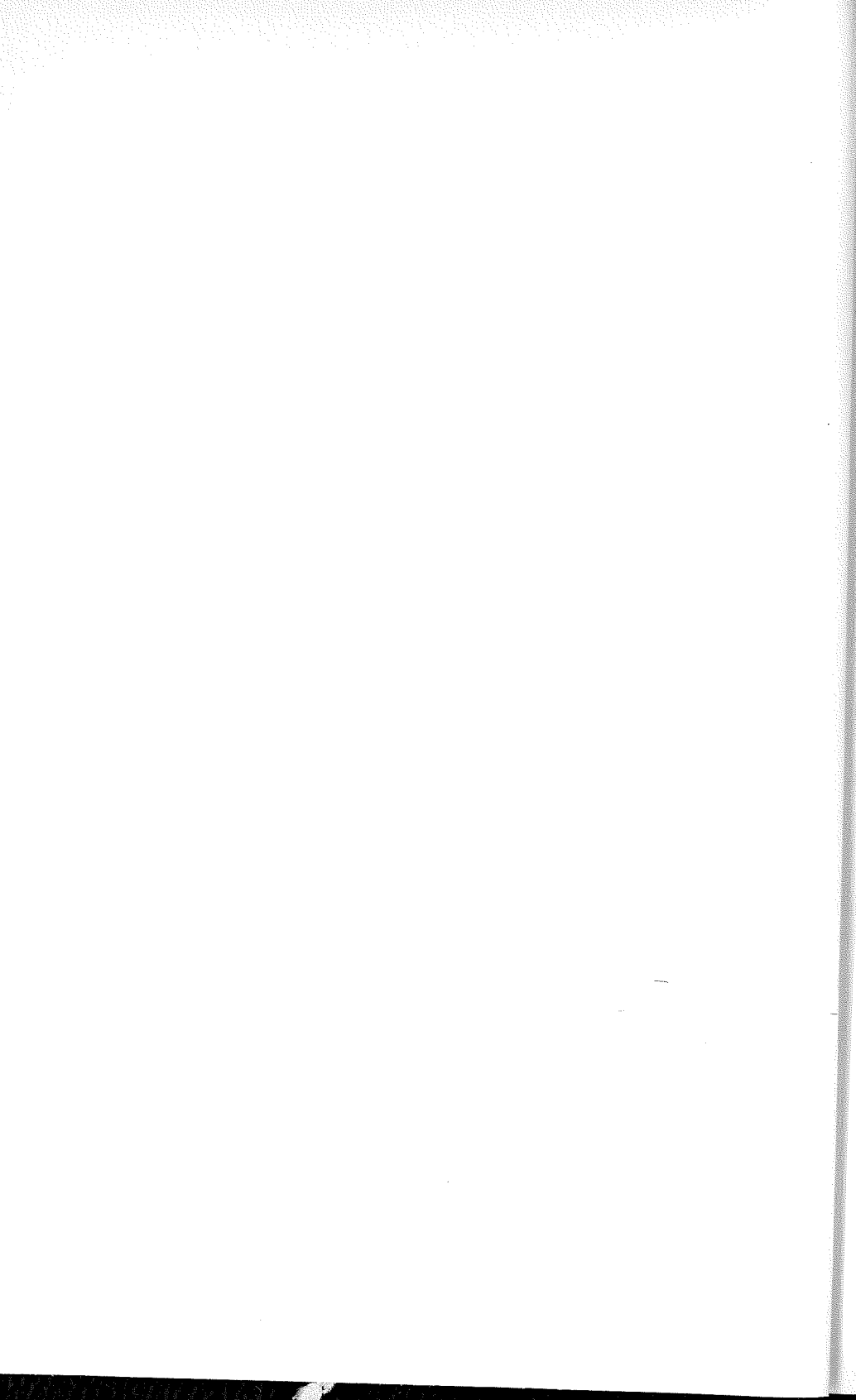
SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

POESÍAS COMPLETAS



BIBLIOTECA
DE CLASICOS
DOMINICANOS

VII



POESÍAS COMPLETAS

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:

Manuel Rueda

Asesores:

Pbro. Oscar Robles Toledano

Dr. Jorge Tena Reyes

Estatua de Salomé Ureña colocada en la Plaza de la Cultura.
Foto: José Vinicio Grau.



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen VII

SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

POESÍAS COMPLETAS

*Prólogo y notas adicionales de
Diógenes Céspedes*



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1989

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
Editora Corripio, C. por A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, Rep. Dominicana

Printed in Dominican Republic
Impreso en República Dominicana

SALOMÉ UREÑA O LA METRIFICACIÓN DE UNA IDEOLOGÍA: EL POSITIVISMO

1. *Recepción*

La recepción literaria de Salomé Ureña es un revelador de la concepción que la sociedad dominicana tuvo en el siglo XIX, y sigue teniendo en el presente, acerca de la poesía: la apoteosis de un contenido ideológico y político que reduce la poesía a la "identidad nacional" o a la expresión de los sentimientos del alma del yo del autor. Esta es la más tradicional de las teorías poéticas¹.

Ya entrado el siglo XX y conocidos todos los movimientos literarios y las llamadas "vanguardias" que desde el cubismo hasta el surrealismo se repandieron por el mundo, pasando por los más diversos métodos de crítica literaria (arte por el arte, existencialismo, estilística, estructuralismo, marxismo, sociologismo, etc.),

1. La bibliografía más completa sobre la poetisa, hasta 1943, la proporciona Silveria R. de Rodríguez Demorizi en su opúsculo *Salomé Ureña de Henríquez* (Santo Domingo: Editora Taller, 2a. ed., 1984), pp. 41-45. La primera edición de este opúsculo se publicó en 1942 en el *Boletín* de la Unión Panamericana. Luego en la edición de sus *Poesías completas* (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1955) sólo se añade un dato bibliográfico más: el último de la página 347. No se precisa si por cuenta de Joaquín Balaguer, prologuista de la obra, o por cuenta de M. E. Suncar Chevalier, quien tuvo a su cargo la edición. La obra más sistemática y que trae, hasta la fecha, la recepción más completa de la poetisa y de su labor pedagógica es el texto de Emilio Rodríguez Demorizi, *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas. Para la historia de la espiritualidad dominicana* (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1960). Todas las citas y referencias a estas tres obras serán abreviadas, de ahora en adelante, así: *SUH*, *PC* y *SUIS*, seguidas del número de la página. Se añade el opúsculo de 1951 de César Herrera *La poesía de Salomé Ureña en su función social y patriótica* (Santo Domingo: Publicaciones de la ONAP, 2da. reimpresión, 1988) 18 pp., el cual es una repetición de lo dicho ya por Balaguer.

quienes han abordado el estudio de la obra poética de Salomé Ureña lo han hecho con esos conocimientos de hoy, lo cual no tiene nada de reprochable, pero han incurrido en el error de juzgar sus poemas fuera del contexto-situación en que fueron enunciados en la lengua-cultura dominicana de 1870 a 1896².

2. *El vector ideológico del positivismo en Santo Domingo*³

La introducción, desarrollo y consolidación del positivismo en Santo Domingo en el siglo XIX⁴ es inseparable de la personalidad

2. Véase: José Alcántara Almánzar, *Estudios de poesía dominicana* (Santo Domingo: Alfa y Omega, 1979); Joaquín Balaguer *Literatura dominicana* (Buenos Aires: Americalee, 1950).

3. Ante el cúmulo de bibliografía acerca del positivismo, solamente hemos buscado trazar las características más sobresalientes de ese discurso universal y situar sus efectos ideológicos y políticos, a fin de mostrar el contexto en el cual Salomé Ureña va a desarrollar su práctica poética, pedagógica y política. El lector que desee ahondar en la filosofía racionalista se documentará mejor en los textos de los filósofos que fundaron ese discurso o en estudios críticos sobre el mismo. Acerca del tema específico del progreso, del cual tanta tinta ha sido vertida a propósito de Salomé Ureña, consultar la obra de Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso* (Barcelona: Gedisa, 1981). Para una crítica del racionalismo y su idea del sentido de la historia (el progreso), véase el artículo de Henri Meschonnic, "El marxismo excluido del lenguaje", *Cuadernos de Poética* 7 (1985) : 7-16, y el libro de Chaim Perelman, *Les catégories en histoire* (Bruselas: Instituto de Sociología, 1969), especialmente los artículos de L. H. Halkin y del propio Perelman.

4. Para una descripción sintética del contexto histórico, social y político en el cual el introductor del positivismo en el país, Eugenio María de Hostos, desarrolla sus actividades, véase "Hostos en nuestro pasado y nuestro porvenir", prólogo de Emilio Rodríguez Demorizi al libro *Páginas dominicanas* (Santo Domingo: Editora Taller, 1979) y de Miguel A. Pimentel, *Hostos y el positivismo en Santo Domingo. (Filosofía y política)* (Santo Domingo: Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1981), cap. III, pp. 33-54. La bibliografía de, sobre, pro y contra Hostos es muy abundante. Desde la publicación de sus obras completas en Puerto Rico en 1939 hasta la edición en Santo Domingo de los textos fundamentales en los cuales difundió su teoría y su práctica, así como las obras preparadas por Emilio Rodríguez Demorizi, *Hostos en Santo Domingo*, 2 tomos (Ciudad Trujillo: Imp. J. R. Vda. García Sucs., 1939), los artículos, tesis y libros sobre el maestro no han dejado de acrecentar el caudal bibliográfico acerca de su vida y su obra. No pudiendo citar, en un estudio breve, toda la bibliografía a mano, daremos las referencias de aquellos textos que sirvan para ilustrar el propósito de este trabajo, cuyo objetivo específico es la poesía de Salomé Ureña. Las obras arriba mencionadas serán abreviadas, de ahora en adelante, así: *PD*, *HP* y *HSD*, v. I seguidas del número de la página.

continental del puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903) durante sus tres estancias en la República Dominicana: la primera del 30 de mayo de 1875 a abril de 1876; la segunda, de 1879 a 1888; y la tercera y última, de 1900 a 1903, fecha de su muerte.

En ese lapso que abarca unos trece años, nos interesará sobremanera la labor teórica y práctica desarrollada por Hostos en las dos primeras estancias, puesto que éstas fueron las que alcanzó a vivir Salomé Ureña, desplegando esta mujer extraordinaria una actividad ejemplar de reforma de la educación dominicana como abanderada de las ideas del maestro. Trabajo ejemplar a doble título: política y pedagogía como prácticas indisolubles de la interpe-lación del sujeto femenino y labor poética como ilustración positiva de un combate entre razón y tradición⁵.

A menudo, cuando se escribe o se habla con el objeto de realzar la relación entre Salomé Ureña y Hostos, se alude casi siempre a la influencia y al peso intelectual del maestro borinqueño sobre la poetisa dominicana. Pero se obvia decir que antes de Hostos llegar al país en mayo de 1875 ya Salomé Ureña había escrito en 1873 los poemas "La gloria del progreso" y "A los leutones", así como los demás textos escritos en 1874, en los cuales trabaja la misma temática del positivismo, es decir, el triunfo de la razón y del progreso como objetivo inevitable de toda sociedad humana. No es ocioso decir que, en esta dirección, los antecesores de la poetisa y de cualquier intelectual dominicano de esa época fueron Correa y Cidrón, López de Medrano, Sánchez Valverde, Núñez de Cáceres, la Constitución de Cádiz y, cinco años antes del nacimiento de Salomé Ureña, el texto *Homenaje a la Razón*, de Manuel María Valencia. Luego, queda por hacer un trabajo de cotejo de la formación intelectual de Salomé Ureña a la sombra de su padre, Nicolás Ureña de Mendoza, abogado y poeta, quien sin duda, por su profesión, debió trasmitirle toda la ideología del ordenamiento jurídico de los códigos franceses, los cuales, sobre todo después de Napoleón, consagraron el imperio del orden y la razón como sinónimos del derecho.

5. Sobre los orígenes históricos de las ideas de la Ilustración y su concepto de razón en Santo Domingo, sobre todo con Bernardo Correa y Cidrón, Andrés López de Medrano y Antonio Sánchez Valverde, véase de Fernando Pérez Memén, *La Iglesia y el Estado en Santo Domingo (1700-1853)* (Santo Domingo: Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1984), pp. 389 y 413-30 y, del mismo autor, *Estudios de historia de las ideas en Santo Domingo y América* (Santo Domingo: Academia de Ciencias de la República Dominicana, 1987), pp. 127-129 y 165-186.

Hay algo doblemente paradójico en la puesta en funcionamiento práctico de las ideas de Hostos en Santo Domingo y es la autorización oficial de las dos primeras escuelas normales (una en la capital y otra en Santiago) en 1879, en virtud de lo cual queda implantado el sistema de enseñanza racional y laica en el país. Lo paradójico reside en el hecho de que esta medida se logró implantar acabando Hostos de llegar al país por segunda vez en 1879. Es decir, que la preparación de este proyecto se hizo entre mayo de 1875 y abril de 1876, luego fue madurado y negociado por los sostenedores de Hostos —Luperón y el Partido Azul— para ser ejecutado a la llegada del maestro, quien estuvo ausente tres años en Estados Unidos trabajando en favor de la independencia de Puerto Rico, y de Cuba, si cabía⁶. Una larga correspondencia o contactos personales debieron preceder la concepción del plan y su puesta en práctica. Todo lo cual debe investigarse.

La otra paradoja es que, contrariamente a lo que pudo haberse esperado, la implantación del sistema de educación racional y laica en el país ocurre bajo el gobierno de Cesáreo Guillermo, uno de los más prominentes caudillos y representante del baecismo en proceso de disolución luego del último gobierno y fuga de Báez el 2 de marzo de 1878. Baecismo tanto más debilitado cuanto que a la fuga del caudillo rojo, sus partidarios formaron dos gobiernos, uno en Santo

6. Pimentel (*HP*, 37) señala que Hostos partió del país ante el asombro de sus mejores amigos liberales, quienes ya habían logrado llevar a la presidencia de la República a uno de los suyos: Ulises Francisco Espaillat, al amparo de cuyo gobierno el maestro podría desarrollar libremente sus actividades pedagógicas y políticas. ¿No sería que Hostos vio con anticipación lo que le sucedería a Espaillat? Uno se pregunta cómo podrían asombrarse de este viaje de Hostos unos hombres que estaban al corriente de sus planes independentistas. Para explicar por qué Hostos interrumpe súbitamente la labor pedagógica y política que venía desarrollando en Puerto Plata junto con los liberales azules de Gregorio Luperón y con los emigrados cubanos y puertorriqueños que luchaban por la independencia de las dos antillas de habla hispana, Manuel Maldonado Denis observa: «Pero el viajero no se detiene. Obsedido por la idea de la revolución en Cuba parte hacia Nueva York el 5 de abril de 1876 a bordo del vapor 'Tybee'. Allí redacta el programa de la Liga de los Independientes cuyo objeto sería 'trabajar material, intelectual y moralmente en favor de la independencia absoluta de Cuba y Puerto Rico, hasta conseguir su total separación de España y su indiscutible existencia como naciones soberanas'» Ver prólogo a *América: la lucha por la libertad* (Santo Domingo: Ed. Corripio, 1988), p. 19.

Domingo encabezado por Guillermo y otro en Santiago formado por los partidarios del general Ignacio María González⁷.

Pero si uno analiza la forma de hacer política entre los azules y los rojos y los intereses particulares a los cuales respondían tales luchas, independientemente de que la ideología liberal en los primeros y la conservadora en los últimos significara, por una radical inseparación entre la teoría y la práctica, un primado de la fuerza de la razón para el grupo de presión que lograra imponerse, hay que señalar el problema capital de las alianzas como táctica coyuntural a corto o mediano plazo dentro de una estrategia global.

Esto explica que los azules se aliaran primero con González en el Cibao y que tan pronto éste violara los acuerdos convenidos, los liberales se aliaran con Guillermo en la capital, a quien, según Moya Pons, el padre Meriño, luego de caído el régimen de los Seis Años de Báez, había "atraído poco a poco hacia el Partido Azul" (*ob. cit.*, p. 389). Eliminado González del poder el 2 de septiembre de 1878, Guillermo asumió la Presidencia el 27 de febrero de 1879, luego de un interinato del presidente de la Corte Suprema de Justicia, Jacinto de Castro, quien tuvo el encargo de organizar las elecciones que, por supuesto, ganó Guillermo. Pero éste nunca tuvo el apoyo total de los generales azules del Cibao luego de esa alianza, pese a los acuerdos a los que llegó Guillermo con los azules de la capital. Su pérdida comenzó cuando destituyó a prominentes generales azules, entre ellos a Ulises Heureaux, lugarteniente de Luperón. Guillermo instauró la dictadura, desfalcó el erario y adeudaba salarios a los generales y empleados públicos afiliados al Partido Azul o Nacional Liberal. A lo cual siguió una "revolución" triunfante y la instauración de un gobierno provisional encabezado por Luperón en Puerto Plata, el 6 de octubre de 1879, con lo cual se inició el largo período de gobierno del Partido Azul.

Es en este contexto de alianzas que se explica la paradoja de que fuera durante el gobierno rojo, conservador y dictatorial de Guillermo que se produjera la autorización de las dos primeras escuelas normales, quedando implantado, como se dijo, el sistema de educación racional y laica. Agotado ya el proyecto conservador del baecismo y sus herederos, la ideología positivista de Hostos, asumida por Luperón y sus amigos políticos del Partido Azul, trabajaba para

7. Véase Frank Moya Pons, *Manual de historia dominicana* (Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra, 4a. ed., 1978), pp. 387-390.

el futuro político de ellos, aunque no sin contradicciones que estallarían en su momento, en razón de los intereses conservadores y liberales que enfrentaban a los mismos miembros de dicho partido cuando, sin oposición viable de otra fuerza política —otrora el baecismo—, se les planteó a los caudillos azules el problema central y crucial del control del poder y su mantenimiento.

A nada de este contexto fue ajena Salomé Ureña. Pero, ¿bajo cuáles modalizaciones se verificó la recepción del positivismo introducido por Hostos en Santo Domingo? En un artículo de 1905, dos años después de la muerte de Hostos, refiriéndose al *Tratado de sociología* de 1901, compuesto y publicado sin la revisión del autor sobre la base de notas de los discípulos, pero cuyo segundo tratado fue escrito en 1883 para los estudiantes de la Escuela Normal de Santo Domingo, Pedro Henríquez Ureña afirma que en el mismo son analizadas “brevemente las teorías sociológicas conocidas en aquel momento: la individualista y la socialista, demasiado exclusivas; la *sociocrática* de Comte, que condena por apriorística, y la *orgánica*, que propone como la más aceptable, con reservas, y que es totalmente diversa del *organicismo* de Spencer.”⁸

Como se ve, se trata, en primer lugar, de un positivismo muy particular, que rechaza el individualismo, desde sus vertientes más antiguas hasta sus formas más modernas (Aristipo de Cirene/Nietzsche); el socialismo, desde sus orígenes hasta las formas contemporáneas (Tomás Moro/Marx⁹); la sociocrática, que no es otra

8. En *Obra crítica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), p. 80. Abreviada, de ahora en adelante, así: *OC*, seguida del número de la página.

9. Miguel A. Pimentel (*HP*, 45) dice: “Ni en sus obras sociológicas ni en sus artículos y documentos personales existen evidencias de que Hostos conociera los basamentos teóricos de la ciencia marxista.” Lo cual necesita una demostración. En el caso de que resultara cierta esa afirmación, la misma no constituiría, todavía, una prueba. ¿A qué podría estar refiriéndose Hostos en el segundo tratado cuando rechaza la teoría sociológica socialista por ser dogmática, que es el sentido que en su discurso adquiere el término *exclusiva*? Aun sin la demostración, tal tesis parece insostenible, sobre todo para un hombre que se educó en una Europa convulsionada por grandes contradicciones ideológicas y grandes desigualdades económicas que si bien es vector del positivismo que Hostos adoptó (el krausismo), era conservador, para América Latina resultaba ser políticamente revolucionario en la medida en que contenía toda la teoría de la soberanía popular de Rousseau y se le agregaba un elemento nuevo a la clásica división de los tres poderes del Estado contenida en *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu. Hostos agregaba el Poder Electoral, junto a los

cosa que el sociologismo de Comte (primado absoluto del orden autoritario por encima del individuo) contenido en el *Discurso sobre el espíritu positivo* y continuado, a nivel de método, por Durkheim, ya que Hostos, como hombre de ciencia que va, por experimentación, de lo inductivo a lo deductivo, no puede trabajar con determinaciones *a priori*; la teoría orgánica, que Hostos trabajará con reservas y que se opone al organicismo de Spencer y su finalismo, el cual conduciría a Hostos, de aceptarlo, a adjudicar de la razón para admitir un plan o designio divino en la creación del universo, cosa que la ciencia positiva que va, por experimentación, de la inducción a la deducción, no podría aceptar, so pena de deshacerse a sí misma. Lo cual no significa que el primado de la razón en Hostos no conduzca a los mismos efectos teleológicos por otra vía: la sacralización de la naturaleza y lo social, regidos por "leyes", sin tener que mencionar a Dios: "...la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural." ("Discurso...", *HSD*, t.I, 154) O, en otros términos, el primado de la naturaleza por encima del individuo: "...la sociedad es una ley a que el hombre nace sometido por la naturaleza, a cuyos preceptos está obligado a vivir sometido, en tal modo que, mejorando a cada paso su existencia, contribuye a desarrollar y mejorar la de la sociedad." (*OC*, 80)

De manera que el rechazo de Hostos a las teorías sociológicas precedentemente citadas no es el resultado de animadversión personal o de ignorancia, sino producto del entorno en que se educó en España, conocimiento-desconocimiento de unos discursos y el efecto político e ideológico de un sujeto en relación con una teoría. Y además, resultado, desde esa perspectiva, de una autoconciencia acerca de la especificidad histórica, política y cultural de las Antillas y de América Latina en sus relaciones con las metrópolis europeas.

Henríquez Ureña, en un artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 28 de abril de 1935, titulado «Ciudadano de América», describe el contexto social e ideológico en el cual se educó

otros tres, como teoría y práctica de la democracia representativa, lo cual se oponía, en su época, y en la actual, a los regímenes dictatoriales que fueron, y son todavía en algunos casos, la plaga de los países latinoamericanos. Henríquez Ureña (*OC*, 84) nos da una pista en el sentido de lo que apuntamos: «Los remedios que propone [Hostos] no son los de las teorías socialistas corrientes: la solución de los problemas humanos piensa que la dará siempre, no una revolución, 'barrido extemporáneo de basura', sino el conocimiento de las leyes naturales del mundo y de la sociedad, que permitirá determinar 'la cantidad de bien ya realizado y los medios del bien por realizar'»

Hostos: «Antes de la adolescencia (1851) va a España, donde permanecerá hasta cumplir los treinta años. Allí comprende la esencia de los males que atormentan a todo el mundo hispánico, en la patria europea y en las patrias desgarradas de América: la falta de clara conciencia social que anime la estructura política. Conoce hombres y mujeres —Pi y Margall, Concepción Arenal, Sanz del Río y sus discípulos—, en quienes germina otra España, renovada, purificada. De ellos aprende y con ellos trabaja.» (OC, 674) y más adelante señala el crítico dominicano al describir la formación intelectual de Hostos: «Devora conocimientos: ciencia y filosofía, arte y literatura. Pero su ansia de justicia y libertad —ansia humana, física, ansia de hijo de Puerto Rico— se convierte en pensamiento cuyo norte es el bien de los hombres, se hace 'trascendental', como gustaban decir sus amigos krausistas¹⁰. Vive desde entonces entregado a su meditación filosófica y a su acción humanitaria, embriagado de razón y de moral. Su carácter se define: estoico, según la tradición de la estirpe; severo, puro y ardiente; sin mancha y sin desmayos.» (*ibid.*) Es la mejor descripción, no inocente, de la subjetividad de Hostos hecha por uno que conoció muy bien su obra ya que la familia Henríquez Ureña estuvo vinculada estrechamente al maestro puertorriqueño.

En este contexto de ideas filosóficas, pedagógicas, políticas y sociológicas es que hace Hostos su aparición en la escena cultural del Santo Domingo de 1875-76 y de 1879-89. Sociedad en la que si

10. El krausismo, según el Diccionario de la Real Academia Española (ed. de 1970, p. 779), fue un «sistema filosófico ideado por el alemán Krause, colaborador de Schelling, a principios del siglo XIX. Se funda en una conciliación entre el teísmo y el panteísmo, según la cual, Dios, sin ser el Mundo ni estar exclusivamente fuera de él, lo contiene en sí y de él trasciende.» Decir krausismo, sobre todo en España, y para América hispánica, significa decir Sanz del Río y Giner. D. L. Shaw explica por qué el krausismo, viniendo de un filósofo de tercera categoría, tuvo tanta popularidad en la Península y lograra «satisfacer las necesidades más profundas de la minoría culta española.» La explicación es, a nuestro juicio, válida para los pueblos latinoamericanos, de recia raigambre católica, en particular para Santo Domingo y el caso del hostosianismo: «Su *racionalismo armónico*, que fundía la providencia divina con el determinismo y el esfuerzo moral con la gracia, ofreció a aquella minoría la posibilidad de retener algunos vínculos religiosos sin sacrificar sus adhesiones racionalistas.» Cfr. *Historia de la literatura española. 5. El siglo XIX* (Barcelona: Ariel, 1986), p. 275. El error estratégico del krausismo, como el del positivismo hostosiano, fue creer que era posible cambiar la sociedad (política y economía) a partir de la ilusión de que la educación por sí sola era capaz de transformar «las actitudes y la mentalidad de sus compatriotas.» (*ob. cit.*, 277)

bien primaban los fundamentos del método especulativo basado en la ideología del escolasticismo y el eclecticismo con sus técnicas de memorización y verbalismo retoricista, también es cierto que el maestro encuentra terreno fértil para su aventura junto con la fracción política minoritaria que ya había entrado en comercio intelectual con la razón, aunque a un nivel que no había conocido la sistematicidad y el rigor. El futuro de esta fracción sería el control del poder luego de la caída de Guillermo en 1879.

El discurso teórico hostosiano, inseparable de una práctica, la pedagogía, era un proyecto de sociedad que entraba en contradicción con la estructura social vigente puesto que implicaba una transformación de las modalidades de control del poder que había estado, desde la fundación de la República, incluso antes con la administración colonial y la ocupación haitiana, en manos del autoritarismo o la dictadura. Esa estructura social y su forma de poder fue lo que Hostos encontró de frente a su llegada al país. Como acertadamente observa Henríquez Ureña: «La Escuela Normal de Hostos (1880-1888) encontró oposición en los representantes de la antigua cultura; pero sus enemigos reales no eran éstos, que en mucho llegaron a transigir o a cooperar con él: entre 'clerics' ajenos a traición, entre hombres de buena fe, la lucha leal puede trocarse en colaboración. El enemigo real estaba donde está siempre, en contra de la plena cultura, que lo es 'de razón y de conciencia', tanto de conciencia como de razón: estaba en los hombres ávidos de poder político y social, recelosos de la dignidad humana. El déspota local decía que los discípulos de Hostos llevaban la frente demasiado alta. Después de nueve años, 'cansado de las luchas con el mal y con los malos', Hostos decidió alejarse del país.» (OC, 675-76) Este abandono de la lucha ha sido muy discutido. Las presiones del 'déspota local', de su base social de apoyo, de la Iglesia y de los intelectuales racionalizadores del autoritarismo fueron grandes. Las escuelas normales se vinieron abajo por la falta de apoyo económico del gobierno, que esperaba así obligarlas a cerrar sus puertas. Pero dados los compromisos y las viejas lealtades del dictador Heureaux con Luperón y el Partido Azul, incluso si por razones políticas éste los deshizo, no creemos que hubiese llegado a recurrir al asesinato de Hostos, impidiéndole continuar su labor pedagógica, aún cerradas las escuelas. El estoicismo que adoptó, como conducta ética y política frente a la vida, le impedía abandonar la lucha. Esa era la contradicción del sujeto Hostos de que hablábamos más arriba. Y parece que

él se dio cuenta, una vez en Chile, de ese error, según lo reporta Henríquez Ureña: «Y no haberme quedado a continuar mi obra».
(OC, 676)

Esta lucha frontal de esos 'hombres ávidos de poder político y social' contra Hostos es lo que explica el obstáculo a la expansión del sistema de educación racional y laica por todo el país y su reclusión experimental limitada a la capital y Santiago, así como explica también la posterior clausura de esos centros de enseñanza y del Instituto de Señoritas fundado por Salomé Ureña. La pragmática del poder no se equivoca. Ella, a través de los sujetos que controlan el poder, sabe cuáles son los peligros que la amenazan. Una teoría social y pedagógica como la de Hostos era incompatible con la dictadura, puesto que su política incluía una modernización de la estructura social y del Estado sobre la base de un orden y una autoridad, es cierto, pero también tal Estado de derecho no sería una realidad en Santo Domingo sin una concepción de la democracia entendida como participación popular en las decisiones políticas, ya que quienes ejercerían el poder, a través del gobierno, no eran otra cosa que mandatarios elegidos libremente por el pueblo cada cierto tiempo estipulado por la Constitución y las leyes, mediante el voto libre y secreto. Independientemente del cierre de las escuelas normales bajo la dictadura de Heurieux, el sistema de educación racional y laica siguió funcionando, con altas y bajas, en nuestra sociedad, dependiendo de los gobiernos que se turnaran en el poder, hasta 1954 cuando fue desplazado por el sistema anterior especulativo, escolástico-ecléctico y memorístico que vino a legitimar de nuevo la firma del Concordato con el Vaticano bajo la dictadura, no es sorprendente, de Trujillo. En virtud de ese acuerdo la educación oficial a nivel primario y secundario fue, en parte, entregada a los sacerdotes, pero ya antes los ideólogos del régimen habían decretado el fracaso del sistema escolar implantado por Hostos¹¹. Aunque ese desmantelamiento venía de más lejos. Con la intervención militar norteamericana, el invasor nombró a un antihostosiano —Julio Ortega Frier— en la Superintendencia de Educación. Este personaje habría de jugar, junto con Balaguer y Peña Batlle, un rol de primer

11. Para opiniones discordantes sobre este planteamiento, sujeto a la autocensura bajo el trujillismo, véase el volumen colectivo de los intelectuales del régimen titulado *La influencia de Hostos en la cultura dominicana. Respuestas a la encuesta de El Caribe*. (Ciudad Trujillo: Editora del Caribe, 1956).

orden bajo el trujillismo. Los efectos de la ocupación norteamericana en el campo de nuestra educación fueron, sin embargo, desastrosos, según Bruce Calder¹².

Este autor señala que materialmente (y no digamos ideológicamente) los logros de 1920 en asunto de "progreso" educativo eran casi los mismos que en 1930. Aunque Calder afirma que los interventores, aprovechando los años anteriores a la crisis de la postguerra de 1914-18, dieron un impulso a las construcciones de escuelas primarias y secundarias, aumentando considerablemente los cursos intensivos para maestros debido al gran aumento de estudiantes; creando escuelas vocacionales de verano y escuelas correccionales; decretando alzas de salarios para maestros de dos tandas; incentivando asociaciones de padres de alumnos y tratando de racionalizar la Universidad.

Sin embargo, su política de tratar de ampliar las bases escolares hasta la mayoría de las masas campesinas y urbanas se estrelló contra la política interna y la política externa. Esta última no podía ser otra que la de una potencia imperial. Balaguer y Peña Batlle en todas sus obras donde tocan ese punto se empeñan en demostrar que el sistema hostosiano había sido un fracaso, si bien en su época había aportado sus frutos. Con lo cual querían significar que ya era obsoleto. En realidad, la estrategia era combatir lo político pretextando un combate contra las ideas pedagógicas, muchas de las cuales resultaban inadecuadas para ese contexto, pero que en dicho combate sepultaban el método racional, que resultaba peligroso para la dictadura. Y en segundo lugar, rematando el método, ellos liquidaban la teoría de la democracia y el principio de la alternabilidad en el ejercicio del poder¹³, que les eran inseparables, es decir, las elecciones libres y secretas como expresión de la soberanía popular a través del funcionamiento de los partidos políticos representativos de los diferentes espectros ideológicos y de clases.

Esto es lo que se rechazó siempre de la teoría hostosiana: la caducidad de las ideas pedagógicas era una contradicción secunda-

12. *The Impact of the Intervention. The Dominican Republic during the United States Occupation* (Austin: University of Texas Press, 1984), pp. 34-40.

13. Balaguer, quien como político se adapta a las circunstancias —como él gusta decir—, ha adjurado de esta vieja tesis totalitaria. Hoy pregona que el principio de la alternabilidad en el ejercicio del poder es la mejor garantía para el funcionamiento de la democracia.

ria. Por ejemplo, Balaguer, en su conferencia ensayo "El principio de la alternabilidad en la historia dominicana", expone como contrario a Dios y a la naturaleza el «ideal inasequible de las democracias humanas»¹⁴. Peña Batlle, en su "Discurso", confirma el fracaso de la escuela hostosiana y reafirma la imposibilidad de la democracia en nuestro país en virtud de que ésta «descansaba sobre la formulación de una serie de principios constitucionales que nada o muy poco tenían que ver con el hecho social, con la realidad de nuestra vida pública.»¹⁵ Uno de esos principios constitucionales era, entre otros, la alternabilidad en el ejercicio del poder. A partir de Balaguer y Peña Batlle, cuyos discursos datan de 1952, los epígonos no han hecho más que repetir. Ellos fueron, a su vez, repetidores de los discursos de los enemigos de Hostos en el siglo XIX y en este siglo hasta 1956, pero con la virtud de que le dieron a la repetición un rigor y una sistematicidad propia del discurso conservador¹⁶. Esto se concibe mejor cuando ambos pensadores afirman que la verdadera democracia era la que disfrutaba el pueblo dominicano bajo Trujillo.

La "escuela sin Dios" o la "escuela laica e irreligiosa" fueron los torniquetes que el discurso propagandístico e ideológico proveniente del poder usó como instrumento para combatir, menos que el ateísmo, las formas democráticas contenidas en la teoría política que emanaba del discurso social de Hostos. Aquí es preciso volver a Peña Batlle (dando excusas por la digresión, pero es necesaria una mínima reflexión comparativa para que se vea la diferencia entre los proyectos que preocupaban a Salomé y a los hostosianos hace un siglo—1889— y los que preocupan hoy a nuestra sociedad y a algunos de sus pensadores y dirigentes en 1989), repetimos, volver a Peña Batlle, quien en el prólogo al libro del padre jesuita Antonio Valle

14. *La palabra encadenada* (México: Fuentes Impresores, 1975), p. 174.

15. *La Era de Trujillo*, t. I (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1955), p. 156.

16. Aunque Peña Batlle se canta y se llora. Contradictoriamente, en la famosa carta a Emilio Rodríguez Demorizi, de fecha 11 de octubre de 1950, publicada en *Clío* 99 (1954): 94-95, dice: «No soy antipositivista, pero creo que en nuestro país, dada su historia cultural, el positivismo puro, como lo introdujo Hostos, era un peligro serio.» Y más arriba: «Considero una desgracia nacional el retorno al positivismo crudo de Hostos en 1880.» El peligro serio era la democracia con elecciones libres, lo cual equivalía para él «a volver sobre la recorrida senda de nuestras angustias pasadas.» El positivismo en el cual creía Peña Batlle es el de origen totalitario, justificado por Comte.

Llano¹⁷, se responsabilizó del desmantelamiento de la escuela hostosiana cuando condenó al Hostos predicador, en una operación ahistórica que lo disociaba de su trabajo de literato y pensador solitario (?): «Sé que mis observaciones causarán mucho revuelo y que algunos me llenarán de denuestos, pero alguna vez se debe comenzar la semblanza rectificadora y yo estoy dispuesto a asumir la responsabilidad de ella.» (p. 8)

Con el apoyo del brazo secular del Estado dominicano, del brazo sagrado de la Iglesia y con el apoyo internacional del franquismo a través de la exacerbación del hispanismo, del catolicismo y del trujillismo, no se advierte qué otro temor pudiera asaltar a Peña Batlle que no fuera el del fracaso de la reforma educativa en marcha como fracaso de su proyecto político e intelectual, tal como se revela hoy a nuestros ojos a casi cuarenta años de reinado. Todo eso a pesar del concentrado de clisés históricos y psicológicos contenidos en el prólogo a la obra de su maestro Américo Lugo y que Peña Batlle tomó prestados a Taine, a Croce y otros pensadores conservadores, para justificar la dictadura de Trujillo y condenar el hostosianismo¹⁸.

Sobre las relaciones de Peña Batlle con el catolicismo y el franquismo, Balaguer señala lo siguiente: «Con la misma maestría diseñó después Peña Batlle la política del régimen relacionada con el mantenimiento de nuestros vínculos con España, y sobre las raíces hispánicas de nuestro ser nacional. El radicalismo de sus ideas se vio estimulado en este campo controversial, por la fuerte personalidad del Embajador de España, Don Manuel Aznar, y por el genio revolvedor del sacerdote jesuita Luis Posada.»¹⁹

Se comprende mal cómo un escritor de la talla de Peña Batlle, con una obra ya hecha, pudo dejarse influir por dos intelectuales sin ninguna obra de peso ni trascendencia, ni aquí ni en España. Sólo un fanatismo imbuido de un sentido mesiánico puede explicar esa conducta, ligada sin duda a intereses políticos difíciles de desbrozar

17. *Historia de la Compañía de Jesús en Santo Domingo* (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1950).

18. "Semblanza de Américo Lugo", prólogo a *Historia de Santo Domingo. Edad Media de la Isla Española*, de Américo Lugo (Ciudad Trujillo: Editorial Librería Dominicana, 1952), pp. XXV y XXXIV.

19. *Memorias de un cortesano de la "Era de Trujillo"* (Santo Domingo: Editora Corripio, 1988), p. 234.

en el contexto de los secretos de la dictadura. A ese fanatismo, Balaguer, al igual que Rodríguez Demorizi en la encuesta de *El Caribe*, prefiere llamarlo "radicalismo". Pero sea como fuera, la relación Estado-Iglesia sigue planteándose hoy con tanto vigor como en la época de Salomé y Hostos, pues la misma toca la problemática de la modernización del Estado capitalista en nuestro país.

Por esa misma razón la Iglesia es tan sensible hoy, como lo fue bajo Meriño en la época de Hostos, al problema de su separación del Estado²⁰. Sensibilidad que se manifiesta, como talón de Aquiles, cuando se toca el punto neurálgico de la educación, el cual no es más que un vector ideológico que camufla el verdadero conflicto: lo político. De ahí que a una opinión de Juan Bosch sobre ese problema (externada en una entrevista a dos estudiantes de periodismo de una universidad católica), el Arzobispo de Santo Domingo ripostara con una frase a partir de la cual no es posible ninguna discusión, puesto que se trata de un problema de fe, no de conocimiento: «La religión, entendida como debe entenderse, es una vida motivada por un conjunto de verdades que se profesan libremente, es un tremendo compromiso de fe con Dios que se me revela y a quien yo correspondo con mi actitud de fe, y es también un compromiso con los hombres que son mis hermanos. [] Reducirla al campo sentimental es empobrecerla, desconocerla y, por parte de muchos ridiculizarla. Es lo que han pretendido en diversas épocas los racionalistas, librepensadores, liberales, etc.» (*Última Hora*, 28/12/1988, p. 14)

Las opiniones religiosas de Balaguer son, no obstante, más demolidoras que las de Bosch: «... nunca he podido sobreponerme a la duda de que el sepulcro es el término de todas las apetencias humanas. Tampoco he podido admitir jamás, dentro de la simplicidad de mi fe religiosa que el hombre ha sido hecho a imagen y semejanza de su Creador. Participo más bien del pensamiento de Goethe y de

20. Esto se debe a que la Iglesia, desde los orígenes mismos del capitalismo no supo y no pudo insertarse en ese vasto proceso de modernización planetaria. Bernard Groethuysen en *Origines de l'esprit bourgeois en France* (Paris: Gallimard, 1977), p. 288, observa lo siguiente: «L'Englise n'a pas su faire l'unité entre le bourgeois et le chrétien. Le bourgeois, tel bourgeois demeurera catholique; la bourgeoisie, l'état bourgeois ne le sera pas.» ["La Iglesia no supo hacer la unidad entre el burgués y el cristiano. El burgués, tal burgués permanecerá católico: la burguesía, el Estado burgués no lo será."] (Traducción libre de D.C.). La primera edición del libro de Groethuysen data de 1927.

otros grandes agnósticos, para quienes la existencia de Dios no admitía duda, y para quienes Dios es una realidad patente en el Universo, pero una realidad que no puede ser concebida por la mente humana. Es empequeñecer a Dios compararlo con cualquiera de sus criaturas, aún con la más perfecta de ellas, con la única que sepamos, a quien le ha sido concedido el don de la palabra y el don del pensamiento.» (libro citado, pp. 383-84) Y esta otra herejía devastadora del dogma católico: «La idea de la inmortalidad del alma la he concebido siempre como un fruto del orgullo humano, de la necia vanidad del hombre de no perecer y de aferrarse a la tierra, al través de una supuesta reencarnación en otros seres.» (*ob. cit.*, p. 384)

En este aspecto, no en su puesta en práctica, Balaguer se revela como un pensador burgués, ya que tales ideas implican que en el Estado capitalista la religión está separada de la esfera de lo público y se la considera como un asunto personal entre Dios y el sujeto²¹.

3. Las ideas poéticas en la época de Salomé Ureña

La máxima contradicción de un escritor está en subordinar su práctica a una ideología que le es completamente extraña a la escritura. En Occidente, al menos, esa ideología ha sido el proyecto platónico que subordina el arte y la literatura a la historia, al Estado y a la naturaleza en tanto imitación (mimesis) degradada a un nivel de conocimiento inferior a la filosofía. En esa teoría, el arte y la literatura pueden ser, ambivalentemente, verdad y mentira a la vez. Al legislador corresponde determinar ese estatuto para premiar o castigar al artista. Sólo un pensador se opuso totalmente, en la antigüedad, a esa pretensión platónica, reforzada luego por Aristóteles y los epígonos suyos y de su maestro. Ese hombre fue Filodemo de Gadara. Pero los juicios de los sucesivos jueces lo enterraron²².

Desde entonces, nuestro concepto de la literatura y el arte no ha cambiado radicalmente: siempre la poesía y el arte han sido concebidos, por jueces y por algunos poetas, como instrumentos al servi-

21. Sobre este asunto, véase el libro ya citado de Groethuysen: *Origines de l'esprit bourgeois en France*.

22. Para los detalles de la vida, los escritos, su confrontación con Horacio y su poética, y el hallazgo de fragmentos de su obra clave *Sobre los poemas*, véase de Edmundo Bendejú, *El delirio de los coribantes (Estudio sobre poética)* Lima: P.L. Villanueva, 1981), pp. 143-174.

cio de algo externo a ellos, menos al servicio de sí mismos. En consecuencia, para concretarnos al siglo XIX, que es el contexto epocal de Salomé Ureña y el período que nos interesa, sabemos que las ideologías literarias predominantes eran, sobre todo por el sesgo de la cultura de España, el romanticismo en la línea Heine-Bécquer, el realismo y el naturalismo en la línea de Balzac-Stendhal-Zola. Exclusión fuerte de Baudelaire, Flaubert, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé y recepción atenuada (por su efecto político) de Hugo. Apogeo de Quintana y más tarde de Pérez Galdós, Pardo Bazán; y en el ensayo, la crítica y el periodismo, Leopoldo Alas (Clarín), Menéndez y Pelayo, Valera y Larra. Del lado de América del Norte, los pueblos latinoamericanos pudieron haber reivindicado a Poe. Pero todos esos "genios" tutelares volarán en alas de Darío y de la poética que, para una Salomé Ureña que nunca salió del país, apenas se anuncia desde Cuba (con Julián del Casal y Martí) y que para ella no será más que niebla. De modo que para ella, para José Joaquín Pérez y para Gastón F. Deligne²³, la poesía no pasará de ser expresión de los sentimientos del alma del poeta. Es decir, mimesis de la vida del autor o de la historia y la naturaleza. Una poética del realismo, como lo fue en toda América Latina en ese siglo XIX de luchas políticas fuertes²⁴. Si se toma la práctica poética de los poetas franceses que

23. En una carta a Primitivo Herrera, del 3 de enero de 1913, Deligne le ratificaba lo que siempre había creído que era la poesía: «El arte es la sinceridad de cada artista, y todo lo demás son vanas disputas.» Y más adelante: «Expresa el artista lo que ama con vehemencia; sea mujer lo amado, sea justicia, sea bondad, sea sentimiento, sea idea, y el artista triunfará por encima de todas las fórmulas.» Cfr. *Páginas olvidadas* (San Pedro de Macorís: Universidad Central del Este, 1982), pp. 40, 42. La primera edición de esta obra, debida a Emilio Rodríguez Demorizi, es de 1944.

24. Contra el asombro que manifiestan algunos poetas, Fernández Spencer entre ellos, acerca de la superior formación intelectual de Salomé Ureña dado lo limitado del medio y los prejuicios contra la mujer, hay que observar que inteligencias como la suya suplen la educación "formal" con la apropiación que hacen de casi todo el conocimiento de su época. Dando por descontada la temprana formación de Salomé dirigida por su propio padre, cosa harto sabida, hay que hacer notar que cuando Francisco Henríquez y Carvajal y ella entran en relaciones amorosas ella le exige que le «muestre el camino de las ciencias que él trilla» (*SUIS*, 255). En esta relación ella acrecentó su saber, pero ya antes estaba encarrilada en el estudio del derecho, de la anatomía, la matemática, las ciencias naturales y las humanidades. Antes de la llegada de Hostos, sus poemas revelan la relación de la filosofía, la historia, los mitos y la religión. Abrevadero que fue para ella el mismo que el de los intelectuales y poetas de su época, o anteriores a ella. ¿Habría que asombrarse porque en Nicaragua

vivieron la era del positivismo de Comte —la era del capitalismo financiero y luego industrial— se observa que el poema-Baudelaire, el poema-Hugo, para no citar sino esos dos casos, es toda una política del sentido orientada contra el positivismo, contra la historia, contra lo social de su época.

Pero en América Latina, y en el caso de Santo Domingo y Salomé Ureña, que es lo que nos atañe, el poema asume una ideología —la del positivismo hostosiano con su sentido de la historia— para enfrentar, denunciándola, otra ideología: la del discurso-acción conservador, y más que conservador, autoritario, dictatorial. Con lo cual el poema se quedaba aprisionado en los límites que él mismo se había dado: denunciar su situación de opresión o reivindicar su proyecto racionalista para el porvenir. La concepción de lo social en el positivismo hostosiano no le dejaba otra alternativa puesto que él no tenía otra teoría del arte y la literatura que la de Platón-Aristóteles, como bien lo demostró Henríquez Ureña: «Pero mientras para Martí arte y virtud, amor y verdad viven en feliz armonía ('todo es música y razón'), Hostos sospecha conflictos entre belleza y bien: resueltamente destierra de su república interior a los poetas si no se avienen a servir, a construir, a levantar corazones.» (OC, 677) La concepción poética en ambos es idéntica, pero en Martí hay un matiz que no existe en Hostos, quien no era poeta: la reivindicación de la imaginación en Martí no es la bella mentira, sino la razón misma. En Hostos la poesía es la mentira y la prosa la razón y la verdad. Para Martí la poesía es imaginación y el nivel simbólico que la distingue puede ser una verdad más eficaz que la prosa racional. Pero la enseñanza al discipulado de Hostos en Santo Domingo tuvo un efecto directo e inmediato, y se verificó en el terreno de los hechos y de las confrontaciones. Por lo cual, el análisis de la práctica poética de los poetas que estuvieron bajo su influjo no deja lugar a dudas con respecto al alejamiento de la doctrina de Martí, la cual se acerca más a la práctica y a la teoría de Poe, Baudelaire, Rimbaud y los simbolistas franceses que al realismo o al naturalismo de prove-

surgiera un Darío? En el caso de Salomé, también abona en favor de su superior inteligencia el lugar preeminente que tuvo en la redacción de la *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo* (Santo Domingo: Editora Taller, 1980) como contribución dominicana a la celebración del cuarto centenario del Descubrimiento de América. Trabajo que supuso toda una búsqueda documental y una investigación de la oralidad poética.

niciencia española. De ahí su recuperación por el modernismo de Rubén Darío.

4. *El poema-Salomé*

Contrariamente a Hostos, que pronuncia un discurso (es decir, produce una ideología) en el acto de investidura de los primeros maestros normalistas el 28 de septiembre de 1884, Salomé prefirió, en el acto de investidura de las primeras maestras normalistas el 17 de abril de 1887, leer un poema —“Mi ofrenda a la patria”—. ¿Cuál es el sentido de estas dos actitudes? ¿Identidad, para Salomé, entre prosa racional y poesía? ¿O concepción de la prosa racional como deficiencia para expresar el pensamiento? Luego, ¿concepción de la poesía como el único lenguaje que puede expresar la verdad de lo que ella quería comunicar en ese acto de investidura? ¿O intuición de la poesía como símbolo que asume una autocensura frente a una realidad social (la dictadura de Heureaux) que amenaza al sujeto? ¿O un acto sublime y grandioso como ése no podía ser expresado sino a través de la poesía? Las respuestas quedan, por ahora, en suspenso...

Sea como fuera, el caso contrario se producirá en la segunda investidura de maestras normalistas en diciembre de 1888, ocasión para la cual Salomé Ureña pronuncia un discurso en el cual traza su relación con Hostos y el positivismo, pero también es un discurso de adiós al maestro, quien se apresta a salir para Chile, forzado por las presiones políticas y el hostigamiento económico que condujeron al cierre de la Escuela Normal, al igual que más tarde acaecerá con el Instituto de Señoritas.

Esa relación con Hostos se establece desde su llegada a Santo Domingo en 1875: «Le vi aparecer trayendo por séquito los rayos de las nuevas ideas, de las ideas redentoras, de las ideas de la civilización actual, y yo, que siempre he suspirado, que suspiro aún, que suspiraré mientras aliente, por el engrandecimiento moral y material de mi país, batí palmas de gozo y esperé.» (PC, 331) Pero la poetisa autoanaliza con una lucidez extraordinaria la significación histórica de su acción al fundar el Instituto de Señoritas y al crear su práctica pedagógica un hecho sin precedentes en la historia de la cultura dominicana, es decir, un valor histórico por el cual atravesará a su época y le planteará preguntas a las épocas siguientes

mientras persistan irresueltos los problemas que ella combatió: interpelar a la mujer dominicana a través de una teoría y un saber discursivo para que se transformara de un simple ente pedagógico en un sujeto político. El alcance de este hecho histórico no fue comprendido incluso, aunque aceptado, por los mismos hombres que acompañaron a Hostos en su tarea de transformación pedagógica y política. La prueba de esto es el estatuto actual de la mujer dominicana y lo que la sociedad, en general, piensa de ella.

Salomé Ureña, repetimos, tenía conciencia total de la acción que emprendía: «Pero la porción más preciosa de esta juventud [dominicana, D.C.] a que está encomendado el porvenir no tomaba parte en este desarrollo de luz y de conciencia. La mujer, la madre, necesitaba fortalecerse también en la posesión de la verdad y de la moral científica, para preparar y fortalecer a su vez, por medio de ese arte que sólo ella posee, la conciencia de las generaciones del futuro.» (PC, 331-332). Haciendo un contrapunteo entre el discurso de Hostos en la primera investidura de 1887 y éste de Salomé Ureña en la segunda de su Instituto en 1888, se puede decir que el maestro les traza a las graduandas el problema de lo político y que la poetisa se lo recuerda ahora, casi elípticamente, cuando al referirse a Hostos, pero también a sí misma, luego de esbozar los escollos, incomprendiciones y oposiciones políticas que encontró el maestro, concluye sin hacer generalizaciones y sin sentir la más mínima extrañeza: «Así es a veces la humanidad: tiene para los reformadores, para los civilizadores, la cicuta y la cruz.» (PC, 332) y dirigiéndose al maestro, lanza esta sentencia: «Te vas; pero germinará la simiente que dejas en el surco, y los frutos del porvenir se fecundarán con la savia de tus doctrinas pedagógicas.» (PC, 333)

Pero es en el discurso de la última investidura de las maestras normalistas, en diciembre de 1893, donde Salomé Ureña trazará mejor, para el contexto de su época, la relación entre pedagogía, política y sujeto femenino. Ella esboza el balance, al cabo de doce años, de la labor del Instituto de Señoritas: «Ya nos parecen comunes estas fiestas del espíritu, y ayer no más estaba vedada a la mujer en nuestro país toda aspiración fuera de los límites del hogar y la familia.»²⁵ La poetisa no se conformó, sin embargo, con observar y

25. Un efecto político e ideológico de este señalamiento de Salomé Ureña lo encontramos en las fotos números 241, 242, 247 y siguientes del libro de Bernardo Vega, *Más imágenes de ayer* (Santo Domingo: Editora Amigo del Hogar, 1988). Es durante el

constatar el surgimiento de las Escuelas Normales para varones, pues a pesar de reconocer su valor, lo estimaba «de privilegio exclusivo para el hombre» (PC, 334), lo cual traería un desequilibrio intelectual y de poder en el seno del hogar: «Ya no se confiará la educación de la niñez al primer intruso, sin dotes para el alto magisterio, sin conocimientos científicos, sin plan, sin propósito en esta obra de luz y de conciencia, en esta obra generadora de los grandes destinos del futuro.» (*ibid.*) Aquí está asegurada la formación del niño, la cual le servirá de «...campo y guía para desenvolver su razón y transformarse poco a poco en el profesor consciente, capaz de dirigir a su vez y desarrollar vigorosamente las inteligencias infantiles.» (*ibid.*) Pero ¿y el problema de las niñas? Esas que serán las compañeras de esos varones que están ahora accediendo al conocimiento del «método racional de la enseñanza moderna en la sociedad dominicana?» (PC, 331)

¿Cómo resolver este desequilibrio intelectual que se traduce en un desequilibrio de poder, es decir, en una dominación de la mujer por el hombre y que Salomé Ureña estima una injusticia?: «La razón de la niña, la razón de la mujer, la razón de la madre [¿] palpará las tinieblas cuando su compañero vive en plena luz? ¡Cuánta injusticia! ¡Qué desequilibrio en ese hogar donde el niño puede dar lecciones a la madre! ¡Imposible, imposible!» (PC, 335) De la toma de conciencia de este problema surgió en Salomé Ureña la idea de crear el Instituto de Señoritas y, posiblemente, antes de su cierre, vislumbró la idea de su diseminación a través de todo el país, tal como había sido concebido el plan de las Escuelas Normales por parte de Hostos.

Solamente así, está implícito en el discurso de Salomé Ureña, se restablecería el equilibrio, se subsanaría la injusticia, puesto que ese

período de la ocupación norteamericana que el cuerpo femenino hará su irrupción, aunque tímida pero para siempre, en el espacio de lo público, participando en los famosos desfiles antinorteamericanos. En los mismos desfilaron hasta las niñas de las instituciones educativas de enseñanza primaria y secundaria y las damas y señoritas de la "alta sociedad", si bien es cierto que estos actos se hacían en nombre de los valores hispánicos. Lo cual significaba la sustitución de un amo ideológico por otro. Antes no les estaba permitido al cuerpo femenino trasponer los límites del hogar. No fue este suceso sino el inicio de un proceso que culminaría, desgraciadamente bajo Trujillo, con la consagración del voto femenino y el acceso de la mujer a las funciones públicas y a la actividad política. El acceso de la mujer dominicana al goce de los derechos civiles y políticos merced a una acción instrumental del poder autoritario de Trujillo no deja de tener sus consecuencias para la historicidad de la lucha de la mujer por su igualdad frente al hombre, lucha de hoy y de siempre.

hombre y esa mujer nuevos, nacidos de la razón científica, tendrían que cumplir una tarea política e intelectual idéntica: «Preparémosla para coadyuvar inteligentemente a la reforma social que se inicia con el desarrollo de la conciencia.» (PC, 335) Salomé no usa figuras ni símbolos para dar en el blanco, para señalar a los presentes su estrategia global, que ya Hostos se la había señalado a las primeras maestras normalistas en su discurso de 1887: cambiar la sociedad. La poetisa lo recuerda ahora: «He aquí el problema que hace doce años quise resolver, y al cual he sacrificado mi reposo y no escasa parte de mi salud.» (*ibid.*) Es, según aprecia Salomé, a través de la reforma social guiada por la razón pedagógica que se restablecerá la justicia como igualdad de los sexos: «Ese centro que se creó exclusivamente para el hombre nos abrirá sus puertas cuando llamemos en demanda de igual derecho para la mujer.» (*ibid.*) La poetisa plantea aquí a la mujer como un sujeto pleno. La igualdad de derechos es la mujer quien la conquista con su lucha y el hombre estará obligado a abrir las puertas para convertir esos centros en escuelas mixtas. No es el hombre el dador de derechos. La poetisa deja tres promociones de maestras normalistas con ofertas de trabajo en la capital y el interior: “llamamiento este último al cual no han atendido hasta ahora por las dificultades que apareja el cambio de residencia.” (*ibid.*) La primera piedra ha sido puesta en esta labor de fundación. Ahí radica su significación histórica y por lo cual Salomé Ureña, menos que por sus poemas, será reconocida como un valor de nuestra cultura-sociedad. El resto de lo que sucedió, con su continuidad-discontinuidad, con sus sumas y sus restas, es conocido por cuantos hayan estudiado la historia de la educación en la República Dominicana²⁶.

26. Incluso en un discurso tan mixtificador sobre el positivismo hostosiano como lo es “La nueva escuela dominicana”, sin fecha en el libro, pero posiblemente pronunciado en 1955, después de la firma del Concordato, incluido en *Temas educativos y actividades diplomáticas* (Santo Domingo-México: Fuentes Impresores, 1973), pp. 11-17, Joaquín Balaguer reconoce que hasta el día de la inauguración de la Escuela Normal Rural de Licey, primer establecimiento de su género creado en el país, la escuela nacional vivió bajo la inspiración de Eugenio María de Hostos. Es decir, que los efectos de la escuela hostosiana terminan oficialmente con la promulgación de la ley orgánica de Educación número 2909 publicada en la Gaceta Oficial 7302 del 27 de junio de 1951, siendo a la sazón Balaguer secretario de Educación, y con la firma del Concordato entre la Santa Sede y el Estado Dominicano, convenio ratificado mediante la ley 3936 del 20 de septiembre de 1954: ver Armando Oscar Pacheco, *La*

5. *¿Más signo que símbolo?*

Antes de la escritura del poema "La gloria del progreso" (1873), no se advierte en "Contestación" (1870), "Una lágrima" (5 de octubre de 1870) ni en "Recuerdos a un proscrito" (abril de 1872), ningún indicio directo ni ningún símbolo que pudieran suponer un contacto y una relación teórico-práctica de Salomé Ureña con el positivismo hostosiano, puesto que el maestro no llegaría al país sino el 30 de mayo de 1875, con estancia de once meses en Puerto Plata y el Cibao, y se regresa a Estados Unidos en abril de 1876. Pero es

obra educativa de Trujillo, t. I (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1955), pp. 262-265. El artículo primero de dicha ley dice lo siguiente: "El contenido de la educación dada por la escuela dominicana, estará basado en los principios de la civilización cristiana y de tradición hispánica que son fundamentales en la formación de nuestra fisionomía histórica, y se orientará, dentro del espíritu democrático de nuestras instituciones, a despertar en los alumnos el sentimiento panamericanista y el de comprensión y solidaridad internacionales". Y no conforme con esta imposición dogmática que escamoteaba la realidad del régimen totalitario, se promulgó otra ley, la 3936 en la Gaceta Oficial 7749 del 25 de septiembre de 1954, que ponía la educación pública en manos de la Iglesia. En la citada ley orgánica de Educación encontramos, al definir el segundo tipo de escuela, esta perla: "...y rurales las que funcionan en las zonas rurales". Sin embargo, los efectos prácticos de la escuela hostosiana continuaron más allá de 1954. Para nosotros, éstos terminan en 1961, cuando a raíz de la muerte de Trujillo, la educación se masifica y se vuelve demagogia, dogma religioso oseudomarxista al mismo tiempo. Naturalmente, los enemigos de la escuela racionalista en el siglo XIX como en el siglo XX lo que condenan, en la convicción de su fuero interno, es la concepción democrática que esa teoría pedagógica contiene. No extraña, pues, que hombres como Balaguer escriban, para justificar la necesidad de la dictadura de Trujillo o de los regímenes autoritarios, las siguientes palabras que niegan la imposibilidad de que la democracia pueda existir: "Para conductores de esa estirpe, para hombres de esa razón, para caudillos de esa condición y ese linaje, no se ha hecho el principio de la alternabilidad que sólo dejará de ser una de las más grandes quimeras de las ciencias políticas el día en que se realice, contra las leyes de Dios, este ideal inasequible en las democracias humanas: la igualdad de todos los hombres no ante el derecho sino ante la naturaleza. Por desgracia, señores, las leyes de Dios no están grabadas, como las de los hombres, en las tablas esencialmente pasajeras de las constituciones; y nadie podrá variar esa ley sagrada de la Providencia, tan antigua como la aparición del hombre." Cfr. *La palabra encadenada* (Santo Domingo. México: Fuentes Impresores, 1975), p. 174. Aquí Balaguer es un pensador digno de las monarquías absolutas. La vuelta a la educación dogmática y memorística del siglo XIX fue el logro principal de la firma del Concordato, pero según afirma Balaguer, dicho convenio liquidó la enseñanza especulativa que caracterizó a la escuela hostosiana (art. citado, p. 13) ¡Hasta ahí llegó la mixtificación bajo Trujillo!

indudable que sus ideas y sus escritos periodísticos circulaban en el país entre los liberales del Partido Azul.

En los tres poemas anteriores a "La gloria del progreso", sólo hay ecos libertarios y deseos de emancipación de Puerto Rico y Cuba, así como solidaridad con un amigo íntimo exiliado durante el gobierno de los Seis Años de Báez. De modo que el punto de relación —las referencias a la patria y a la libertad— de dichos poemas con los grandes poemas reproductores de la ideología positivista y su sentido de la historia, serán los tópicos comunes de los movimientos independentistas de los pueblos latinoamericanos.

En cambio, con "La gloria del progreso" la escritura de Salomé Ureña nos revela casi todos los signos de la ideología racionalista a la cual va a subordinar su poesía, sobre todo después de su contacto con la variante positivista de Hostos, incluso la llamada "intimista" y la "familiar". ¿Cuáles son esos signos? La razón, el progreso, la ciencia, la industria, el arte, la paz, la educación. Por encima de ellos estará colocado el ideal moral y su máximo paradigma: la justicia. En todos sus poemas serán estos los signos medulares que organizarán el sentido. A veces, en uno que otro verso, surgirá un símbolo cuya descodificación no será nunca una pluralidad indefinida de sentidos, sino una modesta imagen tradicional (o metáfora impura), opuesta a la imagen visionaria o metáfora pura, de que hablan los estilistas españoles en su dualismo gastado²⁷. ¿Cuáles serán esas imágenes tradicionales que comunican una identidad semántica con progreso y con los demás signos mencionados más arriba? El primer símbolo de progreso, ciencia, arte, etc. será la *luz* y sus variantes. Como en «el progreso su luz extiende breve» (*PC*, 78, v. 13)²⁸ y «Ella entusiasta su esplendor le fía» (*PC*, 81, v. 81). Lo impor-

27. Desde Dámaso Alonso, pasando por Michel le Guern, P. Fernández y S. Ullmann hasta recalar en Rafael Lapesa, la concepción, matiz más, matiz menos, es la misma: adorno, desvío, anomalía. El remate lo efectúa Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética* (Madrid: Gredos, 1966) con su distinción entre imagen tradicional e imagen visionaria. Dualismo que en fin de cuentas viene a resultar una "unidad", al ser eliminada la imagen tradicional o metáfora impura como no valor poético. Por donde se reduce la poesía a imagen visionaria o metáfora pura, rehaciendo por ahí el viejo sueño de Aristóteles. No es fácil salir de la metafísica. A algunos les parece que la poesía es el camino más fácil, cuando en realidad es el más difícil. No obstante ser el poema lo más cotidiano del mundo.

28. La cita de los versos se hará según el número de la página donde se encuentren. Utilizaremos v. indistintamente para indicar el número o los números de los versos citados, precedida, como es lógico, de la abreviatura de la obra.

tante en la ideología que este poema vehicula es la interpelación a los distintos sujetos que constituyen la especificidad histórica de una sociedad donde comienzan a surgir relaciones de producción capitalistas que el sujeto del discurso poético vive como ilusión y deseo de que éstas sean dominantes y que los otros las asuman como tales: el científico, el industrial, el obrero, el artista, el minero, el telégrafo, que no es un sujeto, pero está manipulado por sujetos. Es un discurso de deseo del progreso realizado en el texto. Igual ideología se encuentra en el poema "A los leutones" (24 de junio de 1873), dedicado a esos jóvenes cachorros de la masonería, llamados a ser "águila caudal" del progreso que se anuncia, ya que encarnan el porvenir incierto de la patria:

Y ven conmigo al *templo* luminoso
 donde la *unión* se mira;
 ven y contempla en su interior suntuoso
 el cuadro que me inspira;
 el que hace, ¡oh musa! que de ti demande
 un himno nuevo, melodioso y grande
 (PC, 198, v. 7-12)

En el poema "A la patria" (1874), luego del triunfo de la revolución de noviembre de 1873, el sujeto narrador, que en esta ideología poética corresponde al yo biográfico de la autora, se regocija del momentáneo estado de paz en el país y explica que durante la dictadura de Báez debió autocensurarse, justamente cuando era más necesario el poema:

Y sabes que, cual ellas²⁹, colgué de tus palmares
 el arpa con que quise tus hechos discantar,
 porque al mirar sin tregua correr tu sangre a mares
 no pude ni un acorde sonido preludiar.
 (PC, 86, v. 13-16)

Pero ya, hoy, 1874, la poetisa puede cantar porque la patria goza de libertad:

29. Se refiere a las hijas de Sión, mencionadas en el verso anterior.

y vas con el progreso, que vuela a iluminarte,
 en pos del que te halaga brillante porvenir;
 (PC, 86, v. 23-24)

Hay, en el poema que analizamos, una nota con la cual Salomé Ureña lo publicó por primera vez y que decía: «Esta composición no alude a hechos de tal o cual gobierno determinado, pues desde nuestra independencia política principió a ensayarse el bárbaro sistema que reprobamos.» (PC, 85, nota 1) Es claro que si Salomé Ureña está festejando la victoria de los derrochadores de la dictadura de Báez, no puede estar aludiéndolos, aunque la nota era una advertencia contra ellos³⁰. La poetisa, si bien canta todo hecho que significa un progreso según su concepción historicista, no se llamaba a engaño sobre el pasado, el presente y el futuro del país. No será sino en "Mi ofrenda a la patria" (1887) donde ella se responderá la pregunta que siempre la atenaceó: ¿por qué se debate la patria, desde su nacimiento, entre la dictadura y la democracia, quedando esta última ahogada siempre? Salomé Ureña, en ese poema, se dará la respuesta correcta al verso: «¡Ah, yo quise indagar de tu destino/la causa aterradora!», cuando enuncie la estrofa siguiente en abril de aquel año memorable para ella y para el Instituto de Señoritas:

¿Por qué, siempre que el ruido
 de la humana labor que al mundo asombra,
 recorriendo el espacio estremecido
 a sacudir tu indiferencia viene,
 oculta mano férrea, entre la sombra,
 tus generosos ímpetus detiene?
 (PC, 147, v. 1-6)

Ese fue el poema que Salomé Ureña leyó en el acto de investidura de las primeras maestras normalistas, en lugar de pronunciar un discurso, como lo hizo Hostos. ¿No hay aquí, a nivel de eficacia, una identidad entre el concepto positivista hostosiano de la poesía y la historia como artes morales? Es evidente, y en eso se distingue el

30. Véase en esta misma edición, como prueba de esto, la oda "Al ciudadano Ignacio María González".

poema que es signo (= ideología) del que es escritura (+ símbolo) o valor poético.

Esto se observa aún en poemas como "Sombras" (1881), "La fe en el porvenir" (1878), "Ruinas" (1876) y "La llegada del invierno" (1877), con los cuales la historia literaria escrita en el país ha hecho pasar estas composiciones como si fueran un valor poético. Es siempre, en cada texto de Salomé Ureña, una subordinación del poema a un proyecto que sobrepasa a la poesía: la razón moral como razón histórica y política. Proyecto que contraría incluso los esfuerzos que hace un Balaguer por salvarla: «De todas sus composiciones se desprende siempre una enseñanza sin que su canto llegue nunca a degenerar en literatura didáctica, ni a perder su carácter eminentemente artístico para convertirse en poesía tendenciosa y discursiva.» (PC, 18). El prologuista, sin embargo, no vigila su discurso, pues no ve lo que ha dicho un poco más atrás: «La tercera de las cualidades más relevantes de la poesía de Salomé Ureña, es la elevación moral que en ella resplandece.» (PC, 16) ¿Qué es la moral sino un discurso ideológico-didáctico? Pero el prologuista insiste en salvar a la poetisa, unas veces valorando el dominio de la métrica, como si esto determinara el valor poético: «Ningún lírico nacional rivaliza con Salomé Ureña en corrección sostenida, en igualdad de forma, en armonía de conjunto y no sólo de facetas parciales.» (PC, 14). Otras veces, Balaguer se funda en el contenido, que tampoco decide acerca de la calidad poética de un texto, para trazar un matiz diferenciador entre Gastón Deligne y Salomé: «La diferencia consiste, en definitiva, en que muchos de los cuadros psicológicos de Deligne expresan conceptos metafísicos mientras que los de Salomé Ureña, aunque sin duda artísticamente menos pretensiosos, expresan afectos, y afectos profundamente humanos.» (PC, 22) No obstante, el prologuista reconoce que «Salomé Ureña se mantiene constantemente a la altura de su misión educadora, y aún en sus mismas efusiones sentimentales se infiltra siempre un móvil doctrinario.» (PC, 16) Por eso Balaguer señala, coherente también con su concepción de la poesía como ideología (aunque no use ese término), que la poesía de Salomé Ureña, aparte de «la limpieza de su forma y por la escrupulosidad con que en ella se observan los principios de la más sana doctrina literaria, para los ejercicios de retóricas, también es digna, por muchos aspectos, de ser puesta en manos de los escolares de la República que hallarán siempre en esas páginas lecciones perdurables de moral patricia y sentimientos

puros y elevados, revueltos en la obra de arte con una rotunda e inspiradísima afirmación de fe en los destinos nacionales.» (PC, 18-19.)³¹

Es en virtud de la reproducción de esta ideología de la fe y la confianza en la grandeza futura de la patria como mito de ese discurso poético, histórico, político y moral que Salomé Ureña, a juicio de Balaguer, «reinará siempre sobre legiones de espíritus que gustan más de la regularidad y del orden que de la desproporción y la anarquía...» (PC, 16) Aquí, como para todo político, la anarquía es sinónimo de desorden, no de un orden diferente al oficial. Caos en que sin duda Balaguer parece colocar a Deligne, quien, a su ver, por eso, tiene «el prestigio fascinador», del cual carece Salomé Ureña. Lo cual, y esto habría que demostrarlo, habla bien de Deligne y no de Salomé. El valor poético se inscribe contra todo ese orden que Balaguer evoca.

31. Peña Batlle, quien a pesar de confesar que prefería cortarse la mano antes que escribir poesía y que “los dones de la fantasía no fueron nunca adorno” de su carácter (lo cual prueba que no entendía la poesía), no encontró en Salomé Ureña, José Joaquín Pérez y Gastón Deligne otra cosa que “el amargor invencible de su pesimismo”. Balaguer, por el contrario, lo que encuentra, al menos en la poetisa, es una lección de optimismo como fe en los destinos nacionales. Claro, la estrategia de Peña Batlle era demoler el positivismo hostosiano para justificar la vigencia de la verdadera democracia con Trujillo. Antes de Trujillo, el caos; después de Trujillo, el paraíso. Es cierto que Balaguer llega a las mismas conclusiones que Peña Batlle, pero con estrategia diferente y con un discurso más acomodado a un proyecto político futuro que dejaba espacio abierto a la disonancia intra y extra régimen. Peña Batlle puso todas sus apuestas al trujillismo, mientras que Balaguer las distribuyó hábilmente en varias mesas de juego, sin que a los ojos de Trujillo hubiera comprensión de su estrategia a largo plazo. Para una comprobación de esta hipótesis de lectura comparar de Peña Batlle su “Discurso” en Abelardo R. Nanita, *La Era de Trujillo*, t. 8, (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1955), pp. 152-167, y de Balaguer, “El principio de la alternabilidad...”, (en *La palabra encadenada*, ya citada, pp. 147-174), y con menos valor histórico por haber sido escrito después de la muerte de Trujillo (sin riesgo alguno que correr), del mismo Balaguer, “Medalla moral y política de un autócrata vista al través de sus dos caras” (obra citada, pp. 181-310). Tanto Peña Batlle como Balaguer fueron dos positivistas que, contrario a la vía hostosiana, tomaron el camino del positivismo autoritario de Comte, que ya describimos al inicio de este trabajo. El positivismo de Balaguer rezuma en su tesis del valor de las acciones del hombre: si ha hecho el bien en un 51% pasa a la historia, si no queda condenado a perpetuidad. Según él, esa es la manera de saber distinguir entre el oro y la escoria. Tesis simplista sin duda, pero es la que él necesita para cada conquista del poder. El sentido común no se sacia sino con el remachamiento cotidiano de las certidumbres. Ahí reside su seguridad y el mantenimiento del orden social. El dualismo moral de Balaguer presenta esa garantía.

En "Ruinas", el pesimismo que creía ver Peña Batlle está subordinado al optimismo, como lo muestra Balaguer. Es que ser pesimista hubiera sido incoherente con el positivismo hostosiano que Salomé Ureña abrazó con ardor. En Hostos no puede haber pesimismo, sino reconocimiento de la especificidad e historicidad de una sociedad, la dominicana (o cualesquiera otras donde vivió y tuvo lugar de analizarlas), aunque su análisis estará subordinado siempre a lo moral, pero especificidad e historicidad al fin y al cabo. Que tiene más valor de conocimiento a nivel de una ideología que el quedarse en el polo del pesimismo, el cual vela el reconocimiento de las especificidades nacionales y culturales, aunque los dos sean un vector del racionalismo universal. Uno situado en el progreso, el otro en el atraso. Sólo hay que leer las tres últimas estrofas de "Ruinas" (PC, 96) para encontrar el vector ideológico del optimismo, el cual también se revela en estos dos versos:

Pero vano temor: ya decidida
hacia el futuro avanzas;
(PC, 96, v. 6-7)

Los vectores del optimismo en este poema son las reconvenções que la poetisa dirige a la patria: sonó la hora de la redención; cuidado si desmayas en la lucha actual; ya despiertas a la vida, luego de haber vivido en la fantasía; la patria se dirige hacia la conquista de la gloria, para lo cual tiene que luchar e insistir en reclamar sus títulos perdidos; la patria camina hacia el porvenir y ya no sufrirá más angustia el alma de la poetisa. En "La llegada del invierno" no hay denotativamente ninguna referencia a la ideología del progreso, pero simbólicamente existe una oposición entre la luz y la oscuridad (países tropicales vs. países fríos), donde las connotaciones de la luz implican una construcción de sentido que opone lo paradisiaco a lo infernal de los climas y, por lo tanto, "felicidad" antagoniza con "desgracia", en esa fabricación ideológica en la cual la vida se opone a la muerte:

que en el espacio mueren tus brumas
no hay luz ni brisas, mueren tus flores
que en esta zona feliz descuella
perenne encanto primaveral
(PC, 103, v. 3, 9, 14-15)

“Sombras” fue una ideología inscrita contra una circunstancia política (el decreto de San Fernando del 30 de mayo de 1881, bajo el gobierno constitucional del padre Meriño, quien terminó por implantar la dictadura, fusilando o enviando a prisión a quien fuera sorprendido con las armas en las manos para derribar el gobierno). Como ideología, pasó de moda junto con la circunstancia que le dio origen: la amenaza del enemigo conservador (rojos o verdes, hijos del baecismo). Las primeras seis estrofas son una lamentación ante el peligro de que el régimen constitucional se convierta en una dictadura, pero también de que esa medida de fuerza atice el fuego de una guerra civil. Con la instauración en el poder del liberalismo en 1879, quien creía en el sentido de la historia, como era el caso de Salomé Ureña y su generación, podía considerar perfectamente que con el establecimiento de la hegemonía del Partido Azul se iniciaba el progreso definitivo del país. Pero lo discontinuo, que es propio de la historia en tanto ésta es lo que sucede, es una amenaza para la teleología y las certidumbres en que están anclados los sujetos:

Venid, que el alma siente
morir la fe que al porvenir aguarda;
(PC, 143, v. 8-9)

y en la tercera estrofa, visualiza, oyendo, el efecto de los apresamientos, las torturas y los fusilamientos que el decreto del 30 de mayo contiene como discurso y acción:

¿No véis? Allá a lo lejos
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos
del espléndido sol de la esperanza.
(PC, 143, v. 16-19)

La represión es, para la razón moral convertida en razón política algo pasajero, de lo cual es un testimonio la penúltima estrofa:

Dejad que pase el huracán bravío,
y que pasen del negro desencanto
las horas en empuje turbulento,
como pasa la ola
como pasa la ráfaga de viento.
(PC, 145, v. 54-58)

Tras de lo cual, el yo biográfico de la razón moral en función de razón política, inscribe el sentido y la política del poema contra el atraso y a favor del progreso, que es el futuro, el optimismo:

Dejad que pase, y luego
a la vida volvedme, a la esperanza,
al entusiasmo en fuego;
borrasca de la duda,
despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.
(PC, 145, v. 59-66)

Con "La fe en el porvenir" se concreta la poética positivista de Salomé Ureña, fundamentada en la ideología moral de la lucha entre el bien y el mal, entre el progreso y el atraso, entre la civilización y la barbarie, sellando con el optimismo como discurso de deseo el imaginario del sujeto, el cual es su utopía: un sujeto colectivo, la juventud de la "Sociedad Amigos del País", es interpelado a través de todo el texto. Los elementos de la moral positiva son el fundamento y guía de ese llamamiento:

rasgar intenta del futuro el velo,
con viva luz sus horizontes dora.
(PC, 105, v. 12, 17)

Si el arte peregrino
con sus prodigios mágicos la alienta,
si al campo de la ciencia
con entusiasta admiración la guía
(PC, 106, v. 31-32, 37-38)

con la virtud por guía,
Atleta infatigable,
del bien y el mal en la contienda ruda,
(PC, 107, v. 58, 61-62)

Una lectura poética no busca la exhaustividad. Tómese los restantes poemas que la crítica tradicional llama "patrióticos"³² o "civi-

32. En realidad, como creo haber demostrado, fue Hostos, en el artículo sobre Salomé Ureña, quien estableció esta clasificación hija de la retórica, la cual es funcional a una

listas", aplíqueseles el método poético que hemos utilizado y el resultado apuntará a lo mismo que hemos revelado semánticamente en los textos analizados más arriba. Para nuestro propósito, demostramos el funcionamiento de la ideología del positivismo hostosiano contenida en dichos poemas. Ahora analizaremos algunos textos llamados "intimistas" y luego, para concluir, otros designados como poesía del hogar, familiar o doméstica por parte de los diferentes antólogos e historiadores literarios que han repetido, sin criticar esa ideología literaria, la clasificación que Hostos fundó en el siglo pasad.

Trataremos de demostrar que esos poemas no atraviesan la subjetividad, contrario al juicio establecido por la ideología esteticista de Balaguer, quien cree que la experiencia poética es experien-

teoría de los géneros y subgéneros literarios, sin ninguna pertinencia para la poeticidad de la escritura. Pero luego, en la carta de Pedro Henríquez Ureña a Federico García Godoy, fechada en México en 1909, incluida en *Obra Crítica*, ya citada, pp. 135-138, el humanista traza una concepción histórica acerca de la independencia política dominicana, de la cual se servirán los antólogos y los historiadores literarios para hacer corresponder un idéntico origen a la literatura dominicana y latinoamericana. Es cierto que esa subordinación de la literatura a la historia y a la política ya estaba en *Las corrientes literarias en América hispánica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1949, 1ra. ed. en inglés, 1945), pero a partir de este texto tomó la fuerza que tiene hoy. No es extraño que la formulación de esta tesis política se produzca a partir de un texto literario: *Rufinito*. Con variantes más, con variantes menos, esa tesis la han seguido Max Henríquez Ureña, Balaguer, Aída Cartagena, Abelardo Vicioso, Néstor Contín Aybar y todos aquellos que, en sus antologías y manuales de historia literaria, han tenido que periodizar la literatura dominicana. Decía el humanista Henríquez Ureña en la carta a García Godoy: «...y la revolución de 1873 derrocó en Báez no sólo a Báez sino a su propio enemigo Santana; derrocó, en suma, el régimen que prevaleció durante la primera República, y desterró definitivamente toda idea de anexión a país extraño. Esa es para mí la verdadera significación del 25 de noviembre: la obra de ese movimiento anónimo, juvenil, fue fijar la conciencia de la nacionalidad. Desde entonces la acusación más grave que entre nosotros puede lanzarse a un gobierno es la que lo denuncia ante el pueblo como propenso a mermar la integridad nacional.» (OC, 136-137) Y más adelante reafirma, refiriéndose al movimiento del 25 de noviembre de 1873, que éste significa «...el momento en que llega a su término el proceso de *intelección* de la idea nacional...» (OC, 137), como lo fue para México el año de 1867. Finalmente dice el maestro: «Nuestro período de independencia, por tanto, nuestro proceso de *independencia moral*, se extiende, para mí, desde 1821 hasta 1873.» (*ibid.*) Para una crítica de la concepción que subordina la literatura a los períodos de la historia y la política, véase de Manuel Matos Moquete, "El concepto de 'literatura dominicana' en la búsqueda de la identidad dominicana", en *La cultura de la lengua* (Santo Domingo: Biblioteca Nacional, 1986), pp. 41-68

cia de la vida del autor: «...Salomé Ureña nos pone delante de los ojos un cuadro que han vivido con la misma intensidad todas las madres del mundo y que cada día se reproduce con los mismos caracteres en multitud de hogares.» (PC, 22)

Aunque no estamos en absoluto de acuerdo con esa clasificación retórica de poesía "patriótica", "civilista", "intimista", u "hogareña", conservamos esa denominación tradicional para situarla en su mismo terreno. Semejante tipología es un primado del significado que ahoga el trabajo del significante, fundando un dualismo en el lenguaje (forma y fondo), cuando desde Saussure se sabe que el lenguaje no es sustancia, sino pura forma. De ahí que el poema, hecho de lenguaje, sea radicalmente forma. A sabiendas de que las palabras en el discurso no son inocentes, el uso retórico de esos términos clasificatorios no invalida el análisis, sobre todo porque los poemas que estudiamos son signo y no valor. Y todavía más: no escapa a nuestro conocimiento que es imposible fragmentar en un poema el sentido, puesto que él es unidad de la antiunidad; y, sabemos que en el trabajo del sujeto de la escritura se da lo épico, lo lírico, lo dramático y lo extralingüístico en un todo simultáneo que el sentido lanza, como enunciación y reenunciación, a la contradicción indefinida de lo social.

Así, en los cuatro únicos poemas que pudieran incluirse dentro de esa clasificación de lo "íntimo" —"Luz", "Vespertina", "Quejas" y "Umbral-Resurrexit"— asistimos a la revelación de la subjetividad del yo biográfico, sin consecuencia para que los demás sujetos de lo social asuman el sentido como reenunciación que pasa de boca en boca y de oído a oído. Esa experiencia poética sólo pudo ocurrirle a Salomé Ureña. Es por eso que no hay paso de lo subjetivo a lo transubjetivo, donde todo vitalismo queda anulado al ser mimesis.

Por ejemplo, "Quejas" (1879) no es otra cosa que la ideología romántica de la separación de los amantes. Pero en el contexto moral de la pudibunda e hipócrita sociedad que le tocó vivir a Salomé Ureña, no se decía *amante* en el sentido fuerte, sino novios o prometidos. Un sujeto emisor (la poetisa, de 29 años) enuncia un mensaje a un destinatario con quien se encuentra en relación de noviazgo (Francisco Henríquez y Carvajal, de 20 años), quienes están a punto de consumir sus bodas, las cuales serán celebradas el 11 de febrero de 1880. Estos versos de colegiala enamorada a quien asalta el miedo terrible de perder el objeto de amor, son un lugar común. La sicología personal que explica ese temor se encuentra en

el poema "Melancolía" (1875), a través de cuya ideología conocemos la subjetividad de Salomé, mejor que cualquier biografía y mejor que las cartas amorosas que debió escribir a su esposo ausente y que quizá nunca conoceremos, salvo que se encuentren encerradas en algún archivo particular respetuoso de la moral de la lengua y del pudor del individuo³³.

Léase todo el poema "Quejas" y se verá que su valor como ideología de la subjetividad de Salomé Ureña reside en el hecho de que ninguna de sus contemporáneas pudo acceder hasta ese umbral donde la represión y la castración de la exposición de la sexualidad estaban codificadas, y la mujer que osaba revelar esa sexualidad en público (mucho menos por escrito) era vilipendiada³⁴.

33. La única carta que nos ha sido dable consultar (gracias a la benevolencia de Francisco A. Henríquez Vásquez, quien nos suministró una copia mecanografiada del original que se conserva en los archivos de Emilio Rodríguez Demorizi) fue la que Francisco Henríquez y Carvajal le dirigió a Salomé desde Cabo Haitiano el 14 de enero de 1897, dos meses antes de morir. Sorprende en esta carta su sequedad. Su único vocativo, para un modelo de pareja cuya unión —lo hemos visto— fue el amor-pasión, es un simple "Salomé:". Todo el contenido de la carta es una larga y afligida exposición de las miserias de todo tipo que el sujeto remitente está sufriendo. Al término de dicha esquela resurge, como en todo hostosiano, el optimismo, fruto del amor a la familia. Los besos son para los hijos y el consuelo para la madre, ya a punto de sucumbir ante la tuberculosis que la abate con saña desde el día en que, embarazada de Camila, aparecieron los primeros signos inequívocos de la gravedad de su estado (Cfr. *SUIS*, 256).

34. Ver las poetisas nacidas entre 1818 y 1848 y entre 1849 y 1869 en Néstor Contín Aybar (*HLD*, t. II). Es cierto que hasta la revolución de la enseñanza iniciada por Salomé Ureña, las niñas sólo podían estudiar las primeras letras y el catecismo, no por la razón que señala Manuela Rodríguez —«para que no les mandaran papeles a los mozos»— (*SUH*, 10), sino en virtud de un problema constitutivo del poder, avalado por una ideología religiosa medieval que heredamos de España, según la cual la mujer, al ser el pecado y la encarnación del mal, estaba desprovista de virtud y razón, aunque más tarde, durante el Renacimiento, se le reconoció que podía ser virtuosa, pero no inteligente. Esto explica que casi el 98 por ciento de los literatos que censa Contín Aybar sean hombres. Sobre las contemporáneas de Salomé quizá se pueda decir que Josefa Perdomo fue la primera poetisa dominicana en publicar sus poemas en un periódico en 1854. A parte de que eso se debió a un hecho circunstancial y generacional, toda vez que Perdomo, nacida en 1834, le llevaba 16 años a Salomé. Tal prelación no puede invocarse como un valor significativo, pues tanto una como otra publicaron sus primeros versos bajo seudónimos, pues las normas sociales las obligaban a esconder y negar su identidad y subjetividad. Ya se sabe que la primera firmó como Laura y la segunda, sus primeros poemas, entre 1866 y 1870, como Herminia. El seudónimo era, pues, para la cultura de la época, sobre todo para la mujer, la máscara

La expresión de la pasión en la mujer estaba reservada a lo particular privado y a su espacio más íntimo, la alcoba. A las que osaban transgredir el tabú las encerraban en la casa, en el convento o las hacían enloquecer, como fue quizá el caso de Altagracia Saviñón³⁵ y otras tantas.

Aún en "Quejas", Salomé se autocensura:

¡Si en horas lisonjeras
me fuera dado, con afán prolijo,
contarte sin recelo
todo el delirio de mi amante anhelo!
(PC, 160, v. 21-24)

Pero es sólo un deseo, donde la exclamación es la conciencia de lo imposible. Y de inmediato surge, en la estrofa siguiente, la autocensura con toda su fuerza:

Mas no, que mi suspiro
comprimo dentro el pecho acongojado
(PC, 160, v. 25-26)

La separación rutinaria (puesto que sepamos el novio no haría largos viajes sino bajo el gobierno de Meriño y cuando se ausentó a Francia en 1887) produce dolor al sujeto que ya se ha definido como

que la moral le obligaba a adoptar si osaba expresar su subjetividad. Véase Maritza Olivier, *Cinco siglos con la mujer dominicana* (Santo Domingo: Editora Amigo del Hogar, 1975), p. 28.

35. Nació y murió en Santo Domingo (1882-1942). Enloqueció, y aunque los motivos de esa locura son tratados desde el punto de vista de la norma social, ella, en un verso que es pura subjetividad de su yo biográfico, dice que su enfermedad se la provocaron a propósito y que la causa fue un amor no aceptado, por la familia, debe entenderse. Frente a ese rechazo, se conforma con decirle al "dulce panal", como le llama a su amor, que la "mire desde lejos", puesto que hace ya mucho tiempo que su "vida es un martirio trágico y acerbo", de la cual sólo le queda un recuerdo. La segunda estrofa es patética y acusadora: "Y que el dulce panal de mi alegría,/Lo amargarón de intento,/". Ver el artículo de A. Zaglul, "En las tinieblas de la locura. Altagracia Saviñón", *Isla Abierta* 19-III-1988, p. 7. Y en Contín Aybar (*ob. cit.*, pp. 39-40), detalles de su vida y su obra poética. Fuera de cuna humilde o de apellidos sonoros, la sociedad le reserva casi siempre la misma suerte a este tipo de mujer. Lo político y lo moral, cuando no lo religioso, se aliaron siempre entre esta tarea de aniquilamiento del sujeto femenino

hijo de la melancolía, fuerza vital en Salomé Ureña que le hará emprender, aún débil y separada del padre desde los dos años, una labor intelectual extraordinaria. La exposición de la subjetividad en el espacio de lo público es única en ese contexto de la cultura dominicana. En Cuba solamente la aventaja Gertrudis Gómez de Avellaneda. Aunque esta poetisa (1814-1873) no desarrolló una labor magisterial como la desplegada por Salomé Ureña, la tranquilidad de vida de la primera en Madrid y la agitación febril de la segunda en Santo Domingo no pueden tomarse sino como una referencia biográfica a la hora de valorar los trabajos poéticos de ambas. Pero hay una similitud que las acerca en varios puntos. El mismo mito de la mujer-hombre-poeta las envuelve y las rebaja. Juan Nicasio Gallego exclama, al estrenarse uno de los dramas de la Avellaneda: «Es mucho hombre esa mujer.» Y la misma frase, con otro deíctico, repite Alejandro Angulo Guridi sobre Salomé al oír a Francisco Henríquez y Carvajal recitar el poema “A mi patria”: «¡Es muy hombre esa mujer!» Aunque Doña Silveria trata de justificar la frase de Guridi, no queriendo leer en ella la connotación antifemenina que encierra (*SUH*, 31-32).

“Luz” no es clasificado dentro de las “páginas íntimas” porque los antólogos no se detienen a examinar que este texto es de junio de 1880 y que ya en febrero Salomé ha contraído nupcias con Francisco, quien ahora, en el gobierno de Meriño, destinatario de esa ideología de la razón moral y política —el progreso— es secretario particular del sacerdote-presidente. Han desaparecido en este poema como por arte de magia el tono melancólico, el dolor, la tristeza, la amargura, el miedo a perder el objeto de amor. Todo esto sin que el texto aluda para nada a semejante situación. Pero lo que silencia el sentido del discurso poético es más importante que la ideología que vehicula. Antes de ese poema, todo era oscuridad en el panorama nacional; ahora todo es luz, pese a que durará poco y “Sombras” se encargará de confirmarlo, aunque eso será pasajero. Las dos primeras estrofas de “Luz” son preguntas para plantear las dudas de los enemigos de la razón y darles respuestas positivas, optimistas, de inmediato:

¡Ah no! Que ya desciende
sobre Quisqueya, a iluminar las almas,
rayo de amor que el entusiasmo enciende,
(*PC*, 140, v. 13-15)

Bajo el gobierno actual, liberal y partidario de la razón:

¿Qué luz deslumbradora
inunda los espacios y reviste
de lujoso esplendor cuanto era triste?
(*PC*, 140, v. 4-6)

Antes de la era positivista, la poetisa había colgado la lira y su escritura actual hace referencia a otro poema pesimista:

Ayer, meditabunda,
lloré sobre tus ruinas ¡oh Quisqueya!
(*PC*, 141, v. 25-26)

Ahora la patria, bajo el gobierno de Meriño, “surge a la existencia”,

al trabajo, a la paz, Patria mía,
a la egregia conquista de la ciencia,
(*PC*, 141, v. 20-21)

También surge a la existencia de la nueva reforma educativa de Hostos, cuyos frutos se verán en 1884, y el Instituto de Señoritas, sin duda ya en proyecto, abrirá sus puertas en 1881:

Sí, que ensancharse veo
las aulas, del saber propagadoras,
(*PC*, 141, v. 43-44)

El poema termina, en su última estrofa, en el tono exultatorio y en la videncia, que no tiene nada que perder:

yo soy la voz que canta
del polvo removiendo tus memorias,
el himno que a tus triunfos se adelanta,
el eco de tus glorias...
No desmayes, no cejes, sigue, avanza:
¡tuya del porvenir es la esperanza!
(*PC*, 142, v. 66-72)

El poema "Luz" es una relación de la escritura al servicio de la razón moral, pero también al servicio de la felicidad del yo biográfico que lo escribe, aunque no se cuele ninguna referencia al nuevo estado civil de Salomé Ureña. También el poema establece una relación de contexto y memoria con "En el nacimiento de mi primogénito", con "Fe", con "Mi Pedro" y con todos los demás poemas que reproducen la ideología familiar. De la misma manera que "Melancolía" y "Quejas" traban una relación de sentido, de una escritura a otra, con "Amor y anhelo" y "Vespertina". Contexto lejano y cercano cuyo hilo conductor es la exposición de la sexualidad, del erotismo y del amor sutilmente velados, aunque haciendo la poetisa un esfuerzo supremo por mantenerlos, sin que lo logre bajo la cárcel de la moral y el pudor de la época. Nótese también que "Amor y anhelo" es de 1879, época en la cual todavía la pareja no ha contraído matrimonio, por lo que la subjetividad es mayor. Esto no ocurre con los poemas posteriores a la boda. Sólo en los poemas relacionados con la temática filial queda censurada la expresión de toda sexualidad. Como de esos poemas filiales quedaron excluidos el niño Max y la niña Camila, uno se pregunta ¿por qué?

"Amor y anhelo" revela, pues, mejor que "Quejas", la relación de Salomé con la sexualidad. No es de extrañar que este poema, en donde ella es todavía una prometida en matrimonio, no esposa consagrada por el rito civil y religioso, haya sido excluido por su propio hijo de la edición de 1920, ruborizado tal vez por el atrevimiento de la madre. En la edición de 1880, cuando el niño Pedro no había aún nacido, no podía expurgarlo. Pero ya en 1950 y en 1988, desaparecidos del escenario de la vida esos seres ligados a ella por devoción filial, este poema, y "Quejas", quedan como documentos ideológicos valiosos para estudiar la historia de la sexualidad y el amor en nuestra cultura-sociedad del siglo XIX y sus ramificaciones en el presente.

¿Cómo se revela la relación de Salomé con la sexualidad, lo erótico y el amor? Desdice de ella como sujeto que reclamó igualdad de derechos para la mujer y el hombre. En este texto, la concepción del amor que sale triunfante es la del amor-pasión. Quien adopta esta ideología amorosa que el romanticismo exacerbó al paroxismo, no puede plantearse como sujeto, o como individuo según el término al uso, transformador de esa situación amorosa, puesto que, sea hombre o mujer la víctima sufridora de esa pasión, quedará anulada frente al objeto y sujeto de su demanda amorosa, ya que la

estrategia de esa acción-discurso es la sumisión del otro. La sumisión vela el conocimiento y la crítica. Salomé es una víctima de esa, su, concepción del amor:

Quiero contarte, dueño del alma
que ansiando vivo sólo tu amor.
Quiero decirte que a tu mirada
que me enajena tu voz amada,
que tú dominas todo mi ser.

(PC, 164, v. 1, 5, 6, 8, 10)

En la cuarta estrofa surgen los famosos tópicos del amor a primera vista, del amor loco que hace perder la conciencia y la libertad, pero también las fantasías que se permite el yo biográfico mientras no posee el objeto de la demanda amorosa. Esto último es lo más importante del poema, puesto que de esos contextos emanan alusiones simbólicas que el lector debe imaginar, sin precisar cuál acción conduce a la realización del placer amoroso en ausencia del otro miembro de la pareja:

Y con tu imagen en desvarío
vivo encantando mi soledad,
desde que absorta te vi, bien mío,
y arrebatada, sin albedrío,
rendí a tus plantas mi libertad.

(PC, 164-165, v. 16-20)

Subordinado al objeto de deseo, el sujeto femenino pierde su capacidad de orientar la política de su amor. Sólo tiene una meta y un pensamiento fijos: la realización del deseo amoroso, el cual vive en la escritura, como enlazamiento de los cuerpos, antes de consumarlo:

¡Si a tu destino mi suerte unida,
sobre tu seno de amor rendida
pudiera en calma doblar la sien!

(PC, 165, v. 28-30)

Los besos y las caricias son realizados como deseo en el discurso, lo cual, proviniendo de un sujeto femenino, es, para la época, una osadía. Sólo el poeta-hombre puede cantar a su amada en esos

términos. A él le está exclusivamente permitido exponer su subjetividad amorosa. A la mujer no, pero Salomé la expuso:

Ven y tu mano del pecho amante
calme amorosa las penas mil,
¡oh de mis ansias único objeto!
Ven, que a ti solo quiero en secreto
contar mis sueños de amor febril.

(PC, 165, v. 41-45)

En esta estrofa, a “sueños”, más signo que símbolo, no podemos leerlo en el sentido freudiano, sino como un significado que remite al título, es decir, como “anhelo, deseo”. Pero es ya ese signo, para la cultura castradora de la mujer en nombre del pudor de los caballeros de lupanar y de queridas, ir muy lejos al calificar de “febril” el amor que Salomé siente por Francisco. Ese amor-pasión no puede más que terminar, como el comienzo del poema, en la sumisión, por más dulce que ésta sea:

Tuya es mi vida, tuya mi suerte,
de ti mi dicha pende o mi mal;
si al dolor quieres que venza fuerte,
sobre mi frente pálida vierte
de tu ternura todo el raudal.

(PC, 166, v. 51-55)

“Pálida frente” es un clisé romántico cuya filiación ideológica se remonta al final de la Edad Media y al Renacimiento. Pero colocada la palabra *frente* en esa posición, ella censura la boca, objeto del beso, para inscribir, púdicamente, la figura paternal, la única que besa en la frente.

Ya en “Vespertina” (enero de 1881), realizado el deseo, ni la ausencia del esposo motiva los fuegos amorosos del poema anteriormente analizado. Ahora, sí, el deseo es la vuelta al hogar, pero para disfrutar de la “paz y quietud”, del paisaje que rodea la casa y el jardín, para:

Verte, sentirte y respirar contigo
la bienhechora calma de la tarde...

(PC, 169, v. 77-78)

A despecho de los clasificadores de la poesía de Salomé en "patriótica", "intimista" o "doméstico-hogareña-familiar"; este poema "Vespertina" correspondería a la tipología intermedia, pero los dos versos que acabamos de citar serían "intimistas", mientras que en los siguientes nos encontraríamos con lo "patriótico". Lo cual prueba que la escritura del poema incluye todo eso al mismo tiempo. No tendríamos ningún reparo en aceptar esa clasificación retórica si quienes la proponer estuvieran de acuerdo en que la poesía de Salomé Ureña es una ideología en el sentido en que lo hemos propuesto a lo largo de este trabajo.

Dirigiéndose a Francisco, su esposo, en misión por el Norte y el Cibao, Salomé, que ha programado el sentido de todos sus poemas al ponerlos al servicio de la razón positiva, le dice:

y de admirar ufano
 las galas del pensil dominicano,
 y sus pueblos y villas diferentes
 recorrer, estudiando los futuros
 gérmenes del progreso y de la vida
 (PC, 168, v. 28-31)

La circunstancia vital de "Umbra" y "Resurrexit" (abril de 1894), poema único aunque con dos títulos diferentes, no pueden vivirla, como experiencia, más que Salomé, su esposo e hijos. Por más doloroso y patético que sea el cuadro, ningún otro sujeto puede asumir, como suya, esa situación. Por lo cual, el yo del poema no puede pasar de boca en boca como reenunciación asumida por lo social, aunque se trate, pragmáticamente, del triunfo momentáneo de la vida sobre la muerte:

y tú, de pie, bajo el dolor inmenso,
 nublada por el llanto la pupila.
 (PC, 184, v. 9-10)

O esta otra secuencia donde el yo, simbolizado por una criatura seráfica, cree haberle ganado la partida a la Parca:

ángel nuevo de paz que el cielo brinda,
 surgiendo victorioso de las sombras
 el cuadro de mi amor esplende al día.
 (PC, 185, v. 8-10)

En el texto "En el nacimiento de mi primogénito" (1882), el sentido está ya programado para el niño Francisco Noel como el signo de la realización de la moral positiva:

y del pequeño ser ante la cuna
el alba del futuro saludemos;
(PC, 170, v. 11-12)

El pequeño está destinado ya, en virtud del deseo del discurso, al cumplimiento de una alta finalidad moral:

¡Oh, sí! Limpiar de abrojos
la senda preparada al ser que nace,
al bien y a la virtud abrir los ojos,
(PC, 171, v. 29-31)

Su situación, sin tomar en cuenta la contradicción de cada sujeto, está determinada mecánicamente:

ajeno a la maldad, al vicio ajeno,
verle a lo grande tributar honores
y el alto aprecio merecer del bueno.
(PC, 171, v. 34-36)

La finalidad orientada del sentido encontrará más bien en Pedro, el segundo de los hijos de Salomé, la realización perfecta de esta ideología poética anclada en la visión:

Vamos al porvenir, la fe en el alma,
para él a conquistar con ardimiento
de ciencia, de virtud, de bien la palma.
(PC, 171, v. 42-44)

Se dice, con frecuencia, después del juicio de Balaguer, que la experiencia vivida por Salomé Ureña frente a la enfermedad de su segundo hijo, Pedro, de cinco meses, atacado de maligna enfermedad, circunstancia que ella plasmó en el poema "En horas de angustia" (1884), es una experiencia que ha sido vivida, y seguirá siendo vivida, con las mismas características, por "multitud de madres" en el mundo. No lo negamos. Y agregamos que tal experiencia será, en

cada caso, con enfermedades distintas y a edades distintas. Pero en poesía una cosa es el mensaje y otra el código. Ambos son una dialéctica indisoluble. Por eso Henri Meschonnic plantea que en «...el mensaje literario, el contenido nocional no puede separarse del valor significativo del sistema.»³⁶ ¿Cómo reconocer, entonces, cuándo tiene la escritura valor poético si ella es una dialéctica entre la significación, la comunicación y el código que utiliza? Según el mismo Meschonnic, «Las diferencias están dentro del sistema. El valor-obra no vive más que del conflicto entre la necesidad interior del mensaje individual (que es creativo) y el código (género, lenguaje literario de una época) que es el conjunto de los valores usados existentes. Perece el escritor que sólo transmite *el código*.» (art. citado, 32-33)

Si se analizan todos los poemas de Salomé Ureña, y en particular el que ahora estamos leyendo, se observa que “En horas de angustia” el mensaje individual, que debe ser creativo, organiza el sentido (con elementos de teoría de la literatura, de la historia, de la biografía, de todo el conjunto cultural) a través de un ritmo que reproduce un código usado: el de la métrica. Ese código es el que Salomé trasmite, conjuntamente con su mensaje individual, que es sentido sin conflicto, que se queda en el vitalismo, en la subjetividad del yo, reproduciendo los “estados de alma” de la poetisa. En los llamados poemas “patrióticos”, lo más lejos que llega el contenido nocional es a denunciar una ideología del atraso a través de la otra ideología, la del deseo de ver instaurado un nuevo orden político basado en un estado de derecho, que sea sinónimo de progreso. Y no es que el uso de la métrica decida acerca del valor poético, pero en el caso particular de su utilización por Salomé Ureña ella vehicula un código donde el mensaje individual no atraviesa la subjetividad, la historia y las ideologías de época. Por ejemplo, la descripción que hace Silveria R. de Rodríguez Demorizi (*SUH*, 25-26, 28) de los dos momentos de la enfermedad del segundo hijo de la poetisa contiene más información que “En horas de angustia” y “Angustias” (1888). ¿Entonces qué diferencia puede haber entre escribir poesía y autobiografía si los dos discursos son reducidos a una única identidad? Como se muestra en estos versos de la tercera estrofa de “En horas de angustia”:

36. En “Para la poética”, *Cuadernos de Poética* 5 (1985): 33.

el hombre de ciencia, pensativo,
 espiaba de tu ser los movimientos.
 (PC, 173, v. 18-19)

Se refieren estos versos al doctor Juan Francisco Alfonseca. O estos versos donde pasa al niño a los brazos del padre Meriño para administrarle el bautismo ante el peligro inminente de muerte:

cuando a otros brazos entregué, aterrada
 tu cuerpo que la fiebre consumía.
 (PC, 172, v. 5-6), y:

aguardé de rodillas ¡oh hijo mío!
 que descendiese el celestial rocío,
 el agua bautismal, sobre tu frente.
 (PC, 172, v. 9-11)

Así, la experiencia biográfica está metrificada a través del sentido que una forma literaria predetermina, mientras que los tres sujetos (madre, médico y cura) esperan la reacción del infante ante el tratamiento:

erraban mis pupilas
 de uno en otro semblante, sin sosiego,
 (PC, 173, v. 23-24)

El poema integra "elementos propios de una teoría de la literatura" al reproducir la concepción lingüística de época: el lenguaje deficiente, incapaz de comunicar toda la vida:

¡Oh terrible ansiedad! ¡Dolor supremo
 que nunca a describir alcanzaría!
 (PC, 173, v. 30-31)

Pero ese lenguaje comunica tanto que le permite a la poetisa decir, a su través, que no comunica y que, por lo mismo, esa proposición tenga sentido para nosotros. O sea, que el lenguaje comunica tanto, a través del sentido en el discurso, que él puede incluso comunicar lo incomunicable. Esa misma ideología lingüística se repetirá en "¿Qué es la Patria?" (1887):

para hablarle de la Patria
no halla el labio una expresión.
(PC, 175, v. 11-12)

Nos detendremos, ahora, para concluir, en tres poemas "familiares-domésticos-hogareños" a fin de mostrar en esta última escritura de Salomé Ureña su apego a la moral objetiva de Hostos, entendida como razón moral y política contra una ideología del atraso denunciada por una ideología del progreso, cuyos símbolos son la luz, la ciencia y el arte. Ideología moral del progreso que deja la otra intacta, estructural y políticamente, puesto que la denuncia es una inversión retórica de las proposiciones del adversario. Nos referimos a los poemas "¡Adelante!" (1889), "Fe" (1890) y "Mi Pedro" (1890, 1896).

En el primer poema, Salomé asume la defensa del esposo, atacado furiosamente, sin duda, por los plumíferos de la dictadura de Heureaux y por el peso del poder que él ejercía. En ese contexto de 1889 se produce el desmantelamiento de la escuela hostosiana y la salida del maestro hacia Chile. El ahogamiento del Instituto de Señoritas se inicia para esa época y cerrará sus puertas desde diciembre de 1893 hasta enero de 1896, a dos años y medio del ajusticiamiento del dictador, ocurrido el 26 de julio de 1899. No es un azar que su reapertura se produzca con el descalabro financiero del régimen. Pero recuérdese que Francisco Henríquez y Carvajal es el líder político e intelectual del proyecto social del positivismo en el país. Es el segundo después de Hostos y fue quien ayudó al maestro a fundar la Escuela Normal y quien también, en compañía de Hostos, empuja a Salomé a abrir el Instituto de Señoritas. Fue también secretario particular del Presidente Meriño y uno de los jefes de la "Sociedad Amigos del País" y de su revista *Letras y Ciencias*. Es decir, la figura y el símbolo del proyecto capitalista-liberal-democrático del Partido Azul. En el momento del ataque, él se encuentra en París, como ya ha sido dicho, haciendo estudios de medicina. Su estancia durará de 1887 a 1891. Para inscribir el optimismo en el poema, dirigiéndose a su esposo, la poetisa escribe:

Deja a las turbas revolver audaces
de tus limpias acciones el tesoro,
buscando con qué herir de tu decoro
la austera dignidad.

Que ni la envidia ni ambición cobarde
dentro del pecho generoso abrigas,
ni los favores pérfidos mendigas,
del aura popular.

(*PC*, 182, v. 1-8)

Es decir, menos que una defensa del honor de su esposo, el poema hay que leerlo como una denuncia-acusación de los vicios que adornan a los poderosos del régimen que encabeza Heureaux: los adversarios de su esposo son turbas (audaces, porque tienen la fuerza); sus "acciones" son sucias porque tienen el derecho de mentir; no tienen decoro ni dignidad; son envidiosos, cobardes y carecen de generosidad; son buscadores de favores políticos y económicos a la sombra del poder del Estado; y, en último lugar, son demagogos que camelan a las masas para engañarlas con promesas falsas. O sea, que carecen los victimarios de su esposo de todos los atributos en que se funda la moral natural, individual, social y objetiva de Hostos.

La segunda, tercera y cuarta estrofas describen los atributos morales de Francisco: hombre de bien, firme, tranquilo, imperturbable, lleno de nobles y grandes esperanzas, amigo del estudio:

alta la frente, el ánimo sereno,
fija la vista al porvenir soñando,

(*PC*, 182, v. 13-14)

Esposo lleno de virtud, su conducta es una acusación perenne contra el régimen existente, aunque su figura (designada aquí por un deíctico preciso) esté ausente, en Francia:

Que allá, con fanal que alumbra y guía
tras de las nieblas del presente oscuro,
brilla en los horizontes del futuro
del ideal la luz.

(*PC*, 183, v. 21-24)

La escritura designa un "allá" radioso (en París) opuesto a un "acá" oscuro (Santo Domingo) que llena de incertidumbre el presente. Y en la estrofa final, Salomé opone los valores de Terencio y del

estoicismo antiguo, rescatados por la moral hostosiana, para distinguir a su esposo de entre la escoria de los adversarios:

¿Qué son a la conciencia del honrado
los aplausos o el odio de un momento?
(PC, 183, v. 25-26)

Y se responde, como se han respondido siempre los virtuosos estoicos, y como mandó Hostos que se respondiese en la *Moral social*:

Rumores que se pierden con el viento
sin eco y sin valor.
Sólo perdura en brillo permanente
de la verdad la antorcha peregrina,
y tú vas, como a la luz que te ilumina,
de la verdad en pos.
(PC, 183, v. 27-32)

En el poema "Fe" (1892), compuesto cuando ya el esposo ha regresado de Francia, pero los mismos acusadores se mantienen en el poder, toda la escritura rezuma optimismo. El optimismo que emana "Luz" después de las bodas de Salomé en 1880 y que la ausencia del padre de familia vino a enturbiar con acentos de tristeza, angustia y pesimismo ante la incertidumbre del porvenir y el temor de perder a sus hijos, enferma y frágil como estaba. Pero aun en esos poemas pesimistas aparece el símbolo de la luz. El poema "Fe", pretextando celebrar el cuarto centenario del Descubrimiento de América, repite la misma denuncia-acusación contra la dictadura. Es una alegoría de la situación del país en 1892 y, por lo tanto, sentido para el presente de la escritura:

¿Do va la nave, si no hay un puerto
que abrigo al nauta ni amparo dé;
si todo es sombra, si todo incierto,
si sólo abismos el terror ve?
(PC, 233, v. 5-8)

La imagen del piloto en este poema no es Colón ni Heureaux. Es la del futuro gobernante, imbuido de la moral positiva. Y la nave es la patria:

¡Ay del piloto! La airada turba
 con fiero amago blande el puñal
 pero al piloto nada conturba,
 fijo en la imagen de su ideal.
 (PC, 233, v. 9-12)

Esta imagen de la turba, que ya vimos en “¡Adelante!”, liga la marinería que amenazaba a Colón con los sicarios del régimen que acosaban al esposo de Salomé. ¿No será, aquí, la imagen del piloto, imagen de Francisco? La imagen de la turba vuelve en la séptima estrofa del poema, en la cual se le presta al colectivo de la masa un discurso directo que reproduce la acusación de la dictadura contra el culpable, que siempre es el otro:

“Muera el aleve!” —la turba estalla—,
 “¡Muera el que arrastra la muerte en pos!”
 Pero el piloto la turba acalla
 con este acento que inspira Dios:

 “Dejad que brille la nueva aurora.”
 (PC, 234, v. 25-29)

Aquí el mito que precede al Descubrimiento en los discursos científicos y poéticos de la época establece una relación con la poesía a través de Heredia y su poema “Las nuevas estrellas”. Mito que la escritura de Salomé Ureña retoma para fundar su ideología del progreso como marcha indetenible de la historia hacia la luz que sepultará, para siempre, el atraso y la barbarie, símbolos de las tinieblas.

En “Mi Pedro” la profecía de la madre con respecto al hijo se cumple porque éste hizo que se cumpliera. El poema obró en él como sentido a cumplirse a través de la acción:

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
 de César ni Alejandro los laureles:
 si a sus sienes aguarda una corona,
 la hallará del estudio en los vergeles.
 (PC, 186, v. 1-4)

Salomé ha debido tener muy presente, para escribir este poema, el juicio que en la *Moral social* emite Hostos sobre estos y otros personajes de la historia, o, al menos, las conversaciones con el maestro. Uno de los efectos del positivismo hostosiano fue lograr que las mujeres lucharan para que se prohibiera el uso de juguetes de guerra en la niñez³⁷. A lo cual puede estar aludiendo, orientado por la educación materna, esta segunda estrofa:

¡Si lo viérais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.
(PC, 186, v. 5-8)

La educación orientada hacia los mismos valores que son cultivados en el hogar, preparan la vocación del infante al estudio, a la sed de saber:

busca la luz, como el insecto alado,
(PC, 186, v. 11)

del patriotismo y sus símbolos:

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.
(PC, 186, v. 13-16)

La quinta estrofa reproduce las cualidades del esposo en el hijo: generosidad, bondad, virtud, culto por lo elevado y desprecio de la

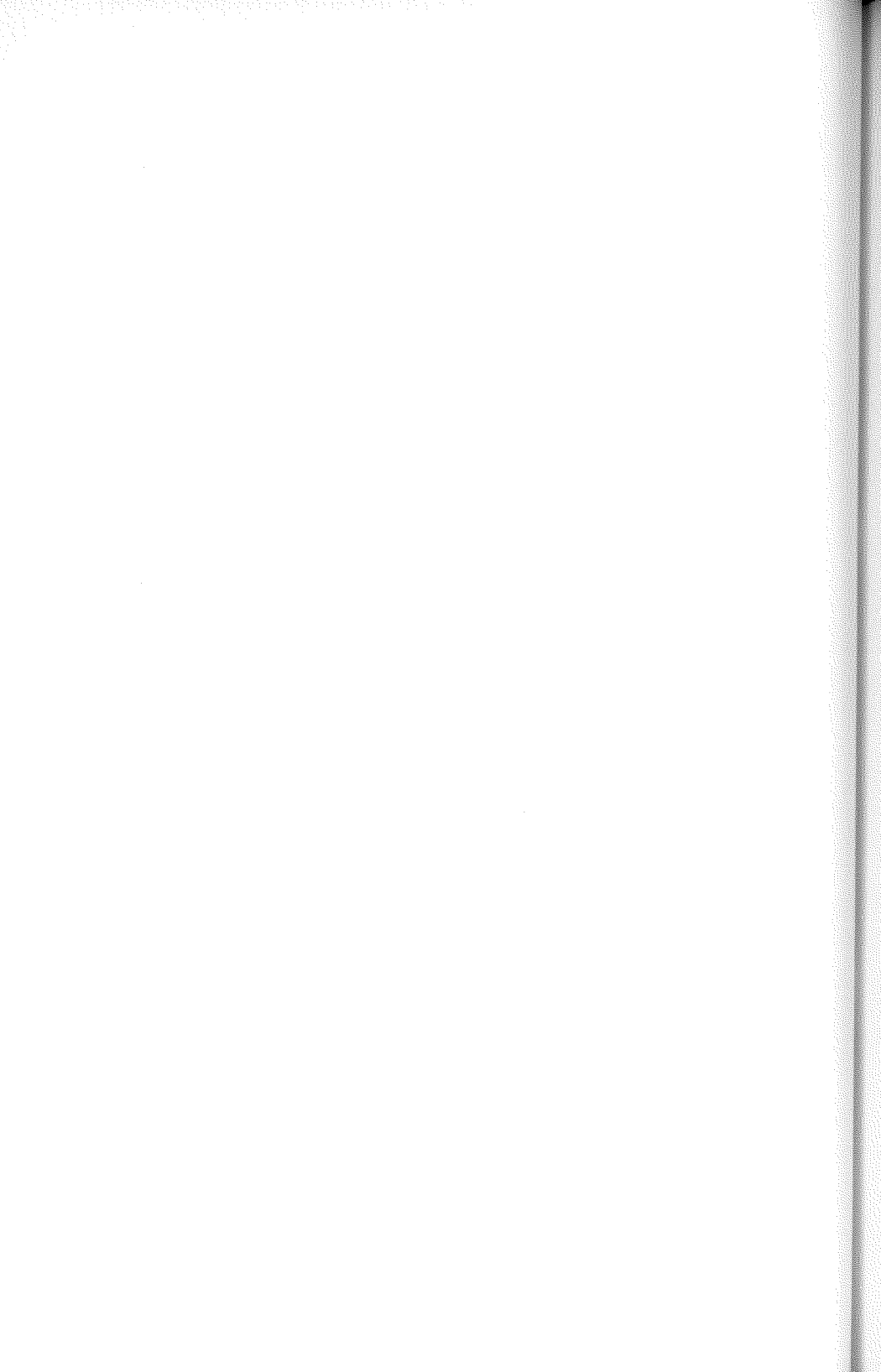
37. Emilio Rodríguez Demorizi, en el prólogo a *Páginas dominicanas* (op. cit. p. 7), consigna que como el hogar de Hostos fue un "modelo de hogares", su esposa, Doña Inda, "formó sociedades de instrucción en Santo Domingo" y que "ideó la supresión del juguete infantil de carácter bélico, sugestión acogida, mediante diligencia de la Delegación Dominicana, por la Liga de Naciones." ¡Cuánta falta hacen hoy, en nuestro país, mujeres como Belinda de Ayala de Hostos!

vulgaridad. La madre confiada en los principios morales que han guiado su propia vida exclama jubilosa:

y digo al porvenir: ¡Te lo confío!
(*PC*, 187, v. 24)

Quienes conocen la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña, su personalidad y su influencia en la literatura dominicana, latinoamericana, norteamericana y europea, saben que el texto que su madre le dedicara obró en él como el sentido de una fuerza que le hizo hacer lo que el poema dijo que hiciera. ¿Efecto similar en Max y Camila? ¡Quién sabe! La respuesta no es lo importante, sino las obras que los tres nos legaron.

DIÓGENES CÉSPEDES



¡FIAT LUX!

No lo dudemos: la nación vive y crece y echa y consolida las bases de su futuro engrandecimiento. La juventud la salva.

Así debé ser. Rica de esperanzas y ávida de gloria, la juventud es progreso y tiene que ir siempre adelante dando apoyo y calor a toda idea elevada, fecunda y bienhechora.

No en vano ha encendido Dios en su pecho el fuego sagrado de los grandes amores que resplandece en su semblante lleno de animación y reverbera en su mirada ardiente.

De ella es todo: la actividad, la energía, la fe, la abnegación, el entusiasmo, el espacio, el tiempo y las nobles aspiraciones y a su genio emprendedor le corresponden los lauros de las brillantes conquistas que la aguardan para coronarla.

Y precisamente la nuestra hace algunos años que ha sabido ocupar su puesto, dilatando convenientemente su acción sobre lo porvenir para preparar honrosos destinos a la patria.

La República nos viene ofreciendo el halagüeño espectáculo del ahinco con que la juventud dominicana se dedica a los estudios en la capital y en las provincias, ganosa de adquirir reputación literaria y propagar la instrucción, estableciendo sociedades, fundando bibliotecas, celebrando públicos certámenes, editando y redactando periódicos y honrando los talentos sobresalientes.

1. En Salomé Ureña de Henríquez, *Poesías*, S. D., 1880.

Loor y prez a esos obreros de la civilización que luchan con ardoroso afán por disipar las nieblas letales de la ignorancia que épocas funestas han condensado sobre nuestro pueblo, foco un día de luz y grandeza intelectual en la América Latina.

Ellos no verán frustrados sus nobilísimos esfuerzos. Su espíritu animará la gleba y de ella surgirán nuevos hombres que llevarán en la frente la majestad personal. El filtro poderoso de sus ideas regenerará la savia de la sociedad enferma y decaída por mal humorada.

Esa es la única esperanza que nos queda para sobrellevar, resignados, nuestros dolores...

Sí, sin ilustración no hay personalidad, ni sin personalidad derechos ni sin derechos justicia, ni sin justicia orden, ni sin orden libertad, ni expansión, ni paz, ni bienandanza. *¡Fiat lux!*

Y en verdad consuélase uno viendo que a vuelta de tantas desgracias como han llovido sobre nosotros, especialmente durante los siete lustros que contamos de independencia, la afición a las letras se haya despertado con tanto vigor, debido, sin duda, en mucha parte a ese estado de excitación de los ánimos agitados por la borrascosa vida pública, o, quizás, a las influencias de las mismas calamidades que han torturado el espíritu nacional obligando al retraimiento y a la meditación de los sucesos.

Las letras han ganado siempre en los desencantos políticos, como en todos los dolores humanos.

Nunca es el hombre más dueño de sí mismo que cuando, experimentando un desaliento, se refugia en el santuario de su conciencia y ve reflejada en el fondo de ella la realidad de las vanidades exteriores. Entonces encuentra dentro de sí la plenitud de la vida y fuera descubre el cadáver; dentro, el ser; fuera, la sombra fugaz. Entonces se halla en posesión perfecta de su personalidad; ejercita su imaginación y su pensamiento; y su verbo interior se fecundiza y sale en forma de palabra hablada o escrita a fecundar también otros espíritus.

Y ¡qué asombrosa generación la del verbo! Se multiplica como las arenas del mar y como las estrellas del cielo, y a pesar de su ubicuidad y multiplicidad, subsiste íntegro e inalterable, y su existencia y su poder y su fecundidad no tienen fin. Brota de los labios o de la pluma de un hombre, y se transmite de gente en gente, llevado a todos los lugares, a todos los climas en alas de los siglos. La inmortalidad humana comienza en la palabra. Transmitir esta es asegurar la vida. Los oradores y los escritores perpetúan su memo-

ría, porque han comulgado a todas las generaciones con la palabra, que es la sustancia de su pensamiento, que es la esencia de su espíritu.

Pues bien: la literatura es respecto de una nación, lo que la palabra respecto de un hombre. El mundo es un ser mutilado por imperfecto, oscuro, reducido a las estrechas dimensiones de su esfera material, que aparece, vegeta y se va sin interesar en el movimiento social. Y las naciones que no dicen nada de sí mismas; que no hablan; que no confunden su verbo en el gran concierto del lenguaje humano; que no llevan sus ideas a la perenne gran exposición del discurso universal, no tienen vida exterior, ni prolongada, y languidecen en la esterilidad: pasan muertas debajo del sol de los pueblos, dejando un punto en el mapa geográfico, pero no una estela luminosa en la historia; no la eterna repercusión de su palabra que se dilata llenando todos los tiempos.

¡Oh sí!, la literatura de un pueblo es también su inmortalidad; porque es su espíritu que subsiste salvándose de todas las catástrofes. Israel no perecerá: Grecia y Roma hablarán a todas las edades. Su literatura es la gran nodriza a cuyos pechos exuberantes se ha lactado la inteligencia de la humanidad. ¿Cómo, pues, no he de saludar entusiasmado el alba de nuestra literatura que asoma y se ensancha por sobre las brumas de nuestras desgracias? Prolongada ha sido nuestra noche y mucho tardaba el bello crepúsculo que despunta, revelando la gran fermentación de los espíritus.

En poco tiempo han sido publicadas varias obras nacionales, unas en prosa y otras en verso, figurando, entre las segundas la *Lira de Quisqueya*, colección ya juzgada por uno de nuestros mejores críticos². Sus editores confundieron, por desgracia, composiciones de algunos de nuestros poetas de bien merecidos lauros, con otras de aficionados, que no debieron aparecer en dicha obra. No pararon mientes en los efectos del contraste, o ignoraron que en el arte, manifestación de lo ideal, que es definido, no hay puntos relativos sino extremos. El poeta no se forma, no se mejora, no progresa. Nace trayendo en su mente las sublimes visiones que arroban su fantasía, o la exaltan, agitan y atormentan para que, ángel o demonio, pero siempre potencia, conmueva nuestra naturaleza. Así los vemos presentarse en el escenario de la vida, diversos en la inspiración, pero iguales por la majestad del numen y de todas maneras grandes. Ahí

2. Manuel de J. de Peña y Reynoso.

están Homero y Esquilo; Virgilio y Dante; Shakespeare y Milton; Klopstock y Goethe; Espronceda y Quintana; Lamartine y Víctor Hugo.

Después de la *Lira* salieron a luz las *Fantasías indígenas* del atildado poeta José Joaquín Pérez. En esa obra todo es interesante y bello: el asunto nacional y delicadamente escogido; la historia y las fábulas amparadas de la tradición, concordantes para revelarnos el secreto de las costumbres y hechos de los primitivos aborígenes, y la versificación melodiosa, llena y sonora. Leyéndola, se transporta el alma seducida por las armonías que el poeta hace brotar de sus versos fluidos, variados, ricos de imágenes y de inspiración.

La Señorita Salomé Ureña tejió vistosa corona de gallardas flores que ciñó al bardo feliz en sus *Impresiones* inmortales.

Ella, la cantora de vigorosa entonación, de estro suavísimo por natural y espontáneo, cuya poesía brilla con un resplandor siempre vivo y admirable, enalteciéndola cada vez más a los ojos de propios y extraños, y que es ya una celebridad latinoamericana, da hoy también a la estampa en forma de libro, las producciones espléndidas de su ingenio tropical.

Nunca he celebrado en la bella literatura esta poesía galana e insustancial que dora extravagancias y delirios para fascinar imaginaciones débiles e inteligencias superficiales; pero sí admiro y aplaudo la filosófica que hace irradiar la luz del discurso y la proyecta sobre el alma y el corazón, templada por la suavidad del sentimiento y las imágenes de la fantasía.

Lo bello no es incompatible con lo grave. El pensamiento tiene su cielo y sus arreboles. Más elevado que el sentimiento y la imaginación, es la verdadera majestad del espíritu y la poesía, que pone al servicio del pensamiento su paleta y sus colores, es, sin duda, la más enaltecida del arte que hace brillar la importancia de la idea, revisitiéndola con formas seductoras que enajenan y cautivan.

Por esto he admirado siempre el numen de la Señorita Ureña. Sus producciones se distinguen no sólo por el mérito estético que entrañan, por sus formas puras y correctas, por su fuego y elevación, delicadeza y fluidez, elegancia y flexibilidad, y otras facultades sobresalientes de incontestable belleza artística, sino por la sustancia ideológica que les comunica alma y energía, revelando en todas ellas que piensa y siente.

Ahí están sus odas: ahí están todos sus cantos. Corina y Safo reconocerían en ella su excelso numen, y pondrían en manos de la

poetisa que surge radiante de entre los escombros de la que fue la Atenas del Nuevo Mundo, sus arpas de oro coronadas de laureles.

Hasta ahora la Señorita Ureña no se había ejercitado sino en el género lírico. Lo subjetivo, es decir, lo ideal, ha sido la fuente de sus inspiraciones. La naturaleza es siempre lógica. ¿No ha tendido las cuerdas de la melodía en el corazón de la mujer?

Ello no obstante, como "los poetas son liras que suenan a todos los vientos; que cambian los matices al paso de cada nube", y la Señorita Ureña ha revelado suficientemente que en el purísimo cristal de su alma tierna y sensible, se reflejan todos los rayos de luz y vibran todas las armonías, nos sorprende hoy con su leyenda nacional intitulada *Anacaona*, escrita últimamente, y cuyo mérito sabrá apreciar como es debido el lector. ¿Acaso no teníamos y tenemos derecho a esperar que sea también la poetisa objetiva que, inspirándose en nuestra historia tan fecunda en graves acontecimientos, en hechos gloriosos, en episodios heroicos y sublimes, en sucesos desgraciados, alcanzará nuevos y mayores triunfos literarios en la poesía dramática y aun en la epopeya, dándonos el poema épico que consagre el recuerdo interesante de nuestro pasado legendario?

¿Y qué puede dudarse de la maravillosa potencia generadora de ingenio humano? Él es luz, fuerza que contiene el espíritu y crea derramando claridades en los senos misteriosos de la naturaleza; descubriendo y combinando elementos e imágenes así en el orden físico como en el intelectual y moral; revelando los secretos de las grandes leyes y relaciones de los seres; percibiendo sus lineamientos más ocultos y las bellezas de sus formas; y haciendo, en fin, comprender y admirar las delicadas y grandiosas armonías de los mundos. Por eso es don singular no prodigado por Dios sino concedido a pocos, que se levantan como astros brillantes sobre el cielo de las inteligencias para servirles de guía y estímulos, siendo, a la vez, su objeto de admiración y honra.

Así, cuando encontramos uno de esos seres privilegiados con tan elevada dignidad, en la escala del talento, opino que reconocer sus merecimientos e inclinar la frente con respeto delante de él, y regar a su paso las flores de nuestra alma, que son las expresiones de nuestro entusiasmo y de nuestros aplausos sinceros, es deber que nos obliga y homenaje que nos enaltece.

Esto me ha movido a escribir, en obsequio de la Señorita Ureña, las líneas que ya deben tener aquí su punto final. Ella es digna de las congratulaciones nacionales con que la República, por el órgano de

la juventud ilustrada, encarece y galardona las altas dotes de su ingenio poético, honra de las bellas letras y motivo de justo enorgullecimiento para la patria.

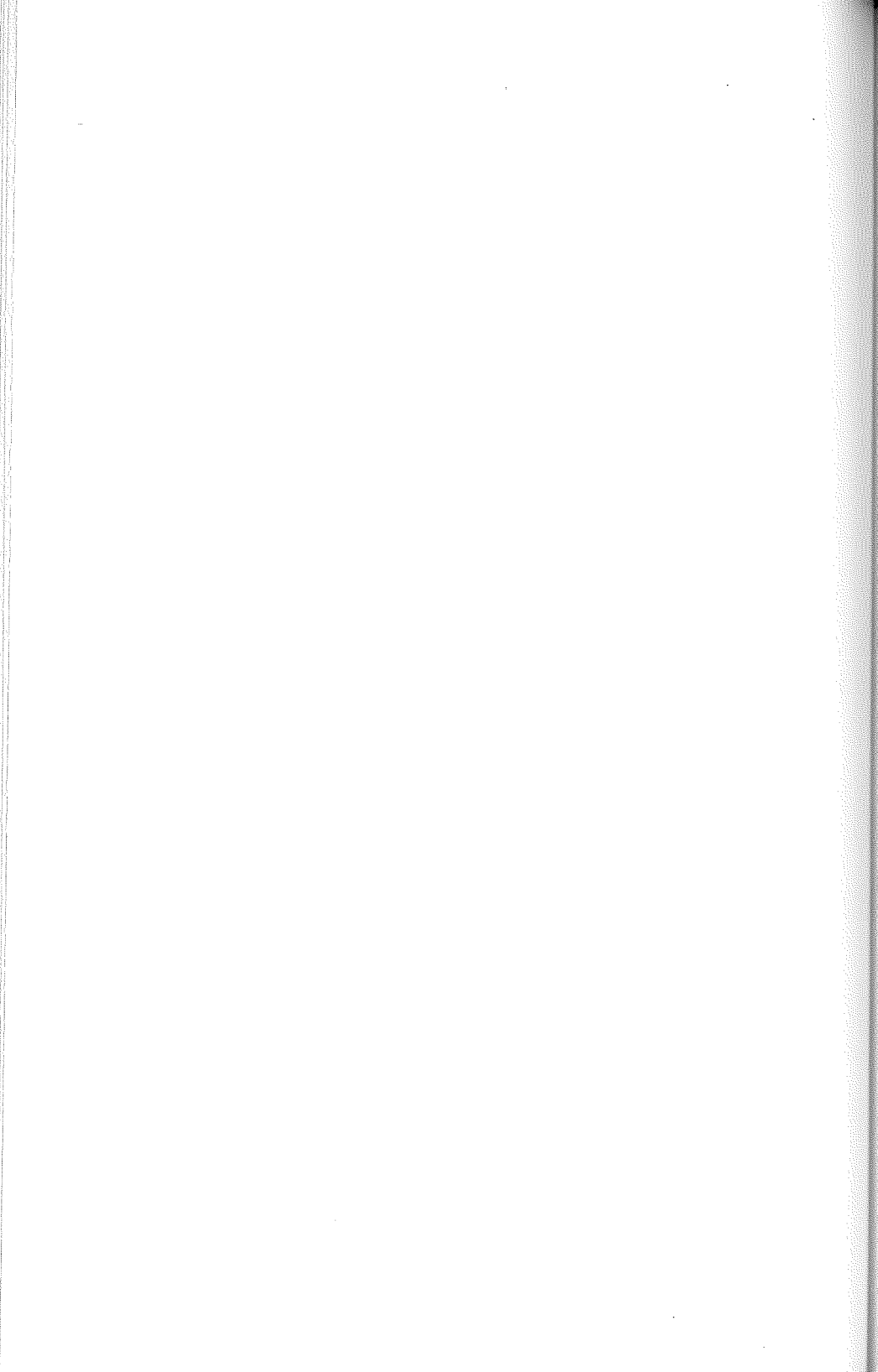
Recojámonos, entre tanto, y guardemos profundo silencio para percibir las dulces notas que van a poblar de melodías la atmósfera del alma; que ésta va a ser deleitosamente arrullada por las vibraciones del arpa suavísima y armoniosa de la musa de Quisqueya.

FERNANDO ARTURO DE MERIÑO

POESÍAS COMPLETAS

Las referencias que aparecen en las notas al pie de página, y que indican de dónde éstas han sido tomadas, corresponden a las ediciones de 1880, 1920 y 1950 de las *Poesías* de Salomé Ureña. En cambio, las notas sin especificación pertenecen a Diógenes Céspedes.





CONTESTACIÓN¹

*Al joven poeta T.R.*²

Más grato que del ave
el cántico armonioso,
que el ruido cadencioso
del aura en el palmar;
más tierno que el gemido
de tórtola doliente,
o de una mansa fuente
el leve susurrar;

oí yo de tu lira
la suave melodía
que diera al alma mía
momentos de placer.
Mas ¡ay! en esos dulces
y plácidos acentos
de tu alma los tormentos
se dejan comprender.

1. Excluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, p. 191.)

2. Temístocles Ravelo. (Ibid.)

Presumiblemente las iniciales de la dedicatoria corresponden a Temístocles Amador Ravelo y Abreu, hijo legítimo de don Juan Nepomuceno Ravelo, de los fundadores de la Trinitaria, y de doña Manuela Altagracia Abreu. Nació Temístocles Ravelo en la ciudad de Santo Domingo, el 29 de abril de 1854, por tanto cuatro años

Si Cuba con sus bosques,
 sus vegas y sus flores,
 no brinda a tus dolores
 alivio ni solaz;
 si en medio de su encanto
 e ingénita belleza,
 acerba la tristeza
 te sigue allí tenaz;

la margen abandona
 del límpido Almendares,
 y vuelve, de tus lares,
 la brisa a respirar;
 y vuelve, del Ozama
 que corre dulcemente,
 la rápida corriente
 feliz a contemplar.

Sí, bardo, torna al suelo
 que forma tu contento,
 do en blando movimiento
 tu cuna se meció.
 Verás los anchos bosques
 y los amenos prados,
 do libre, sin cuidados,
 tu infancia transcurrió.

más joven que Salomé Ureña. Después del triunfo de la guerra restauradora, su padre se trasladó a Santiago de Cuba con su familia, donde estableció una tipografía, en la cual se imprimía el diario *La Independencia*, en cuyas columnas se inició en el periodismo el futuro autor del *Diccionario biográfico dominicano*. De esta obra, que se conserva inédita en el Archivo General de la Nación, hizo el oficinista José Tomás Benítez, una reproducción mecanográfica en cinco tomos, por encargo del Lic. Julio Ortega Frier. Asimismo, Ravelo proyectó componer un *Diccionario Geográfico de la Isla de Santo Domingo*. Emilio Rodríguez Demorizi reproduce en *Tradiciones y cuentos dominicanos*, su episodio acerca de la guerra de la Restauración, titulado, "Sabí", que al parecer es el fruto de los relatos hechos por su padre. Temístocles Ravelo, debido a su labor revolucionaria en pro de la Independencia de Cuba, fue expulsado violentamente por orden del Capitán General Camilo Polavieja. Fue Cónsul Honorario de Venezuela en Santiago de Cuba. Vuelto a la patria en 1880, se inscribió en la Cátedra de Derecho Constitucional que dictaba el insigne Eugenio María de Hostos, en el Instituto Profesional. Años después regresó al seno de su familia en Santiago de Cuba, donde murió en 1932.

Verás los altos robles,
los grupos de palmeras
que mece en las praderas
la brisa tropical.
Aún guarda el arroyuelo
sus plácidos rumores;
los pardos ruisseños
su cántico genial.

De nuestra amada Patria
el cielo transparente,
bullir hará en tu mente
la dulce inspiración;
y al entonar gozoso
tus fáciles cantares,
el tedio y los pesares
huirán del corazón.

1870.

UNA LÁGRIMA¹

*En la muerte de L.P.A.*²

Proscrito, solo, errante y sin consuelo
 al extranjero suelo
 te arrojó sin piedad la suerte inestable,³
 pero su golpe rudo, lamentable,
 te vimos soportar con noble calma,
 sin que nunca tu alma
 cobarde se abatiera y miserable.

1. Excluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, p. 194.)

2. Lorenzo Puente Acosta, poeta puertorriqueño. (Ibid.)

Sobre el título original de este poema, ver Silveria R. de Rodríguez Demorizi, *SUH*, 12, nota 6.

Se trata del poeta puertorriqueño Lorenzo Puente Acosta, al parecer de alcances limitados en la lírica de su país, aunque se refieren a él Ángel Geisel y Zenón, y Abelardo Morales Ferrer en *Bibliografía puertorriqueña*. Citan su *Álbum poético, descripción en verso de las fiestas de San Juan, en Puerto Rico*, en el año de 1868 y su *Biografía del Maestro Cordero*, impresa en Puerto Rico el mismo año. Son las dos únicas obras que cita también Antonio S. Pedrera en su *Bibliografía puertorriqueña* (1493-1930), págs. 536, 562 y 589.

3. Inestable. El uso de este adjetivo derivado del latín *instabilis*, es ya hoy en español un arcaísmo. El lenguaje común y el poético impusieron el uso de *inestable*, mientras que en francés *instable*, desde 1236 hasta hoy, con un breve eclipse en el siglo XVIII, le gana la partida al dualismo *sermo urbanus/sermo rusticus*, imponiendo los hablantes a través del uso una sola forma para el lenguaje común y el literario. Por donde se muestra la inoperancia de la oposición entre palabra culta y palabra común o vulgar. Lo que llaman palabra culta fue, en su época, palabra común, exceptuándose de esto algunos términos técnicos o científicos. Una palabra es tasada de culta porque ya no se usa, es decir, deviene sinónimo de clásico. El uso de cultismos envejece la escritura, la cual no vive sino del presente. La estructura sintáctica del español es predominan-

Tu corazón que ante el dolor ajeno
sensible se mostrara
y que el propio arrostró siempre sereno;
tu noble corazón, do se albergara
el patrio sentimiento
hora yace sin ser ni movimiento.

Rauda elevóse a la mansión etérea
el ánima que ufana,
en su ilusión aérea
ansiaba sólo con vehemente anhelo,
ver tremolar en el nativo suelo
de libertad la enseña soberana.

Tu patria idolatrada
nunca borraste de tu fiel memoria;
mil veces la lloraste encadenada
y en tono melodioso
tu lira lamentó su triste historia;
tu lira que templabas afanoso
para ensalzarla en su futura gloria.

La patria, bardo, para ti formaba
tu bien mayor y tu ilusión más bella;
tu pecho la adoraba
con ciega idolatría;
acaso con afán en tu agonía
aun clamaste por ella.
Mas, en vano, que bárbara, implacable
no te dejó la muerte inexorable
ver de su libertad el fausto día.

Pero ya libre de miseria y llanto
el suelo abandonaste,
y raudo te elevaste
a ese mundo de luz do no hay quebranto,

temente consonante más vocal o viceversa, o vocálica. No se puede pasar de *instable* a *stable*, y de ahí a *stabiliaad*, sin la *e* de apoyo que daría *estable* y *estabilidad*. La *s* en posición inicial no pertenece a la estructura silábica del español. Como tampoco las sílabas formadas por c+c+c+v

ya huellas, ¡mártir! la celeste esfera,
mansión de eterna vida;
habitas ya la Patria verdadera
al justo prometida,
en donde el alma con fervor profundo
himnos entona al Hacedor del mundo.

1870.

RECUERDOS A UN PROSCRITO

Al Sr. D. Alejandro Román¹

¡Oh Patria, voz divina, sublime y dulce nombre,
a cuyo acento el alma palpita de emoción;
palabra sacrosanta que encierras para el hombre
cuanto hay aquí en el mundo de grato al corazón!

Tú guardas de mi infancia las risas hechiceras;
tú guardas el idilio del materna! amor;
aquí ensayó mi lira sus cánticas primeras;
aquí entregó a los vientos sus notas de dolor.

Así, aunque de otras playas jamás me vi en la arena
ni de otros horizontes las líneas contemplé,
concibo del proscrito la abrumadora pena,
y su mortal angustia por tu ascendiente sé.

1. Ni Balaguer, *Historia de la literatura dominicana*, 5ta. ed. (Buenos Aires: Gráfica Guadalupe, 1972) ni Néstor Contín Aybar (*HLD*), registran este nombre en sus textos sobre historia de la literatura dominicana. Tampoco Rufino Martínez lo registra en su famoso *Diccionario biográfico-histórico dominicano 1821-1930* (Santo Domingo: Talleres Gráficos de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1971). Ha debido ser Román, sin duda, una víctima del gobierno de Báez y por el contexto del poema de Salomé Ureña se colige que el proscrito pulsaba la lira. Doña Silveria (ob. ya citada, p. 11) señala, refiriéndose a Salomé: "Además, conoció bien la literatura francesa en su propia lengua, que ella y su hermana Ramona comenzaron a aprender con Alejandro Román, aficionado a las letras." Encontramos, sin embargo, un poema suyo dedicado

Y sé cuán dulce llega, al pecho dolorido
del que entre ajenos lares la suerte desterró,
un eco, una memoria del suelo bendecido
do el beso de una madre primero recibió.

Por eso yo un recuerdo te mando enternecida,
a ti que solo vagas, proscrito del edén
que guarda tus afectos, la historia de tu vida,
que guarda de mi vida las páginas también.

Momentos hay que triste parece que te miro
vagar meditabundo, sumido en ansiedad,
y envuelta una memoria del alma en un suspiro
temblando entre la brisa te manda mi amistad.

Si alguna vez tu frente se dobla pensativa
con pena recordando tus goces y tu hogar,
también los que aquí siempre te amamos con fe viva
tenemos horas lentas de triste meditar.

¡Si vieras, caro amigo, si vieras qué mudanza
el tiempo y los dolores obraron en mi ser!
¡Si vieras cuánto sueño de gloria y esperanza
mi mente sorprendida miró desvanecer!

¡Ay, cuántas, cuántas veces en mi dolor vehemente
tu ausencia ha deplorado mi triste corazón!
Pensaba que tú fueras aquí mi confidente
y hallara en tus palabras consuelo mi aflicción.

Mas ¡ah! que tras de tantos recónditos pesares
como de angustia el alma transida devoró,
volver seguro debes a tus amantes lares,
al suelo bendecido que nunca te olvidó.

Y entonces contemplando, ya libre de congojas,
de nuestros verdes campos la pompa tropical,

a Salomé, escrito desde Los Cayos [Haití] el 12 de octubre de 1874 y publicado en *La Opinión*, No. 43, Santo Domingo, 19 de marzo de 1875. Ver E. Rodríguez Demorizi (*SUIS*, pp. 27-28).

oyendo los deliquios del aura con las hojas,
gozando de las aves la música ideal,

así como a la sombra contara a sus amigos
el hijo de los bosques la historia de su amor,
así bajo las palmas, de tu placer testigos,
nos contarás tu ausencia, tus horas de dolor.

Y entonces te diremos con lánguida ternura
también nuestros dolores, que harán te conmovér;
y entonces, sólo entonces, sabrás nuestra amargura
y nuestras horas lentas de lento padecer.

En tanto, sólo puede mi afecto dilatado
mandarte una protesta² sincera de su fe;
decirte que, del alma por siempre venerado,
doquiera tu recuerdo conmigo llevaré.

¡Adiós! Cuando discurra la brisa bulliciosa,
rumores de la Patria fingiéndote al pasar,
entonces en mí piensa, que, siempre cariñosa,
te mando entre sus alas recuerdos del hogar.

1872.

2. Protesta. Uno de los significados de esta palabra, en el contexto cultural de la época, era el de *testimonio, promesa, confesión*. El referido vocablo tiene otros semantismos técnicos en derecho, política y comercio. Hoy es arcaísmo utilizado en el sentido que tiene en el verso de Salomé Ureña.

UN GEMIDO¹

*Sobre la tumba de mi malogrado amigo
José Francisco Pichardo.²*

Yo no vengo a la tierra donde yaces
a sembrar una flor, no puedo tanto,
yo no vengo a ofrecerte un nuevo canto,
en notas de sublime inspiración;

no brotan flores en mi senda estéril,
ni el arpa del dolor tiene armonía,
gemido sólo guarda el alma mía
y un *gemido* te rinde el corazón.

Un *gemido* no mas, sólo tributo
que te brinda mi pecho lacerado,
a ti que fuiste siempre condenado
a *gemir* en la tierra como Job.

Y que aguardar supiste resignado
el término de tanto sufrimiento,
abismándose en Dios tu pensamiento
soñando en otro mundo cual Jacob.

1. Excluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, pág. 196.)

2. Nacido en Santo Domingo el 3 de diciembre de 1837 y fallecido en la misma ciudad, a causa de la lepra, el 30 de marzo de 1873. Para más detalles de su vida política y literaria, ver Contín Aybar (*HLD*, t. II. 104-107).

Yo te vi padecer, sin que pudiera
de tus males la bárbara fiereza
abatir de tu pecho la entereza
ni tu heroica paciencia contrastar.

Superior al destino que en tu frente
descargara su inmensa pesadumbre,
supiste del saber a la ardua cumbre
el vuelo poderoso levantar.

Y en la arena revuelta de la vida
arrojado en combate permanente,
sucumbiste luchando heroicamente
sin ceder al destino tu valor.

Hoy por eso en el polvo removido
que de tu sér oculta los despojos,
derraman una lágrima mis ojos
recordando tu historia de dolor.

Mas ahora, ya sin penas en la altura
del ángel a las suaves armonías,
unirás las acordes melodías
con que supo arrobarnos tu laúd.

Y duerme en paz: no turbe tu reposo
de mi dolor el lánguido *gemido*
mientras ciñes en premio merecido
los lauros del martirio y la virtud.

LA GLORIA DEL PROGRESO¹

*A la sociedad "La Juventud"*²

No basta a un pueblo libre
la corona ceñirse de valiente;
no importa, no, que cuente
orgulloso mil páginas de gloria,
ni que la lira del poeta vibre
sus hechos pregonando y su victoria,
cuando sobre sus lauros se adormece
y al progreso no mira,
e, insensible a los bienes que le ofrece,
de sabio el nombre a merecer no aspira.

El mundo se conmueve
cual de una fuerza mágica impulsado;
el progreso su luz extiende breve
desde la zona ardiente al mar helado
y vida y movimiento a todo imprime.

1. Fue la primera composición en que la autora expresó su ansia patriótica de progreso. A pesar de los defectos juveniles que en ella se advierten, fue muy elogiada en la prensa de las Antillas. (Not. ed. 1920, pág. 4.)

2. César Nicolás Penson (obra ya citada, p. 28) informa que después de la caída de Báez en 1873 surgió, al lado de "La Republicana", la sociedad literaria "La Juventud", «...compuesta de lo más escogido de aquella generación y que contaba no pocos talentosos jóvenes. Esta sociedad, alternando el esparcimiento con aficiones literarias, bien que atendiese más a lo primero, no dejó de cultivar el espíritu, y cumplió con su deber patriótico, en aquellas circunstancias en que tan necesario era el ejemplo, tanto en la esfera intelectual como en la política.»

Por eso las naciones convocadas
en lucha tan sublime
dispútanse agrupadas
el lauro insigne del saber divino
y cada pueblo aspira
a llenar con honor su alto destino.³
Lucha sublime, sí, donde se mira
en héroe convertido al ciudadano
ceñir triunfante la inmortal corona,
desde el pobre artesano
que en su taller humilde se aprisiona
hasta el genio que escala al firmamento
y fija al ígneo sol su inmovible asiento.

Contemplad al que atento y cuidadoso
se desvela en su estancia, retirado,
indagando la ciencia. Al que afanoso
sorprende los secretos de natura,
y con mano segura
al lienzo los traslada trasportado.
Mirad al que, domando
del mármol o del bronce la dureza,
de forma le reviste y de belleza;
al hábil arquitecto que elevando
hasta el cielo la cúpula gigante,
sublime y arrogante,
parece desafiar del tiempo cano
la destructora acción. Ved al que ufano
el ánimo sorprende y maravilla
trocando fácil con su diestra mano
en deslumbrante vidrio humilde arcilla;
al incansable obrero
que sobre su telar constante vela,
que sin cesar se afana,
y con prolijo esmero
hace que de algodón o tosca lana
brote bajo sus dedos rica tela;
al que tenaz horada las montañas

3. En ed. 1880, pág. 13: *con afán a cumplir su alto destino.* (Nota ed. 1950, p. 79.)

y en sus rudas entrañas
 abre a la industria salvadora senda;
 al que su rica hacienda
 no consume en estéril opulencia,
 y con afán loable
 acorre presuroso a la indigencia,
 y el pan de la instrucción le brinda afable.
 Mirad al que a su imperio
 hace que salve el líquido elemento
 y atraviere, más rápida que el viento,
 la palabra veloz otro hemisferio.
 Miradlos todos, vedlos agrupados
 oponer una valla al retroceso:
 ellos son los guerreros denodados
 que forman la vanguardia del progreso.

¡Oh, dichosas mil veces las naciones
 cuyos nobles campeones,
 deponiendo la espada vengadora
 de la civil contienda asoladora,
 anhelan de la paz en dulce calma
 conquistar del saber la insigne palma!
 Esa del genio inmarcesible gloria
 es el laurel más santo,
 es la sola victoria
 que sin dolor registrará la historia
 porque escrita no está con sangre y llanto.

¡Oh juventud, que de la Patria mía⁴
 eres honor y orgullo y esperanza!
 Ella entusiasta su esplendor te fía,
 en pos de gloria al porvenir te lanza.

Haz que de ese profundo
 y letárgico sueño se levante,
 y, entre el aplauso inteligente, al mundo
 el gran hosanna del Progreso cante.

1873.

4. En ed. 1880, pág. 15: *Tú, Juventud, que de la Patria mía...* (Ibid., p. 81.)

A LOS LEUTONES¹

*Consagrados el 24 de junio (1873), en la Logia
"Cuna de América No. 2".²*

Cual águila caudal con noble anhelo,
a la región vacía
levanta, ¡oh musa! el majestuoso vuelo:
raudales de armonía
pide a la inspiración, y al sol radiante
roba un destello de su luz brillante.

Y ven conmigo al *templo* luminoso
donde la *unión* se mira;
ven y contempla en su interior suntuoso
el cuadro que me inspira;
el que hace, ¡oh musa! que de ti demande
un himno nuevo, melodioso y grande.

1. Leu = sustantivo masculino (siglo XI, antigua forma de *loup*, lat. *lupus* (esp. lobo). Expresión francesa *á la queue leu leu*. ¿Lo usa Salomé Ureña, como figura, por *hijos de lobos* = lobeznos cachorros? ¿Y el sufijo TON = ezno, orro + es, plural en español, para dar leutones? De donde se tendría que un leutón ¿no sería otra cosa que un joven iniciado en la masonería? *Louveteau* [luv.'to] en francés muy bien puede devenir en español *lobato* y *lobatón*, ambos sustantivos comunes y apellidos, aclimatados mucho más el último como apellido dominicano, pero escrito con v. Pero esta filología histórica del francés puede muy bien resultar falsa si se hurga en la filología del alemán antiguo. En esta lengua *leu* (león en español) deviene más tarde *lew*, y luego *loew* deviene *low*. Tendríamos entonces así que el "cachorro" no sería de "lobo", sino de "león", por antonomasia el rey de los animales. De aquí que en sentido figurado *leutón* sea, en el argot de la masonería, el hijo de masón consagrado en la logia.

2. Excluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, p. 198.)

Templo de amor donde la *luz* impera
sin término ni ocaso,
donde feliz la humanidad entera
se estrecha en dulce lazo;
y donde ajeno al mundanal tumulto
a Dios se rinde reverente culto;

do se desborda de su inmensa fuente
la *caridad* preciada,
donde siempre el clamor del indigente
halló fácil entrada,
y el huérfano infeliz en su amargura
apoyo firme, protección segura;

donde hoy gozosa, con amante halago
entre variadas flores
que del incienso con el humo vago
confunden sus olores,
conducida la infancia placentera
recibe del *amor* la unción primera.

Vosotros, niños, esperanza bella
del porvenir incierto,
de vuestros padres la marcada huella
seguid con digno acierto,
y seréis, imitando su alto ejemplo,
firmes columnas de tan noble *templo*.

Este momento con tenaz porfía
grabad en la memoria,
y pueda por vosotros algún día,
con majestad y gloria,
de la eterna verdad el sol fecundo
más bello alzarse a iluminar el mundo.

A LOS DOMINICANOS¹

Los que anheláis del templo de la gloria
la Patria levantar a lo eminente;
que supisteis luchar heroicamente
por darle en los anales de la historia
el renombre de un pueblo independiente,

venid y saludad la nueva aurora
que baña en luz la dilatada esfera;
saludad la celeste mensajera
que en nombre de la unión, que el libre adora,
abre del bien la suspirada era.²

1. Suprimido el subtítulo de la edición de 1880: "*Después de la Revolución de noviembre.*" (Nota ed. 1950, p. 82.)

Se refiere a la revolución del 25 de noviembre de 1873. Revuelta contra el régimen dictatorial de Buenaventura Báez, que duró seis años, encabezada por el general Ignacio María González, abriéndose un compás más democrático y sellándose para siempre, según P: Henríquez Ureña (*OC*, p. 136) toda tentativa de anexas el país a potencias extranjeras. Ese respiro duró poco, pues González fue depuesto por los liberales del Cibao, descontentos por los favoritismos de González y el mal manejo de la economía. Hubo varios intentos por deponerlo, y el más serio lo llevó a renunciar en febrero de 1876. Ya el 24 de marzo de ese año los azules habían llevado a la presidencia de la República a Ulises F. Espaillat, quien duraría siete meses en el poder, y en cuyo derrocamiento intervino el mismo general González el 5 de octubre de 1876.

2. En ed. 1880, pág. 19: *del suspirado bien abre la era.* (Nota ed. 1950, p. 82.)

Y vosotros que el cáliz de amargura
distantes apuráis de vuestros lares,
salvad gozosos los tendidos mares,
volved a saludar en la llanura
de la Antilla preciada los palmares.

Volad a recibir el tierno abrazo
de la madre amorosa que os dio vida,
y juradle con voz enternecida,
cuando os miréis en su feliz regazo,
darle otra vez la majestad perdida.

Todos venid, y en fraternal alianza
estrechad vuestros nobles corazones,
reprimid de la guerra las pasiones,³
y revivan, al sol de la esperanza,
del patriota las dulces ilusiones.

Y pues grandes ayer en Capotillo⁴
asombro fuisteis a la hispana gente,⁵
aún reclama el esfuerzo del valiente
para dar a sus triunfos nuevo brillo
Quisqueya la gentil, la independiente.

Mas deponed la poderosa espada
con que abris el camino a la victoria;
guardadla, de hechos grandes en memoria:
que en esta nueva singular cruzada
no será de las armas la alta gloria.

Unidos, con intrépida constancia,
el firme pecho de virtud seguro,

3. En ed. 1880, pág. 19: *reprimid el rencor y las pasiones...* (Ibid., p. 83.)

4. En Capotillo, el 16 de agosto de 1863, pequeño cerro en Dajabón, un grupo de catorce dominicanos encabezados por Santiago Rodríguez, inició la gesta de la Restauración luego de la anexión de la República a España por parte del general Pedro Santana y los sectores que lo apoyaban y contra la cual se venía combatiendo en todo el Cibao desde el día del levantamiento de José Contreras en Moca el 2 de mayo de 1861.

5. En ed. 1880, pág. 19: *espanto fuisteis a la hispana gente...* (Nota ed. 1950, p. 83.)

salvad triunfantes el altivo muro
que levanta en su orgullo la ignorancia,
y arracad al error su cetro impuro.

Ya os brinda el triunfo su gloriosa palma
¡oh de mi Patria nobles campeones!
Atónitas os miran las naciones
al progreso elevar en grata calma
con honra y libertad nuevos pendones.

Dando al olvido vuestro ciego encono,
al ara de la paz tended la mano,
y con vivo entusiasmo soberano
asegurad en su perdido trono
a la reina del piélago antillano.

Enero de 1874

A LA PATRIA¹

Desgarra, Patria mía, el manto que vilmente,
sobre tus hombros puso la bárbara crueldad;
levanta ya del polvo la ensangrentada frente,
y entona el himno santo de unión y libertad.

Levántate a ceñirte la púrpura de gloria
¡oh tú, la predilecta del mundo de Colón!
Tu rango soberano dispútale a la historia,
demándale a la fama tu lauro y tu blasón.

Y pídele a tus hijos, llamados a unión santa,
te labren de virtudes grandioso pedestal,
do afirmes para siempre la poderosa planta,
mostrando a las naciones tu título inmortal.

1. La autora publicó estos alejandrinos con la siguiente nota: "Esta composición no alude a hechos de tal o cual gobierno determinado, pues desde nuestra independencia política principió a ensayarse el bárbaro sistema que reprobamos." (Not. ed. 1920, pág. 11.)

La nota al pie de página publicada por Salomé Ureña buscaba exorcizar cualquier peligro proveniente del poder. Ella constata que, a lo que se opone —la guerra fratricida— nació con la fundación misma de la República en 1844 y que en una estrofa magistral de "Mi ofrenda a la Patria", ligando lo poético y lo político con lo histórico, profetizó el destino de la patria como sentido transocial de su presente, enunciación siempre actual en cada sujeto: «¿Por qué, siempre que el ruido/de la humana labor que el mundo asombra,/recorriendo el espacio estremecido,/a sacudir tu indiferencia, viene,/oculta mano férrea,/entre la sombra,/tus generosos ímpetus detiene?» Esa fue, en su época, y en la nuestra, la respuesta al enigma: «¡Ah, yo

Y deja, Patria amada, que en el sonoro viento
se mezclen a los tuyos mis himnos de placer;
permite que celebre tu dicha y tu contento,
cual lamenté contigo tu acerbo padecer.

Yo vi a tus propios hijos uncirte al férreo yugo,
haciéndote instrumento de su venganza cruel;
por cetro te pusieron el hacha del verdugo,
y fúnebres cipreses formaron tu dosel.

Y luego los miraste proscritos, errabundos,
por playas extranjeras llorosos divagar;
y tristes y abatidos los ojos moribundos
te vi volver al cielo cansados de llorar.

Tú sabes cuántas veces con tu dolor aciago
lloré tu desventura, lloré tu destrucción,²
así cual de sus muros la ruina y el estrago
lloraron otro tiempo las hijas de Sión.

Y sabes que, cual ellas, colgué de tus palmares³
el arpa con que quise tus hechos discantar,⁴
porque al mirar sin tregua correr tu sangre a mares
no pude ni un acorde sonido preluviar.

Mas hoy que ya parece renaces a otra vida,
con santo regocijo descuelgo mi laúd,
para decir al mundo, si te juzgó vencida,
que, fénix, resucitas con nueva juventud;⁵

quise indagar de tu destino/la causa aterradora» Y en "Sombras" vuelve la misma pregunta a la patria: «¿Cuál será tu destino?»

2. En ed. 1880, pág. 22: *lloré tu desventura, tu propia destrucción...* (Nota ed. 1950, p. 86.)

3. En ed. 1880, pág. 22: *Y sabes que gimiendo colgué de tus palmares...* (Ibid.)

4. *Discantar*. Registrado (DRAE, 483), aunque significa, entre otras cosas, "componer y recitar versos", es hoy un arcaísmo. Sin prestigio en el siglo XIX, era el de las palabras poéticas de las lenguas clásicas como el latín o el griego. El estilo como elección de palabras, mientras más clásicas, más formas muertas.

5. En ed. 1880, pág. 22: *que te alzas victoriosa con nueva juventud...* (Nota ed. 1950, ibid.)

que ostentas ya por cetro del libre el estandarte
y por dosel tu cielo de nácar y zafir,
y vas con el progreso, que vuela a iluminarte,
en pos del que te halaga brillante porvenir;

que ya tus nuevos hijos se abrazan como hermanos,
y juran devolverte tu augusta dignidad,
y entre ellos no se encuentran ni siervos ni tiranos,
y paz y bien nos brindan unión y libertad.

¡Oh Patria idolatrada! Ceñida de alta gloria
prepárate a ser reina del mundo de Colón:
tu rango soberano te guarda ya la historia,
la fama te presenta tu lauro y tu blasón.

1874.

AL CIUDADANO
IGNACIO MARÍA GONZÁLEZ

(Al tomar posesión del alto cargo
de Presidente de la República Dominicana)¹

La libertad es el derecho de los pueblos
Chateaubriand.

¡Musa del libre! mi cantar preside,
pues de mi lira los humildes sonos
no preludian nunca las canciones
de la lisonja vil.
Préstame fiel tu gravedad sublime,
infunde al corazón tu valentía,
y conserve tu fuerza y energía
mi acento femenil.

Y una vez más con entusiasmo pueda
el pueblo independiente de Febrero,
cual homenaje de mi amor sincero
mi canto recibir.
Canto que lleve sus acordes notas
al alma generosa y elevada,
de quien espera la Nación, confiada,
más alto porvenir.

1. No figura en las ediciones de 1880, 1920 y 1950 de las *Poesías* de Salomé Ureña. Fue publicada en el periódico *25 de Noviembre*, Año I No. 1. 10 de abril de 1874.

¡Astro de Libertad! que de la Patria
en el negro horizonte apareciste.
y sus fueros al hombre devolviste
con noble abnegación...
El mismo suelo do se vio tu cuna
y de tus padres las cenizas guarda,
un noble impulso para alzarse aguarda
de tanta postración.

Sé entre las brumas que el futuro ocultan,
como el iris de fúlgida esperanza
con que el Eterno su inmortal alianza
al mundo le anunció.
Y a cuya vista, conmovido el hombre
himnos alzó de gratitud suprema,
y el verde olivo, de la paz emblema,
sus ramas extendió.

Haz que a ti deba la gentil Primada,
la nueva fama que sus hechos cuente,
y el nuevo brillo con que al mundo ostente
su título inmortal.
A ti también los férvidos cantares
con que, batiendo de placer las palmas,
llenas de fe saludarán las almas
la gloria nacional.

Tú puedes elegir entre lo grande
y noble de los hechos generosos,
y los actos mezquinos y horrorosos
del despotismo vil.
Y cubrirte de eterno vilipendio,
y ser de tus hermanos maldecido,
o en medio del aplauso merecido
ceñirte lauros mil.

Pero ¡ay de ti si la Patria un día
te conviertes en torpe victimario...!
¡Ay si pretendes tu poder precario
con sangre cimentar!

Y si del grupo fiel cuyo recuerdo
el pecho del ibero aún acobarda,
el claro nombre que la Historia guarda
quisieras empañar

Porque este pueblo que al poder te eleva
y sus altos destinos te confía,
al bárbaro furor de la anarquía
jamás se doblegó;
que al mirar ultrajados sus derechos,
empuñando la espada del valiente
siempre hasta el polvo la convulsa frente
del déspota humilló.

Y yo que en ti, con entusiasmo santo,
hoy de la Patria al bienhechor saludo,
y a tributarte mi ovación acudo
con fiel sinceridad;
con todo el fuego generoso y noble
del destello inmortal que me da aliento,
al de ese pueblo mezclaré mi acento
pidiendo Libertad.

Libertad, sí, porque a su sombra augusta
sólo pueden ser grandes las naciones...
Sigue pues custodiando los pendones
del Orden y la Unión.
Y a la luz del progreso omnipotente
el error abjurando que la humilla,
se alce radiante la gloriosa Antilla
preciada de Colón.

1874.

DIEZ Y SEIS DE AGOSTO

Tendida muellemente
sobre su lecho de flotante espuma,
sin ver la densa bruma
que el cielo de sus glorias envolvía,
Quisqueya, en abandono, indiferente,
al rumor de sus olas se adormía¹.

Y, en su fugaz letargo,
no vio de la ambición la hidra gigante
por un metal brillante
honor sacrificando y patriotismo,
un porvenir en esperanza largo
hundir ¡oh Dios! en el profundo abismo

Cual fatigado atleta
cayó de libertad la fiel divisa;
del trópico la brisa
triste plegó sus alas sin mancilla,
por no agitar, al discurrir inquieta,
el pabellón extraño de Castilla.

Del libre la alta palma
destrozada inclinó la erguida frente;
el pecho del valiente

1. Arcaísmo. Hoy, en lenguaje común o poético, el uso es "se adormecía".

de secreto dolor se estremecía;
Quisqueya, en tanto, en aparente calma,
al rumor de sus olas se adormía.

Mas, de arrogancia lleno,
dicta el ibero servidumbre y muerte
por ley al pueblo fuerte,
y Quisqueya sacude su desmayo
al oprimir su delicado seno
el arnés de los hijos de Pelayo.

Levántase indignada
buscando el lema con su sangre escrito;
y a su potente grito,
presintiendo el baldón de su fortuna,
temblaron las legiones que en Granada
miraron a sus pies la media luna.

Osténtase en la liza
de la Cruz el magnífico oriflama²;
en pos de eterna fama
se agrupan a su sombra mil leales,
cuyos triunfos, que el tiempo inmortaliza,
fatigaron los ecos nacionales.

Y el grito de victoria
se extendió por el valle y la montaña,
y en vano, en vano España
sofocarlo intentó con su bravura:
que Quisqueya en los campos de la gloria
a su orgullo cavó tumba segura.

Y cual ejemplo fiero
y escarmiento tal vez de otras naciones,
por tierra los pendones,

2. Aunque *oriflama* es sustantivo de género femenino inmotivado, la poetisa lo convierte aquí en masculino, haciendo uso de lo que en retórica llaman licencia, pues de otro modo el verso le hubiese resultado de áspera sonoridad, ya que no es lo mismo la simple sinalefa o-o que a-o en «la magnífica oriflama». En «el magnífico oriflama» la dición de la o-o se convierte en o normal, no alargada por artificiosa ultracorrección.

confusas, destrozadas y vencidas,
vuelta la faz al aterrado ibero,
devolvióle sus huestes aguerridas.

¡Honor, eterna gloria
de Agosto a los gigantes adalides,
que en desiguales lides,
luchando con la fe del patriotismo,
la grandeza volvieron a su historia,
dando ruda lección al despotismo!

De lauros mil ceñida
por ellos hoy la Patria alza la frente,
y con afán ardiente,
bañada por el sol de la esperanza,
en pos de nueva luz, de nueva vida,
al porvenir intrépida se lanza.

1874.

Puede incluso haber habido otra motivación en la poetisa para contravenir una regla gramatical que es constreñidora. Pero, ¿cómo saber cuál fue esa motivación?

MELANCOLÍA

Hay un ser apacible y misterioso
que en mis horas de lánguido reposo
me viene a visitar;
yo le cuento mis penas interiores,
porque siempre, calmando mis dolores,
mitiga mi penar.

Como el ángel del bien y la constancia,
en los últimos sueños de mi infancia
aparecer le vi;
contemplóme un instante con ternura,
y "Oye —dijo—: las horas de ventura
pasaron para ti.

"Yo vengo a despertar tu alma dormida,
porque un genio funesto, de la vida
te aguarda en el umbral;
y benigno jamás, siempre iracundo,
te encontrará, del agitado mundo
en el inmenso erial.

"Yo elevaré tu espíritu doliente;
disiparé las nubes que en tu frente
las penas formarán;
consagra sólo a mí tus horas largas,
y enjugaré tus lágrimas amargas
y calmaré tu afán.

“Seré de tu vivir guarda constante,
y mi pálido tinte a tu semblante
trasmitirá mi amor.
Y te daré una lira en tus pesares,
porque al eco fugaz de tus cantares
se exhale tu dolor.

“Y te daré mi lánguida armonía,
que los himnos que entona de alegría
la ardiente juventud
jamás ensayarás, pobre cantora,
porque siempre la musa inspiradora
seré de tu laúd.”

Dijo, y de entonces, cual amiga estrella
alumbra siempre, misteriosa y bella,
mi noche de dolor;
y me arrulla sensible y amorosa,
como arrulla la madre cariñosa¹
al hijo de su amor.

Y haciendo que en sus alas me remonte
a otro mundo de luz sin horizonte,²
de dicha voy en pos;
y entonces de mi lira se desprende
nota sin nombre que la brisa extiende,
y escucha sólo Dios.

Yo te bendigo, fiel Melancolía;
tú los seres que anima la alegría
no vas a adormecer;³

1. En ed. 1880, pág. 25: «cual arrulla la madre cariñosa...» (Nota ed. 1950, p. 154.)

Sorprende, en ésta y otras modificaciones hechas o autorizadas por Salomé Ureña, el cambio de un deíctico que si bien introduce una precisión semántica, no menos cierto es que contraviene su desagrado de toda sinalefa, la cual usa solamente cuando se ve forzada a hacerlo por necesidad interna del verso, sujeto a la métrica.]

2. En ed. 1880, pág. 26: *a ese mundo de luz sin horizonte...* (Ibid.)

3. Coexistencia de *adormirse* con *adormecer*. ¿Carecía este último verbo de la connotación de dormir y por eso usa ella aquí *adormecer* en el sentido de *embotar*, *aturdir*, *entorpecerse*, *entumecerse*, *envararse*. Ver *DRAE*, 28).

porque eres el consuelo de las almas
que del martirio las fecundas palmas⁴
lograron obtener.

Por ti en los aires resonó mi acento,
y para dar un generoso aliento
al pobre corazón,
alguna vez la Patria bendecida
benévola me escucha sonreída
y aplaude mi canción.

No pido más: bien pueden los dolores
destrozar sin piedad las bellas flores
de la ilusión que amé;
que jamás, bajo el peso que me oprime,
mientras un rayo de virtud me anime,
la frente inclinaré.

1874.

4. En ed. 1880, pág. 26: *que el martirio las brillantes palmas...* (Nota ed. 1950, p. 155.)

GRATITUD!

*A mi buen amigo el distinguido poeta
Federico Henríquez y Carvajal²*

¡Oh! ¡cuán grato es para el alma
una voz amiga oír!
¡Oh! ¡cuán grato es para el alma
de amistad en dulce calma
una ofrenda recibir!

-
1. Excluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, p. 200.)
 2. Su futuro cuñado, cuando en febrero de 1880 contraiga matrimonio con Francisco Henríquez y Carvajal. ¿Cómo se explica que ya para 1874 Salomé fuera amiga de Federico y que no conociera a su hermano Francisco? En una ciudad intramuros tan pequeña, quizá con unas cinco mil almas y siendo ambas familias notables, menos por riquezas que por prestigio social, es difícil creer, sin datos a la mano, lo que afirma Doña Silveria acerca de cómo Francisco conoció, mejor dicho vio, por primera vez, a Salomé: «Ramona y Salomé se formaron en una atmósfera de fé cristiana, y asistían a la iglesia con su madre todas las mañanas, durante la primera juventud. Luego las obligaciones del hogar no les permitieron ir a misa sino los domingos. Allí vio a Salomé, por primera vez, Francisco Henríquez y Carvajal...» (SUH, 22) Tampoco se precisa la fecha de ese acontecimiento. Sólo se dice que desde «1860 hasta 1880» Salomé Ureña «vivió siempre con su madre» y sus demás familiares femeninos. Esto hace más mítico el relato de la biógrafa de la poetisa y le da un carácter de misterio romántico. Pero se desprende de dicho relato que la poetisa ya era famosa, es decir, que había pasado la etapa de sus primeros poemas de 1870. Si se toma en cuenta que para 1880, fecha de su matrimonio, Salomé tiene 30 años, es posible que el sucedido a que se refiere Doña Silveria tuviera lugar entre 1878-79. Si algún día se encontrara la correspondencia cursada entre Salomé y Francisco durante la estancia de éste en Francia y Haití quizá pudieran aclararse algunas cosas. Por su parte, en un artículo-

Yo escuché tu blando acento
con vivísima emoción;
yo escuché tu blando acento,
y expresarte lo que siento
no pudiera mi canción.

¡Ah! perdona si una ofrenda
no hallo digna para ti;
¡Ah! perdona si una ofrenda
de la tuya en rica prenda
yo no vengo a darte aquí.

Auras libres, ecos graves,
dadle acordes al laúd;
auras libres, ecos graves,
id, y al bardo en tonos suaves
murmurad mi gratitud.

1874.

homenaje a su esposa, titulado «Obit in Pace», del 8 de marzo de 1897 (*SUIS*, 225) el enigma se resuelve un poco cuando Francisco aclara, aunque sin precisar fecha, que nunca antes había visto a Salomé: «Cuando en mis primeros juveniles años, adolescente casi, oí sorprendido y gozoso los sublimes acordes de tu patriótica lira, sentí que una fuerza extraña subyugó mi espíritu. No te conocía, nunca te había visto; pero desde entonces satélite fue mi alma de la tuya, como errabundo astro que un sol poderoso fija en su órbita» Los poemas que pudieron seducir al joven Francisco fueron escritos por Salomé a partir de 1873, lo que explica que no la conociera, pues éste era apenas un muchacho de 14 a 16 años, mientras que ella tenía para esa época de 23 a 25 años. En una sociedad tan cerrada, donde las mujeres estaban enclaustradas y aunque eran socialmente de la misma clase, seguramente que nunca se encontraron ni en actos sociales ni en ningún otro lugar, pese a que la ciudad cabía en una mano.

HOMENAJE A BILLINI¹

De admiración henchida,
 al sacro fuego que mi mente inflama,
 levanto conmovida
 un himno fiel de gratitud sentida
 que tu ejemplar abnegación reclama.

Que si mi pobre lira
 calla ante el vicio y la maldad del hombre,
 siempre lo grande admira;
 y pues que digna tu virtud me inspira,
 quiero en mis trovas celebrar tu nombre:

tu nombre bendecido,
 que adora el pueblo fiel dominicano,
 y siempre repetido
 se escucha con amor del desvalido,
 del niño tierno, del inerme anciano;

tu nombre, que venera
 la nueva juventud que se levanta,
 de quien la Patria espera
 ciencia y honor y gloria duradera,
 fruto del germen que tu celo planta².

1. El carónigo Francisco Xavier Billini, fundador del Colegio de San Luis Gonzaga y del Hospicio de Beneficencia. (Nota ed. 1920, pág. 17.)

Esta nota de la edición de 1920, Madrid, reproduce el título con que figura esta poesía en la edición de 1880. (Nota ed. 1950, p. 91.)

2. En ed. 1880, pág. 38: *debido al germen que tu celo planta*. (Ibid., p. 92.)

Tú, con afán ardiente,
un templo elevas al saber amigo,
y la razón naciente
corre a buscar de la instrucción la fuente
bajo tu dulce paternal abrigo.

Y lleno de entereza
vas preparando, por tu amor llevado,
un trono de grandeza
al porvenir que a vislumbrar empieza
este suelo de luz infortunado.

¡Espíritu sendiento
que en pos del bien y la virtud caminas!
En triste abatimiento
nunca se torne el vigoroso aliento
que te da impulso en tu misión divina.

Tañ ejemplar desvelo
bien de los hombres y alto honor merece;
pero tu noble anhelo
tiende más lejos su gigante vuelo,
y albergue y pan a la indigencia ofrece.

¡Genio de paz sublime
que alivio das con tus virtudes bellas
al que en angustia gime!
A cada paso que tu planta imprime
dejas grabadas de tu amor las huellas.

Ministro digno y santo
del Dios de caridad omnipotente,
que calmas el quebranto
y das consuelo al llanto
de la afligida humanidad doliente:

si grato es a tu alma
el respeto de un pueblo que te admira,
contempla en dulce calma
de tanto afán la merecida palma
y oye el aplauso que tu nombre inspira.

Escucha en tu alabanza
la voz de gratitud que al cielo sube,
y el himno de esperanza
que alza la Patria y hasta Dios avanza
como de incienso vaporosa nube.³

1875

3. En ed. 1880, pág. 39: *cual del incienso vaporosa nube.* (Ibid., p. 93)

¡PADRE MÍO!

Muda yace la alcoba solitaria¹
donde naciste a la existencia un día,
do, desdeñando la fortuna varia,
tu vida entre el estudio discurría.

¡Ay! De una madre en el regazo tierno
por vez primera te adormiste allí,
y allí, de hinojos, tu suspiro eterno
entre sollozos tristes recogí.

Hoy, al entrar en tu mansión doliente,
donde reina silencio sepulcral,
nadie a posar vendrá sobre mi frente
el beso del cariño paternal.

Ninguna voz halagará mi acento,
ni un eco grato halagará mi oído:
sólo memorias de tenaz tormento
tendré a la vista de tu hogar querido.

Sí, que a la tumba descender te viera
tras largas horas de perenne afán,
horas eternas de congoja fiera
que en el alma por siempre vivirán.

1. Nicolás Ureña de Mendoza, padre de Salomé, nació en Santo Domingo el 25 de marzo de 1822 y murió en la misma ciudad el 3 de abril de 1875.

Cuando de angustia desgarrado el pecho
te sostuve en mis brazos moribundo;
cuando tu cuerpo recosté en el lecho
donde el postrer adiós dijiste al mundo;

cuando, de hinojos, anegada en llanto,
llevé mis labios a tu mano fría,
y entre tanta amargura y duelo tanto
miraba palpitante tu agonía;

después ¡oh Dios! cuando besé tu frente
y a mi beso filial no respondiste,
de horror y espanto se turbó mi mente...
Y aún teme recordarlo el alma triste.

¡Momento aciago! Su fatal memoria
cubre mi frente de dolor sombrío.
Siempre en el alma vivirá su historia,
y vivirá tu imagen, padre mío...

Cuando las sombras con su velo denso
dejan el orbe en lobreguez sumido,
en el misterio de la noche pienso
que aún escucho doliente tu gemido;

y finge verte mi amoroso anhelo
bajo el abrigo de tu dulce hogar,
y me brindas palabras de consuelo
y mis lágrimas llegas a enjugar.

Sombra querida que incesante vagas
en torno de la huérfana errabunda,
visión perenne que mi sueño halagas,
alma del alma que mi ser inunda:

si de ese mundo que el dolor extraña
mi llanto has visto y mi amargura extrema,
sobre mi frente, que el pesar empaña,
haz descender tu bendición suprema.

UNA ESPERANZA¹

*Al Sr. D. Enrique Coronado.*²

¡Oh, tú, que errante vagas, ausente de tus lares,
vertiendo en tristes notas tu amarga decepción!
Escúchame un momento, da tregua a tus pesares
y entrega a la esperanza tu *mártir corazón*.

No pueden, no, calmando tus horas de amargura,
llevarte mis cantares un eco del hogar;
mas pueden anunciarte que vívido fulgura
de redención el iris sobre el Caribe Mar.

Y pueden, sí, llevarte los votos que del alma,
colmados de esperanza, se elevan hasta Dios,
pidiendo para Cuba la bienhechora palma
que busca en los combates y del martirio en pos.

Mil veces ¡ay! me trajo la brisa confidente
de víctimas inermes los ayes de dolor,
y el grito de los héroes, enérgico y potente,
y de los bravos mártires el himno redentor.

1. A pesar de su fecha, 1875, no figura en la edición de *Poesías*, 1880. (Nota ed. 1950, p. 208.)

2. En respuesta a versos que el poeta cubano dedicó a la autora. (Nota ed. 1920, pág. 113).

Y a cada nuevo lauro que alcanza en la pelea
la perla de los mares del mundo tropical,
dilátanse las fibras del alma que desea
levante victoriosa la frente virginal.

Se abate ya el orgullo de la arrogante España;
ya tiembla y retrocede, sin fuerzas, el león;
y en vívidos fulgores el horizonte baña
la *Estrella Solitaria* de augusta redención.

La perla codiciada del mundo americano,
la tímida cautiva, potente se alza ya;
y, el carcomido yugo rompiendo del hispano,
triumfante, de los libres el himno entonará.

La América Latina con palmas y con flores
se apresta de ese triunfo la gloria a celebrar,
y anhela entre el estruendo de aplausos y loores
la redimida sierva sonriendo coronar.³

1875.

3. Como en el poema dedicado a Lorenzo Puente Acosta, fallecido poeta puertorriqueño, éste, dedicado al poeta Enrique Coronado, profetiza, 28 años antes, la independencia de Cuba, pues las dos Antillas (Cuba y Puerto Rico) eran las últimas colonias que le quedaban a España en el Nuevo Mundo. Era la época del naciente antillanismo que de Betances a Hostos, Martí y Luperón, soñó con la independencia total de las islas caribeñas para formar una federación de repúblicas. Sentido de la historia y progreso es la ideología poética del racionalismo positivista que tiñe toda la poesía de Salomé Ureña.

EL AVE Y EL NIDO

¿Por qué te asustas, ave sencilla?
¿Por qué tus ojos fijas en mí?
Yo no pretendo, pobre avecilla,
llevar tu nido lejos de aquí.

Aquí, en el hueco de piedra dura,
tranquila y sola te vi al pasar,
y traigo flores de la llanura
para que adornes tu libre hogar.

Pero me miras y te estremeces,
y el ala bates con inquietud,
y te adelantas, resuelta, a veces,
con amorosa solicitud.

Porque no sabes hasta qué grado
yo la inocencia sé respetar,
que es, para el alma tierna, sagrado
de tus amores el libre hogar.

¡Pobre avecilla! Vuelve a tu nido
mientras del prado me alejo yo,
en él mi mano lecho mullido
de hojas y flores te preparó.

Mas si tu tierna prole futura
en duro lecho miro al pasar,
con flores y hojas de la llanura
deja que adorne tu libre hogar.

1875.

RUINAS¹

Memorias venerandas de otros días,
soberbios monumentos,
del pasado esplendor reliquias frías,
donde el arte vertió sus fantasías,
donde el alma expresó sus pensamientos:

al veros ¡ay! con rapidez que pasma
por la angustiada mente
que sueña con la gloria y se entusiasma,
discurre como alígero fantasma
la bella historia de otra edad luciente.

¡Oh Quisqueya! Las ciencias agrupadas
te alzaron en sus hombros
del mundo a las atónitas miradas;
y hoy nos cuenta tus glorias olvidadas
la brisa que solloza en tus escombros.

1. Habla de las ruinas de la Universidad, de los conventos y de los palacios de la época colonial, la época en que Santo Domingo se ufanaba llamándose Atenas del Nuevo Mundo. (Nota ed. 1920, pág. 20.)

El mismo Pedro Henríquez Ureña criticaría en 1910 (*OC*, 122, 124), al igual que Gastón Deligne en 1884, *Páginas Olvidadas*, 1ra. ed. 1944 (San Pedro de Macorís: Universidad Central del Este, 2da. ed., 1982), p. 48, ese mito de "Atenas del Nuevo Mundo", referido a la ciudad de Santo Domingo y que su madre reproduce en este poema.

Ayer, cuando las artes florecientes
 su imperio aquí fijaron,
 y tuviste creaciones eminentes,²
 fuiste pasmo y asombro de las gentes,
 y la Atenas moderna te llamaron.

Aguila audaz que rápida tendiste
 tus alas al vacío
 y por sobre las nubes te meciste³
 ¿por qué te miro desolada y triste?
 ¿do está de tu grandeza el poderío?

Vinieron años de amarguras tantas,
 de tanta servidumbre,
 que hoy esa historia al recordar te espantas,
 porque inerme, de un dueño ante las plantas,
 humillada te vio la muchedumbre.

Y las artes entonces, inactivas,
 murieron en tu suelo,
 se abatieron tus cúpulas altivas,
 y las ciencias tendieron, fugitivas,
 a otras regiones, con dolor, su vuelo.

¡Oh mi Antilla infeliz que el alma adora!
 Doquiera que la vista
 ávida gira en tu entusiasmo ahora,⁴
 una ruina denuncia acusadora
 las muertas glorias de tu genio artista.⁵

¡Patria desventurada! ¿Qué anatema
 cayó sobre tu frente?
 Levanta ya de tu indolencia extrema:
 la hora sonó de redención suprema
 y ¡ay, si desmayas en la lid presente!

2. Versión recomendada por su autora; pero olvidada, involuntariamente, en la edición de 1920, Madrid, según nota de Max Henríquez Ureña. En ed. cit. pág. 21: y *creaciones tuvistes eminentes*

3. En ed. 1880, pág. 41: y *allá sobre las nubes te meciste...* (Nota ed. 1950, p. 95.)

4. En ed. 1880, pág. 42: *ávida gira en su entusiasmo ahora...* (Ibid.)

5. En ed. 1880, pág. 42: *pasadas glorias de tu genio artista.* (Ibid.)

Pero vano temor: ya decidida
hacia el futuro avanzas;
ya del sueño despiertas a la vida,
y a la gloria te vas engrandecida
en alas de risueñas esperanzas.

Lucha, insiste, tus títulos reclama:
que el fuego de tu zona
preste a tu genio su potente llama,
y entre el aplauso que te dé la fama
vuelve a ceñirte la triunfal corona.

Que mientras sueño para ti una palma,
y al porvenir caminas,
no más se oprimirá de angustia el alma
cuando contemple en la callada calma
la majestad solemne de tus ruinas.

1876.

PARA LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS
DEL COLEGIO
DE SAN LUIS GONZAGA¹

¡Levanta, musa mía,
tus alas al alcázar de la gloria,
y arranca a la armonía
un himno de esperanza y de victoria!

Un himno que pregone
las conquistas del bien y la constancia,
y el triunfo galardone
con que ufana y feliz brilla la infancia.

La infancia que estudiosa
de este plantel en el honroso gremio,
sonriendo venturosa
recibe de su afán el alto premio;

la infancia, tierna planta,
que oculto el germen del futuro lleva,
y crece y se levanta
y a las regiones de la luz se eleva.

Ya irradia en lontananza
iris de paz que el porvenir colora,
y rayos de esperanza
de la niñez en su primera aurora.

1. Excluida de la edición de 1920. (Nota ed. 1950, p. 97.)

Seguid, alumnos tiernos,
del ardua ciencia² la segura vía,
que lucen siempre, eternos,
los triunfos del saber con lumbre pía.

Y tú, varón egregio,
que con rara entereza y virtud tanta,
encumbras el Colegio
que de dos lustros la cerviz quebranta;

no dejes las regiones
del pueblo fiel donde tu amor reside,
ni al huérfano abandonos
que en desamparo protección te pide.

¿No sabes que al abrigo
del insigne plantel que así diriges,
para este suelo amigo
templo de luz y de esperanza eriges?

¿No sabes que tu nombre
repite acorde el nacional murmullo,
y te proclama el hombre
prez de la Iglesia y de la Patria orgullo?

Del gozo el pecho expande
que el error pasa como niebla oscura,
y refulgente y grande
le memoria del bien vive y perdura.

¡De amor y paz caudillo!
prosigue la ardua empresa³ que te inflama,
que así a tu afán das brillo
y gloria a Dios y a nuestra antilla fama.

1876.

2. y 3. «del ardua ciencia» y «de la ardua empresa», la primera se construye siguiendo la regla gramatical según la cual a palabras llanas y esdrújulas que comienzan con la vocal a debe acompañarlas artículo definido masculino (v.g. el águila, el aura). Pero no así para el segundo caso, pues se trata de un adjetivo en aposición. Las dos formas poéticas son muy áspersas y poco usuales en la escritura de Salomé Ureña.

EN LA MUERTE DE
MARÍA ISABEL RODRÍGUEZ DE GARCÍA¹

¡Murió! triste en mi oído
ese lamento lúgubre resuena
por un eco doliente repetido.
¡Murió! la brisa gime...
voló radiante a la mansión serena
del eterno reposo su alma justa;
que aquí en la tierra, de virtud sublime,
cumplida estaba su misión augusta.

¡Alma llena de angélica ternura!
¡Cuánta lágrima, cuánto sollozo
de afán y de amargura
acompaña tu viaje misterioso!
Tu ingénita bondad, tu trato afable
que la amistad desconsolada llora,
harán eterna tu memoria amable
para esta sociedad que, en duelo ahora,
tu pérdida lamenta, irreparable.

Allá en las horas de la infancia mía,
joven, alegre, cariñosa y buena,
ornada de virtudes te veía,
de orgullo libre, de ambición aiena:

1. Excluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, p. 202.)

yo vi cuando ataviada
de boda con el traje reluciente,
de juventud radiante, y coronada
de purísimas flores la alba frente,
ante el ara nupcial fuiste llevada.
Madre te vi después en grata calma
rodeada de tu prole bulliciosa
abrir a tanta dicha libre el alma;
y amante, amada y excelente esposa,
del respeto del mundo protegida
gozar en paz de tu ventura cierta.
Luego ...cercada de aflicción y lloro,
a mi atónita vista sorprendida
apareces inmóvil, muda, yerta,
rotos de tu existir los suaves lazos,
sorda al clamor del inocente coro
que en vano busca tus maternos brazos.

En vano, ¡ay Dios! en vano,
extinto yace el corazón que ufano
en bien fecundo y en piedad constante
de la virtud a impulsos latió un día;
y amor, y dicha, y juventud brillante,
todo lo guarda ya la tumba fría.

Lloremos, ¡ay! el ánimo intranquilo
gime acatando del destino el fallo,
que en el hogar, de la ventura asilo,
cual iracundo rayo
descargó de la muerte la inclemencia,
y orfandad y viudez dejó en herencia.

Mas, no; ¡silencio! del pesar profundo
cese en los aires el clamor perenne;
no vaya a interrumpir la voz del mundo
de su sueño eternal la paz solemne.
Dichosa el alma generosa y pura
que en el amor del bien su dicha encierra
que llena de ternura
como un ángel de paz cruza la tierra

digna aureola de virtud ciñendo;
y de este valle de aflicción y luto
al éter ascendiendo,
lamento general lleva en tributo

1876.

27 DE FEBRERO

¡Oh fecha generosa
que el patriota saluda y reverencia;
en que libre flotara victoriosa
la enseña de la patria independencia!

En que a la voz de fama
de *Dios y Libertad*, el fuerte acero
requiriendo a la lid, que el pecho inflama,
triunfar o perecer juró el guerrero.

Y la servil librea
al desechar audaz, con ira santa,
entre aplausos de asombro, gigantea,
espléndida, Quisqueya se levanta.

¡Venciste, oh Dios, qué gloria!
Venciste, Patria, y tu preclaro nombre
con destellos de luz graba la historia,
y te tributa admiración el hombre.

Mas ¡ah! ¿piensas que basta
ese triunfo de hazañas y grandezas?
¡A más altura tu bandera enasta!
De otra lucha te aguardan las proezas.

Convoca tus legiones,
no ya al festín de la matanza fiera,

sino a la santa lid de las naciones
donde el talento vencedor impera;

donde el soldado errante
su ingénito valor, su fuerza augusta,
templa del orden al respeto amante
y del trabajo en la gallarda justa.

Tus campos sin cultivo,
que se dilatan bajo un sol de fuego,
en su vigor aguardan primitivo
de fecundante paz el blando riego.

Aguardan, del celoso
y activo agricultor, vastos plantíos
que tu crédito alzando poderoso
te den aliento y esperanza y bríos.

De la segur¹ al filo
dobleguen la cerviz tus selvas graves,
para dar a los pueblos un asilo,
vida al comercio, y a los puertos naves.

¡Ay, abre nuevas sendas;
que se levanta el sol, y el iris raya,
y el progreso benéfico sus tiendas
viene a sentar en tu desierta playa!

Acoge al huésped regio
que a ti se acerca recorriendo climas,
y albergue digno a su esplendor egregio
presurosa levántale en tus cimas.

Acude, que la suerte
le conduce feliz a tus regiones;
y grande, y libre, y poderosa, y fuerte,
de la industria llevando los blasones,

1. La segur es un hacha grande. En la Roma antigua era un arma de los líctores romanos.

la que hoy en tus baluartes
enseña nacional la brisa ondea,
tremolando en el templo de las artes,
de nueva gloria monumento sea.

Febrero de 1877.

UNA MEMORIA¹

Si ayer entusiasmado
os dio mi padre el título de amigo,
y de ese efecto celestial, sagrado,
el recuerdo feliz llevó consigo;

hoy que la tumba yerta
su despojo mortal guarda sombría,
de esa amistad, inquebrantable y cierta,
conserváis la memoria todavía.

Y yo que llevo triste
cubierta el alma del paterno luto,
pues que su ser en mi interior existe,
a esa antigua amistad pago tributo.

La brisa de la tarde
lleva en sus alas mi plegaria al cielo,
a Dios pidiendo vuestra vida guarde
en bien fecunda y en cristiano celo.

Y alfombre de venturas
el tardo porvenir vuestro camino,

1. No figura en las ediciones de 1880, 1920 y 1950 de las *Poesías* de Salomé Ureña. Álbum del Comendador Moreno del Christo. París, 1891.

y el velo descorriendo de albas puras
os circunde de luces el destino.

Santo Domingo, marzo de 1877.

LA LLEGADA DEL INVIERNO

Llega en buen hora, mas no presumas
ser de estos valles regio señor,
que en el espacio mueren tus brumas
cuando del seno de las espumas
emerge el astro de esta región.¹

En otros climas, a tus rigores
pierden los campos gala y matiz,
paran las aguas con sus rumores,
no hay luz ni brisas, mueren las flores,
huyen las aves a otro confín.

En mi adorada gentil Quisqueya,
cuando el otoño pasando va,
la vista en vano busca tu huella:
que en esta zona feliz descuella
perenne encanto primaveral.

Que en sus contornos el verde llano,
que en su eminencia la cumbre azul,
la gala ostenta que al suelo indiano
con rica pompa viste el verano
y un sol de fuego baña de luz.

1. En ed. 1880, pág. 58: *surge el planeta de esta región.* (Nota ed. 1950, p. 103.)

Y en esos campos donde atesora
naturaleza tanto primor,
bajo esa lumbre que el cielo dora,
tiende el arroyo su onda sonora
y alzan las aves tierna canción.

Nunca abandonan las golondrinas
por otras playas mi hogar feliz:
que en anchas grutas al mar vecinas
su nido arrullan, de algas marinas,
rumor de espumas y auras de abril.

Aquí no hay noches aterradoras
que horror al pobre ni angustia den,
ni el fuego ansiando pasa las horas
de las estufas restauradoras
que otras regiones han menester.

Pasa ligero, llega a otros climas
donde tus brumas tiendas audaz,
donde tus huellas de muerte imprimas,
que aunque amenaces mis altas cimas
y aunque pretendas tu cetro alzar,

siempre mis aguas tendrán rumores,
blancas espumas mi mar azul,
mis tiernas aves cantos de amores,
gala mis campos, vida mis flores,
mi ambiente aromas, mi esfera luz.

1877.

A LA NIÑA I.A.C.¹

*Con motivo de haberme dedicado
su leyenda "Higuenamota".*

Cándida niña, la de alma grande,
la de entusiasta numen feliz,
la que a mis playas grata llegando,
goza, admirando
el cielo hermoso de mi país;

la que en mis bosques embalsamados
ricas esencias bebe al pasar,
y, temerosa, mira fervientes
las imponentes
olas que encumbra mi altivo mar;

la que en la historia de mi Quisqueya
sus tradiciones buscando fiel,
tiende al pasado la fantasía
y al alma mía
página tierna viene a ofrecer;

1. Inés Aminta Consuegra.

Excluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, p. 205.)

¿sabes acaso que al patrio suelo
perenne culto rinde mi amor?
¿Sabes que todo cuanto atesora
férvido adora
con fiel delirio mi corazón?

¿Sabes, ¡oh niña! que amante siempre
de Patria el nombre, con tierno afán,
trémulo el labio murmura al viento,
y el pensamiento
siempre con ella soñando va?

¿Sabes que gimo cuando ella gime,
que si en su frente rayo gentil
de dichas luce cual mensajero
con ella espero
triumfos y lauros del porvenir?

¡Oh! sí, lo sabes, tú que me brindas
con voz del alma, con tierna fe,
las impresiones arrobadoras
que en dulces horas
pudo inspirarte mi patrio edén.

¡Oh! sí, lo sabes, tú que en la historia
de su pasado triste y fatal,
inspiraciones tiernas hallando,
grata, enlazando
con ellas, niña, mi nombre vas.

¡Guárdete el cielo! tu generoso,
tu puro acento blanco y sutil
como el suspiro del aura errante,
del pecho amante
las fibras todas hizo latir.

¡Oh! ¡si pudiera recompensarte
las emociones de ignoto bien,
la paz serena, la suave calma
que allá en el alma
tu ofrenda santa pudo verter!

Mas, sólo puedo, cuando en mi oído
voces del cielo murmuras tú,
del puro idioma del sentimiento
débil acento
darte en las notas de mi laúd.

1877.

IMPRESIONES¹

*A José Joaquín Pérez, en respuesta
a la dedicatoria de su colección de
Fantasías indígenas.*²

Quejas del alma, vagos rumores,
lejanas brumas, rayos de luz,
fragante aroma de índicas flores,
himnos de guerra, cantos de amores
brotan al ritmo de tu laúd.

¿Quién, recorriendo tus *Fantasías*,
hijas del trópico abrasador,
vibrar no siente las armonías
de aquella raza que en otros días
poblar sus selvas Quisqueya vio?

1. Este poema fue escrito, como su dedicatoria lo indica, poco después de publicado el libro *Fantasías indígenas*; y el mismo es una preparación de la escritura del largo poema "Anacaona", que Salomé terminará en 1880. A partir de Pérez resurgirá en los poetas y escritores del siglo XIX toda la nostalgia por el pasado indígena, en momentos en que en la sociedad se planteaban los acuciantes problemas de la «identidad nacional». Guridi, Galván, Salomé y Pérez fueron los propulsores de este mito de encontrar la identidad nacional a partir de un sujeto inexistente: el indio. Pero se sabe el rol ideológico que juega este recurso al mito cuando se olvida expresamente la etnicidad de otro sujeto que como decía Martí «no da vueltas alrededor». Y en el caso de aquella sociedad decimonónica no era precisamente el indio...

2. En ed. 1880, pág. 49: *Al distinguido poeta J. J. Pérez, autor de las "Fantasías indígenas"*. (Nota ed. 1950, p. 212.)

Sobre la cumbre de las montañas,
de las palmeras bajo el dosel,
al grato abrigo de las cabañas,
y hasta en las grutas al hombre extrañas,
haces del indio la sombra ver.

Y el aire cruza triste lamento,
y el eco suena del tamboril,
y al valle indiano, y al ave, al viento,
a todo presta tu blando acento
fuego, armonía, vida y matiz.

Y el *junco verde* que en la onda gira,
la *tumba sola* que arrulla el mar,
y el *ave errante* que allá suspira,
notas perennes dan a tu lira,
tristes historias llenas de afán.

Entre sus bosques afortunados
no escuchó nunca la indiana grey
dulces *areitos* tan acordados
como tus cantos privilegiados,
vagos preludios de ignoto edén.

Parece, bardo, que el genio ardiente
de estas regiones habitador
templó tu lira suave y doliente,
y en viva lumbre bañó tu frente
dando a tus ritmos inspiración.

Que si inspirado suena tu canto
poblando aéreo la soledad,
ávida el alma te sigue, en tanto
que dulces notas de nuevo encanto
fascinadoras haces vibrar.

Quando al transporte del numen cedés,
cuando tu mano pulsa el laúd
y en la armonía fácil excedes,
¡ay, quién pudiera, como tú puedes,
dar a sus trovas música y luz!

Pues de una fama ya merecida
tus *Fantasías* vuelan en pos,
mientras acepto, reconocida,
de esos cantares llenos de vida
con noble orgullo la ofrenda yo,

¡oh de la patria de Anacaona
cantor amante, bardo feliz!
ciñe con flores de nuestra zona
la que prepara digna corona
para tus sienes el porvenir.

1877.

LA FE EN EL PORVENIR

*A la Sociedad "Amigos del País"*¹

Cual gladiador valiente
 que al circo peligroso se abalanza
 y lidia tenazmente,
 trémulo de valor y de esperanza,
 y sólo cesa en la tremenda lucha
 cuando aclamarse vencedor escucha;
 tal, de entusiasmo llena,
 se lanza audaz la juventud fogosa
 con pecho firme en la vital arena.
 El alma generosa,
 de impaciencia y ardor estremecida,
 rasgar intenta del futuro el velo,
 penetrar los misterios de la vida,
 salvar los mundos; escalar el cielo.

Eterna soñadora
 de triunfos y grandezas inmortales,
 con viva luz sus horizontes dora.
 Decidle que ideales
 son los portentos que su mente crea,

1. Estas Sociedades, fundadas en casi todos los países de América hispana, a imitación de las que funcionaban en la metrópoli, fueron semejanza a su vez de los famosos clubes y salones surgidos en la Francia pre-revolucionaria. Jugaron un rol eminente en la difusión de las ideas de la Ilustración y, principalmente a partir de la mitad del siglo XIX, fungieron como verdaderas propagandistas del racionalismo positivista. Eran, en ausencia de partidos políticos modernos, los partidos de la época, pero sin la forma organizativa que hoy conocemos.

que es vana la esperanza que la agita:²
 triunfante el orbe mostrará su idea
 si le infunde valor la fe bendita.

¡Ah, no la detengáis! Dejad que ardiente
 de su noble ambición el rumbo siga;
 dejadla al cielo levantar la frente³;
 dejad que un rayo de esa lumbre amiga
 su corazón encienda,
 y la veréis inquebrantable, osada,
 por el honor y la virtud llevada,
 lauros segar en su espinosa senda.

Si el arte peregrino
 con sus prodigios mágicos la alienta⁴,
 dejadla proseguir en su camino;
 que allá a lo lejos brilladora palma
 un futuro de gloria le presenta,
 y a conquistarla volará su alma.

Si al campo de la ciencia
 con entusiasta admiración la guía⁵
 ansiosa de saber su inteligencia⁶,
 espacio dadle, y triunfadora un día
 veréis cuál se levanta,

2. En ed. 1880, pág. 62: *que es vana la esperanza que le agita...* (Nota ed. 1950, p. 105.)

3. En la ed. de 1880, pág. 62: *dejadle el cielo levantar la frente...* (Nota ed. cit., p. 106)

Aquí como en las notas 2, 3 y 7 que siguen, las modificaciones autorizadas dan cuenta de la corrección en el uso idiomático por parte de Salomé Ureña. Abandono del leísmo por ambiguo, pues no se sabe si remite a un sujeto u objeto femenino o masculino a medida que la lectura avanza. *La* y *lo* resuelven este problema. No así *le*, que en «espacio dadle», y «triunfadora un día», tenemos que leer de nuevo, ir hacia atrás y saber que remiten a «la ciencia». El *la* usado en España, «espacio dadla...» tampoco resuelve del todo el problema, ya que, para el uso de las variedades del español de América, crea problemas de ritmo, aparte de la afectación en que caen quienes tal dicción imitan. El *la* es la variante pronominal de *ella*, que en este caso es referente de «la juventud fogosa». La sustitución de *g* por *j* en «con sus prodigios mágicos la alienta», da cuenta de la dificultad en que todavía se debatían la escuela y los tipógrafos para pasar de la ortografía de Bello al nuevo sistema ortográfico.

4. En ed. 1880, pág. 62: *con sus prodijios mágicos le alienta...* (Ibid.)

5. En ed. 1880, pág. 62: *con entusiasta admiración le guía...* (Ibid.)

6. En ed. 1880, pág. 63: *sedienta de saber su inteligencia*, (Ibid.)

ieyes dictando a la creación entera,
la tierra a sujetar bajo su planta
y a medir de los astros la carrera⁷.

Dejadla proseguir. ¡Ay del que nunca⁸
sintió inflamarse en entusiasmo santo,
y de la Patria la esperanza trunca!
Miserable existir, inútil vida
la que se aduerme en el error, en tanto
que en lucha activa se estremece el mundo,
siguiendo tras la luz apatecida
de gloria y bienestar germen fecundo.

Avanza ¡oh juventud! lucha, conquista
del bien supremo la eminente cumbre,
tiende al futuro la impaciente vista,
y a la fulgente lumbre
que allá te muestra tu inmortal anhelo,
con la virtud por guía,
sigue inspirada de tu mente el vuelo
y llévete do quieras tu osadía.

Atleta infatigable,
del bien y el mal en la contienda ruda,
te alzarás invencible, formidable,
si el entusiasmo, si la fe te escuda.
Que atraviere tu voz el aire vago⁹
las almas convocando a la victoria:
tuya es la lucha del presente aciago,
tuya será del porvenir la gloria.

1878.

7. En ed. 1880, pág. 63; y *medir de los astros la carrera*. (Ibid.)

8. En ed. 1880, pág. 63: *Dejadle proseguir. ¡Ay del que nunca...* (Ibid., p. 107.)

9. En ed. 1880, pág. 63: *Que atraviere tu voz el aire librè*. (Ibid.)

EN LA MUERTE DE ESPAILLAT¹

¿Qué acento de amargura,
del Yaque hasta el Ozama, en raudó vuelo,
cruza en el viento que gimiendo pasa?
¿Qué nueva infausta difundir procura?
¿Qué nuevo desconsuelo,
qué angustia nueva el corazón traspasa
y a Quisqueya infeliz cubre de duelo?

Nuncio de muerte y luto
que al alma libre estremeciendo llega
y una lágrima fiel pide en tributo;
llanto de amor con que la tumba riega
del hombre esclarecido
el pueblo en sus entrañas conmovido.

Sí, que la noche eterna
cayó sobre la frente del patriota,
del alma inmaculada y grande y tierna;

1. En ed. 1880, pág. 64: *En la Muerte del Esclarecido Patriota Ulises F. Espaillat, ex-Presidente de la República*. (Nota ed. 1950, p. 108.)

Espaillat murió el 25 de abril de 1878. Había nacido en Santiago el 9 de febrero de 1823. Gobernó del 24 de abril al 5 de octubre de 1876. Lo derrocó Pedro Valverde y Lara, movido por los baecistas Marcos A. Cabral y Manuel María Gautier, a través de la virulenta campaña que contra su gobierno desarrollaron en el periódico *El Observador*, respaldados en la capital por el ex presidente general Ignacio María González.

por eso el llanto de los ojos brota,
y la Patria laméntase, no en vano,
y acongojada en su dolor se agita:
que ha perdido el deber un ciudadano,
y un defensor la libertad bendita.

¡Oh Patria sin ventura!
¡Cómo sucumben los que el pecho fuerte
supieron con bravura
exponer en defensa de tu suerte!
¡Cómo sucumbe el adalid preclaro
que a restaurar tus fueros
en tus horas de triste desamparo
a salvarte voló con los primeros!

Soldado de la Patria generoso,
nunca rindió su corazón honrado,
de honores ni de mando codicioso.
Si el triunfo deseado
su esfuerzo coronó, su heroico empeño,²
gozarlo quiso en el hogar tranquilo,
y de sí mismo y de sus obras dueño,
haciendo el bien sin esperar renombre,
a la par le siguieron en su asilo
la admiración y la maldad del hombre.

¡Ah, cómo yaces desolada y triste,
oh Patria de los grandes, oh Quisqueya!
¡Cómo en tu frente que la sombra viste
la desgracia y el mal graban su huella!
Abate el pabellón de las victorias,
que se desploman con fragor violento
las soberbias columnas de tus glorias.
Y el que fue timbre tuyo y ornamento
no habita ya tus lares,
ejemplo a las virtudes militares;

2. En ed. 1880 pág. 65: *su esfuerzo coronó y heroico empeño*,... (Nota ed. 1880, pág. 109.)

ni ya su diestra mueve
 la pluma que dictó consejos sabios,
 ni más responde a la calumnia aleve
 con la paz y el perdón sobre los labios.³

Quisqueya, tú que un día
 le alzaste en triunfo a presidir tu suerte
 y admiraste su honor y su hidalguía,
 ven, y en su tumba vierte
 las lágrimas de amor, las bendiciones
 que merecen los grandes corazones.
 Inclínate y escucha:
 del seno de esa tumba esclarecida
 se eleva conmovida
 voz que la unión y la concordia clama,
 y los males deplora de tu lucha,
 y al goce de la paz tus hijos llama.
 Restaña tus heridas,
 de la civil discordia fruto aciago;
 levanta tus miradas abatidas;
 mira del porvenir el fiero amago
 que amenaza tal vez con golpes ciertos
 convertir tus ciudades en desiertos
 y tus campiñas en sangriento lago.
 ¡Ah! Si el dolor pudiera
 del yugo redimirte con que fiera
 la furia del error tu frente oprime,
 de tus timbres gloriosos en ultraje,
 hoy ofrecieras al varón sublime
 la paz del porvenir en homenaje.

3. Suprimidos en la ed. 1920, pág. 33, los siguientes versos que, en ed. 1880, pág. 66, continúan la estrofa:

*Si tuvo Cincinatos
 de memoria ejemplar la Roma libre,
 fecundo en rasgos de virtud innatos,
 arrebatado vibre
 del egregio varón dominicano
 más claro el nombre en el confín lejano.* (Nota ed. 1950, p. 110.)

¡Y no! Que sorda al ruego
la senda propia del abismo marcas,
pábulo dando al devorante fuego
que consume tus fértiles comarcas.
Mas yo, que en mi quebranto
la esperanza del bien para ti aliento,
y conmovida tus victorias canto
y tu dolor lamento,
sigo esperando con tenaz porfía
de paz el claro día
y rindo al justo en despedida eterna
de ardiente gratitud lágrima tierna.

1878.

A QUISQUEYA¹

¿Será que al grito solo
del combate feroz estremecida
valor y fuerza y vida
despliegues ¡av! con insensato alarde,
mientras cunde la luz de polo a polo
y en noble sed el universo arde?

¿No sientes cuál se agita
en sus cimientos conmovido el orbe,
y sin traba que estorbe²
del genio activo el vigoroso vuelo,
en pos de la verdad se precipita,
de la ignorancia desgarrando el velo?

¿Por qué tú sola yaces
insensible a esa vida de victorias,
de perdurables glorias,

1. Leída en la conferencia literaria del 18 de mayo (1878) celebrada por la Sociedad Amigos del País. (Nota ed. 1880, pág. 68.)

Quisqueya es el nombre, supuestamente taíno, con que esos indios designaban la isla. Interesa aquí menos ese mito lingüístico que el semantismo que se deriva de esa palabra con el auge del nacionalismo romántico de la independencia política de 1844, cimentado todavía mucho más luego de la anexión a España, cuyo proyecto fue echado abajo por la guerra de la Restauración. Después de la victoria surgió el Partido Nacional Liberal liderado por Luperón, cuyos intelectuales reforzaron la ideología política del antillanismo, vuelta al origen en esa búsqueda de la identidad que como concepto político era clave en la etapa de la formación de los Estados-nación latinoamericanos, influidos por la misma ideología europea del siglo XIX.

2. En ed. 1880 pág. 69: *y sin que nada estorbe...* (Nota ed. 1950, p. 112.)

a ese triunfo inmortal del pensamiento
y del bien a la lucha no renaces
y sigues del progreso el movimiento?

Contempla las naciones
en muchedumbre férvida agruparse,
ufanas levantarse
y de entusiasmo y de confianza llenas,
del arte y de la industria los blasones
en justa lid a disputar serenas.

¿No ves? Las que cobija
con su palio de luz la ardiente zona;
las que eternal corona
ciñen del Norte los perennes hielos,
con la mirada en el futuro fija
confunden en un punto sus anhelos.

Y todas, en la frente
de esperanza feliz llevando un rayo,
en generoso ensayo
las fuerzas nobles del talento miden,
y la palma conquistan eminente,
y vítores³ los ámbitos despiden.

Tú sola, de ese gremio
desconocida, en tu confín vegetas,
y al yugo te sujetas
en que el error con mengua te aprisiona,
cuando el trabajo y el saber en premio
ciñen de gloria la triunfal corona.

Es esa la lid santa
en donde el siglo a combatir te reta;
donde tu vida inquieta,
que en contiendas inútiles se agota,

3. Vítores. Salomé Ureña se acoge, casi siempre, al vocablo clásico y evita el lenguaje común.

ensayando vigor y fuerza tanta
fecunde el germen que en tu seno brota.

¡Quisqueya! Tú, la libre
del antillano piélago en las olas,
la que el pendón tremolas
de las naciones que la gloria exalta:
¿cuándo será que en el espacio vibre
la fama de tu gloria en voz más alta?

¿Cuándo será que altiva,
regenerada por el bien te eleves,
y de tu industria lleves
al festín de los pueblos muestra rara,
y un puesto pidas en la lucha activa
en que el triunfo sus lauros te prepara?

¿Qué importa el alto nombre
con que premió la libertad un día
tu ingénita osadía?
¿Qué importa, si olvidada en lo profundo
nunca tu historia la recuerda el hombre,
nunca tu fama la repite el mundo?

Llega con pie seguro
del templo del saber a los dinteles,
conquista los laureles
de la virtud y de la ciencia humana,
y el velo desgarrando del futuro
muéstrate al orbe de tu gloria ufana.

Entonces, de la cumbre
de la fortuna en elevado asiento,
tendiendo el pensamiento
libre y seguro al porvenir lejano,
astro serás de fecundante lumbre,
de esperanzas al mundo americano.

Mayo de 1878.

HECATOMBE

Escuchad: mi Patria un día
fue vendida al extranjero,¹
y la enseña del ibero
en sus torres se veía.
El honor y la hidalguía,
la libertad y la gloria
huyeron de la memoria
del pueblo dominicano,
que abandonara al hispano²
sus laureles y su historia.

Sólo allá, con noble ardor,
un grupo digno y valiente
que no doblegó su frente
al yugo del invasor.
en los campos del honor,
lleno de coraje fiero,
el pabellón de Febrero
enarboló en lid apuesta,
arrojando una protesta
que oyó asombrado el ibero.

1. Se refiere a la anexión de la República a España hecha en 1861 por Pedro Santana y el sector de los hateros (terratenientes y ganaderos) que lo apoyaba. Esta acción política acarreó una larga guerra conocida con el nombre de la Restauración, la cual concluyó con la expulsión de los españoles en 1865.

2. En ed. 1880, pág. 83: *abandonando al hispano...* (Nota ed. 1950, p. 116.)

Y ciego de ira se lanza
sobre el grupo decidido
que no quiso envilecido
existir sin esperanza.
Ante la fatal pujanza
de aguerridos batallones,
los heroicos campeones
de la Patria desgraciada
rindieron al fin la espada,
pero no los corazones.

Que al fin cautivos se vieron
en el combate los bravos
que al vivir de los esclavos
un fin digno prefirieron.
Y los tigres que vencieron
porque así plugo a la suerte,
con la arrogancia del fuerte,
con insolente cinismo,
dictaron al patriotismo
una sentencia de muerte.

Y los patriotas cayeron
bajo el plomo del hispano,
y el suelo dominicano
con sangre libre tiñeron.
Allí los héroes sufrieron
crudo martirio sangriento;
pero en sus tumbas el viento
con voz de venganza vibra,
despertando en cada fibra
el nacional ardimiento.

En ese polvo sagrado,
entre esos héroes, inertes,
sucumbió el atleta fuerte,
el vencedor no premiado:
aquel que el pendón cruzado
alzó en Febrero triunfante,
Sánchez, meteoro gigante

de nuestro cielo de gloria,
 nombre que guarda la historia
 con cifra de oro brillante.

Mas la sangre meritoria
 que corriera en El Cercado,
 para el español osado
 fue vil mancha infamatoria;
 y los lauros de la gloria
 que trajo de allende el mar,
 destrozados vio rodar
 en el polvo americano,
 cuando el pueblo soberano
 le arrojó del libre hogar.

Hoy, que el glorioso estandarte
 de libertad bendecida
 la Primada esclarecida
 tremola en cada baluarte;
 hoy, Patria, que formas parte
 de los pueblos vencedores
 cuya fama entre loores
 de un polo al otro retumba,³
 inclínate ante la tumba,
 que guarda a tus defensores.⁴

Y bendice, Patria mía,
 aquella tierra empapada
 con la sangre inmaculada
 que a los libres dio energía.
 Acaso, acaso algún día,
 cual fantasma funerario
 que al viajero solitario
 cuente ese drama sangriento,
 alzarás un monumento
 en ese nuevo Calvario.

Julio de 1878.

3. En ed. 1880, pág. 85: *de un pueblo al otro retumba...* (Ibid., p. 118.)

4. En ed. 1880, pág. 85: *que guarda tus defensores.* (Ibid.)

EN DEFENSA DE LA SOCIEDAD¹

*Pasad, pasad por las puertas,
preparad la calle al pueblo;
allanad el camino,
y alzad el estandarte a los pueblos.*

Isaías, LXII, 10.

Espíritu creador, numen fecundo
que en incansable actividad dilatas
de tu excelso poder las maravillas,
tú que perenne brillas
en las obras del bien, tú que arrebatas
a regiones sin fin el pensamiento
y extiendes con tu amor de mundo a mundo
las leyes del eterno movimiento:

¿será que la preciada
sublime-hechura de tu augusta diestra
condenes al reposo de la nada?
¿Será que aletargada,
de tu activo poder ante la muestra,
en indolente ociosidad rendida
admirándote ¡oh Dios! pase la vida?

1. En ed. 1880, pág. 72: *A los científicos y artistas*. (Dedicatoria). (Nota ed. 1950, p. 72.)

Algunos tópicos de este poema están ya en "La gloria del progreso" y "La fe en el porvenir".

No: despertad, los que del campo ameno
en la florida alfombra
sólo buscáis al ánimo sereno
horas de paz en ignorada sombra.
Alzad, los que siguiendo
de la corriente el agradable giro,
un anatema al popular estruendo
lanzáis, soñando más feliz retiro.

No es el orgullo quien levanta al cielo
pirámide grandiosa
y alzar pretende a lo infinito el vuelo:
es la chispa inmortal, que poderosa
la inmensidad fatiga,
y en constante anhelar y afán interno
hace que el hombre en su delirio siga
algo de grande cual su fin eterno.
Él solo es quien anima
del yerto mármol la materia dura,
el que las obras del Creador sublima
en paisajes de espléndida pintura
y al fuego fecundante de la idea
descubre mundos y portentos crea.

No todo es paz y amor, delicia grata,
allá del campo en el silencio amigo,
ni en cuanto abarca la inocencia mora;
también allí la tempestad desata
su furia destructora,
el áspid en las flores tiene abrigo,
y el ave de rapiña, turbulenta,
la presa entre sus garras atormenta.

No todo es vicio y confusión y horrores
entre el social tumulto:
tras ese velo de maldad y errores
luz halla el genio, y el Eterno culto,
palmas el bien y la virtud loores.
De un Dios también la majestad potente
se dilata en espacios sin medida

allí do el alma pensadora siente
bullir el mundo y palpitara la vida.
En solitaria calma
no se alza sólo hasta el Creador el alma,
ni del campo en la paz siempre vivieron
los pocos sabios que en el mundo fueron.

La sociedad que avanza
sus destinos altísimos comprende,
y al ocio opone varonil pujanza,
y a realizar su perfección asciende.
Es ella la que, activa,
los bíblicos asombros hoy renueva,
Moisés moderno que al desierto lleva
raudales de agua viva,
que al pueblo del Señor la senda traza
y resignado escucha
las voces de la turba que amenaza;
nuevo Josué que en gigantesca lucha
detiene allá en su esfera
del padre de los astros la carrera.

Por ella en lid de fama
raros prodigios el ingenio luce
y del mundo los ámbitos inflama;
al imperioso empuje de su vuelo,
vencida la distancia se reduce,
dividense los istmos,
descorren los espacios su ancho velo,
descubren sus secretos los abismos,
y preso en redes que la industria labra
lleva atónito el rayo la palabra.

Y esa es del hombre la misión sublime:
disipar del error la sombra densa,
y a la ignorancia que en tinieblas gime
llevar la luz de la verdad que piensa.
¡Oh soñadoras almas
que en perenne quietud y paz cumplida

anheláis a la sombra de las palmas
 en ocio estéril enervar la vida!
 Volved, no es ese el puesto
 donde el deber, la humanidad que llora,
 y el mismo Dios, a la inacción opuesto,
 os mandan combatir hora tras hora.
 Volad a las regiones
 donde en lucha de honor el bien levanta
 glorioso sus pendones
 y a conquistar el orbe se adelanta.
 El mundo pide luz, dadle ese rayo
 que amortiguáis en criminal desmayo!

Habite ufano el labrador activo
 los campos que fecunda,
 mostrando al ocio esquivo
 la honrada frente que el sudor inunda.
 Corra el audaz minero
 que fatiga la tierra y arrebatada
 espléndido el venero
 que en su senopreciado se dilata.
 Vuele a poblar el campo abandonado,
 abriendo al porvenir dignas contiendas,
 el que de ciencia y de virtud llevado
 domeña la cerviz de altivos montes,
 descubre nuevas sendas,
 ensancha los cerrados horizontes
 y del desierto hasta el confín lejano
 lleva los triunfos del progreso humano

Mas ¡ah! los que rendidos
 de la arena del mundo en el combate
 lleváis del desencanto los gemidos
 al corazón que de entusiasmo late:
 ¡paso a la inteligencia!
 ¡Desmayados atletas, apartaos!
 Y vosotros, alumnos de la ciencia,
 que fecundáis el caos
 poblándolo de espléndidas creaciones,

no deis tregua al destino:
alzad el estandarte a las naciones,
abrid a las virtudes el camino.

1878

LA TRANSFIGURACIÓN

*Al Pbro. Dr. Fernando Arturo
de Meriño¹*

¡Oh musa! El vuelo tiende
sobre la cumbre del Tabor radiante,
y, al fuego de la llama en que se enciende
la nube centellante,
alza de gloria el cántico triunfante.

Y dí cómo en su altura,
postrado el Cristo en oración sublime,
al cielo eleva la mirada pura;

1. Sacerdote, político y escritor, nacido en Antoncí, Yamasá, el 9 de enero de 1833. Murió en Santo Domingo el 20 de agosto de 1906. Desde simple cura alcanzó las investiduras más altas en el Estado y la Iglesia: presidente y arzobispo. La aclimatación del positivismo, así como de cualquier idea revolucionaria, en el campo que fuere, sufrió y ha sufrido siempre en nuestro país un proceso de mediación que termina por lo general desfigurando esa idea y tomando de ella el aspecto más conservador. Esto para explicar el porqué el positivismo y los ideales de la masonería en nuestro país, desde su introducción, convivieron armoniosamente con la Iglesia. Así se explica que Salomé Ureña, abanderada del positivismo a nivel poético, produzca un tipo de composición como éste, dedicado a exaltar la figura de quien combatía acremente a aquellos que quisieron llevar el positivismo más allá de ese delicioso connubio de salón entre curas y escritores. Hay gran cantidad de material bibliográfico sobre Meriño. Para la simplicidad de los detalles ver Contín Aybar (*HLD*, t. II, 127-150). Para los efectos conciliatorios de la masonería y su rol social, ver Moya

mas no el pesar le oprime
ni acongojado en su plegaria gime.

Ni el ángel mensajero
le ofrece del dolor la copa amarga,
ni del suplicio que le aguarda fiero
la pesadumbre larga
rinde sus fuerzas ni su mente embarga.

No, que al martirio infausto
antes que humilde doblegar el cuello,
de las culpas del hombre en holocausto,
dejar patente y bello
de su divinidad quiere un destello.

Mirad: a la ardua cumbre
sube inspirado, con segura planta,
y deja tras de sí la muchedumbre;
que para gloria tanta,
seguido de tres sólo se adelanta.

Y llega, y prosternado,
en éxtasis sublime se recrea,
y, al fuego de la fe transfigurado,
su frente centellea
encendida en los rayos de la idea;

y evoca entre el misterio
de la pasada edad sombras gloriosas
que dóciles se inclinan a su imperio,
viniendo presurosas
homenaje a rendirle fervorosas.

Allí su talla muestra
la gigante figura enaltecida
que a la luz del relámpago siniestra

Pons (*MHD*, 348). Para el positivismo hostosiano, derivación del krausismo, esta conciliación con la teología estaba ya inscrita en esa filosofía social. Ver D. L. Shaw, *Historia de la literatura española*, t. 5. El siglo XIX, ya citado, pp. 275-279.

sobre la cumbre erguida
promulgó del Siná² la ley de vida.

Y allí el profeta ardiente,
el profeta del bien, que, peregrino
sin tregua perseguido entre la gente,
con ímpetu divino
en alas ascendió del torbellino.

Con ellos, inspirado,
de su trágico fin habla el Mesías;
de Moisés toma el código sagrado
y del divino Elías
la fe de las antiguas profecías.

Y así combina el Justo
los elementos de la Ley moderna,
el nuevo Credo, el Testamento augusto
que cual ofrenda tierna
legó a los hombres en memoria eterna.

¿Do están los que sus huellas
siguieron al Tabor entusiasmados
y vieron de su faz las luces bellas?
Miradlos deslumbrados
y de asombro y pavor allí postrados.

Y en férvido arrebató,
el pecho ardiendo en sacrosanto fuego,
Pedro, el apóstol de la Iglesia ornato,
en exaltado ruego
la rienda suelta a su entusiasmo ciego;

2. Obsérvese cómo Salomé, poco dada a recurrir a los artificios métricos de alargar o acortar sílabas, echa mano en este caso a uno muy conocido, mediante el cual elimina una sílaba a Siná para que le dé once sílabas, que son justamente las que necesita. La métrica es un fijador que incluso, a veces, si tiene que destruir el sentido, lo arroja victoriosamente. Aquí, Salomé tiene en cuenta que difícilmente, por el contexto de la frase poética, se pueda suscitar ambigüedad. Todo cristiano o judío sabe que *la ley de la vida* son los diez mandamientos y que esas tablas les fueron dadas a Moisés en el

y alzar en lo eminente
de la cumbre tendidos pabellones
pide en el rapto de su amor ardiente,
soñando en sus regiones
detener de la Ley a los varones;

cuando quedara inerte
mudo de asombro, porque el éter baña
fúlgida nube que destellos vierte
de claridad extraña
y enciende en viva lumbre la montaña.

Y voz de eco profundo
repite como el trueno en la eminencia:
"Mirad al hijo en quien mi gloria fundo,
mi eterna complacencia:
oíd de su palabra la excelencia."

La faz contra la tierra
los apóstoles vuelven con espanto
al eco de esa voz que los aterra;³
y se disipa en tanto
de aquel prodigio el misterioso encanto.

Alzad, alzad la frente;
desierta está la cumbre centellante
que habéis de eternizar entre la gente,
y sólo allí, radiante,
sereno, al Hombre-Dios se ve triunfante.

Así fortalecidos
por un portento que la mente abruma,
seguidlo en vuestro asombro confundidos:⁴

monte Sinaí, de acuerdo a la leyenda mítico-poética. La métrica exige un saber técnico que se vuelve rutinario. Hacer caer los acentos en las sílabas tercera, sexta y décima (obligatoria), tal como está estructurado el verso, no es lo mismo que hacerlos caer, ejemplo hipotético, en *Promulgó en Sinaí la ley de vida*. El número de sílabas cambia, al igual que el lugar de los desplazamientos acentuales.

3. En ed. 1880, pág. 80: *el eco de esa voz que les aterra*. (Nota ed. 1950, pág. 238.)

4. En ed. 1880, pág. 80: *seguidle en vuestro asombro confundidos*; (Ibid.)

ni el labio ni la pluma
el brillo cuenten de su gloria suma.

Dejad que, entre el tumulto
de la iracunda plebe turbulenta,
blanco se mire de cobarde insulto,
y apure de la afrenta
la amarga hiel sobre la cruz sangrienta.

Dejad que el hombre ciego
desconozca su origen soberano;
que de esa sangre al generoso riego
germinará, lozano,
fecundo, el bien del porvenir humano.

Y luego, cuando el mundo
se encienda al rayo que en su frente brilla,
al orbe puesto en estupor profundo
cantad con fe sencilla
del Tabor inmortal la maravilla.

A MI PATRIA¹

De nuevo al arpa ensaya
un himno en tu favor ¡oh Patria mía!
De nuevo el corazón que no desmaya
en su inmortal porfía
su voz eleva que el deber alienta,
y a tus fuerzas vigor prestar intenta.

Yo sé que no importuna
mi amarga queja tu vivir cansado:²
tu inquieta brisa remeció mi cuna,
y el pecho alborozado
aliento libre respiró en su esencia,
y fue lo grande de tu amor la herencia.

Y arrebatada, luego,
ávida el alma recorrió tu historia;
y en el arranque de entusiasmo ciego,
espléndida tu gloria
gozosa imaginó la fantasía
que de uno al otro polo se extendía.

1. Este poema muestra la situación del país («De tu presente vida») al final del último mandato del gobierno autoritario de Buenaventura Báez, inaugurado el 27 de diciembre de 1876 y terminado el 2 de marzo de 1878. Entre 1865 y 1879 hubo 50 alzamientos y revueltas que «dieron por resultado 21 gobiernos», según Moya Pons (MHD, 366.)

2. En ed. 1880, pág. 87: *mi amarga queja tu vigor cansado*; (Nota ed. 1950, p. 120.)

Mas ¡ah! nueva existencia
 la mente absorta descubrió entre asombros
 y descender te vi de la eminencia;
 y triste, en tus escombros
 fui a llorar en la tarde que declina
 tu muerta gloria y tu presente ruina.

Sí, que el marcial trofeo
 del combate entre el polvo recogido
 sólo en tus palmas triunfadoras veo;
 y el lauro entretejido
 que la victoria te ciñó fulgente
 sin brillo luce en tu guerrera frente.

Y por la lucha impía
 que fuiste, olvidas, en gallarda justa,
 rival preclara de la Grecia un día,
 cuando la ciencia Augusta
 en sus hombros te alzó, y entre loores
 irradiaron al mundo tus fulgores.

¡Oh, basta! No demandes
 al genio de la lid nuevas coronas:
 si acciones buscas de memorias grandes
 si lauros ambicionas,
 tremola de la paz el estandarte
 y abre tus campos al saber y al arte.

En el concurso egregio
 de pueblos que en famosa muchedumbre
 reclaman del invento el privilegio,
 a la esplendente lumbré
 del siglo que ilumina soberano
 la lucha audaz del pensamiento humano,

allí desierto, solo,
 el puesto de tu honor con mengua miro,
 mientras que vuela desde polo a polo
 la fama en raudo giro
 nombres llevando y esparciendo al viento
 los prodigios del arte y del talento.

De tu presente vida
nada un recuerdo a despertar alcanza:
que el pensamiento tu memoria olvida,
porque, en perpetua holganza
sobre laureles de ignorado nombre,
no llega a ti la admiración del hombre.

En la encendida hoguera
del sol que en tus espacios se derrama
y ardiente reverbera,
de mi entusiasmo se templó la llama,
y a su calor el alma estremecida
bebió la inspiración, la luz, la vida.

¿Y su fecundo rayo
no basta a reanimar el fuego puro
del genio vigoroso que en desmayo,
sin sueños de futuro,
tendido sobre el lecho de tus flores,
en tu seno vegeta sin amores?

¡Oh, no será! ¡Despierta!
Que ya la historia tu renombre aguarda
y el himno de tu fama se concierta:
si en el progreso tarda
te mira el mundo indiferente ahora,
muévele al fin a saludar tu aurora.

Qué bella, refulgente,
de ciencia y libertad corona doble
ceñir podrás a la radiosa frente
si con empeño noble
al orbe muestras de virtud en prenda,
la paz del porvenir en digna ofrenda.

Diciembre de 1878.

COLÓN¹

Al Sr. D. Emiliano Tejera.

¡Silencio! Que ya herido²
siento latir el corazón opreso³
de tantas emociones bajo el peso.
Silencio, sí; dejad que estremecido
el espíritu libre se remonte
de luz ansioso. de verdad sediento,

1. Con motivo del hallazgo de sus restos en la Catedral de Santo Domingo. (Nota Ed. 1920, pág. 47.)

En ed. 1880, pág. 96, figura con el siguiente título:

Con motivo del hallazgo de los restos de Colón.

Dedicada a mi ilustrado compatriota Emiliano Tejera. (Nota ed. 1950, pág. 124.)

Todavía no se ha realizado en Santo Domingo o en España, o en otro lugar, en nuestro conocimiento, una investigación que sitúe las estrategias, las políticas y las ideologías de los Estados de ambas naciones en atribuirse la paternidad de la sede donde reposan los restos de Colón. Hay en todo esto, como en la leyenda del Santo Sepulcro, un mito de poder y una ideología etnocéntrica que colocaría al país detentador de tal reliquia en un plano de superioridad sobre los demás países que no la poseen. En estas disputas, a los Estados no les interesa que tales restos, reliquias o lo que fuere, sean verdaderos o falsos o que el lugar donde están localizados sea cierto o no. Lo que les interesa demostrar a los ojos de los demás pueblos es que sólo uno posee el mito. Todas las ciudades tienen un tipo de mito como éste de Colón, objeto ideal y sagrado que distingue a una nación de las demás. Viven y mueren sus habitantes con estas creencias. Es una de las formas de legitimación de la unidad nacional en torno a la unidad del poder. Autodeslumbramiento interno y deslumbramiento de los extranjeros.

2. En ed. 1880, pág. 96; *Silencio! que ya opreso.* (Nota ed. 1950, p. 124.)

3. En ed. 1880, pág. 96: *siento latir el corazón herido.* (Ibid.)

y busque sobre el viento
el espacio, la esfera, el horizonte
donde el humano orgullo
vencido acalla su falaz murmullo.

Levanta victoriosa
la egregia frente de entusiasmo llena
¡oh Patria de mi amor, cuna famosa
del mundo americano!
Álzate ya con majestad serena,
que la calumnia en vano
a ti sus dardos con empeño lanza
ante el orbe asombrado que te admira;
en vano, que no alcanza
su encono fiero, que desdén inspira,
tu honor a mancillar: luciente, claro,
como el astro que fúlgido amanece
rasgando sombras en triunfal camino,
así brilla, y se eleva, y resplandece
ceñido de esplendores tu destino.

¡Qué voz, qué humano acento
digno será de discantar al mundo
el sin igual portento!
En pobre tumba que ignoró la historia
y pródigo el olvido
en silente quietud guardó profundo,
sin mármoles, sin nombre, sin memoria.
durmieron en descuido
los despojos del nauta esclarecido.
Y el voto se cumplió; cumpliósese entera
del genio audaz la voluntad postrera.
Propicia la fortuna,
tumba concede al genovés marino⁴
del Nuevo Mundo en la preclara cuna.

4. Todavía hoy prosiguen las investigaciones en profundidad a fin de esclarecer el país de origen de Cristóbal Colón. El último libro publicado en 1988 por un investigador portugués atribuye a Colón la nacionalidad portuguesa y concluye que su verdadero nombre era Salvador Fernández, uno de los tantos navegantes al servicio del rey de

¡Oh Patria! Eleva al cielo
 el *hosanna* triunfal con gozo vivo;
 gózate ya sin pesadumbre alguna
 en tu gloriosa suerte: que si alarde
 de insensato poder haciendo altivo
 ruge el despecho con furor cobarde,
 y el férvido clamor de tu entusiasmo
 y tu impaciente anhelo
 con acentos recibe de sarcasmo,
 atónita la historia
 sus fastos abre a confirmar tu gloria.⁵

Del Támesis al Volga, al Rin, al Tibre,
 al Marañón, al Niágara potente,
 un himno cruza en el espacio libre;
 himno de amor, de gratitud ferviente,
 que acordes te levantan
 pueblos que al orbe tu victoria cantan.
 ¿No escuchas? En el viento,
 voz que domina la algazara impía
 responde placentera
 al hondo grito, al indecible acento
 de asombro y de alegría
 que estremecido conmovió la esfera
 cuando, en el raptó de emoción dichosa,
 triunfante, la preciosa
 urna sagrada que el despojo encierra
 del nauta peregrino
 al secreto arrancaste de la tierra,
 y en súbita locura
 ¡Colón! clamaste, y resonó en la altura.

¿Qué mucho que en su saña
 contra ti se levante el error necio,

Portugal. El hecho irrefutable que perdura como significativo para la historia es que ése que vino a América, Colón, Fernández o como se llame, se encontró con este continente en 1492. Lo demás es mito, ideología y política que envuelve un conflicto de supremacía y de intereses entre naciones. Conflicto en el cual la ciencia puede estar aprisionada como instrumento.

5. En ed. 1880, pág. 98: *sus fastos abre a consignar tu gloria.* (Nota ed. 1950, p. 126.)

si al genio mismo se atrevió, engréido,
con risas de desprecio,
y condenarlo pretendió al olvido?
Mas ¡ay de su arrogancia!
Vencer no pudo la tenaz constancia
ni estorbo ser a que, tras lucha rara,
firme y audaz el genovés piloto,
del hemisferio ignoto
las extensas regiones saludara.
Tu nombre sin mancilla
también ¡oh Patria! lucirá radiante,
que pasa el tiempo, y el error se humilla,
y eterna la verdad surge triunfante.

No será, no, que la injusticia intente
la historia dominar, haciendo al hombre
postrar el alma, doblegar la frente
sobre un sepulcro de mentido nombre;
no será, no, sin que el heroico aliento
de la santa virtud noble ardimiento
al corazón infunda
de cada pecho que en el bien se inflama,
y al fuego de su llama
la fábrica del mal tiemble y se hunda.

¡Colón, genio preclaro,
de la ciencia y la fe mártir sublime!
¿Qué destino fatal, qué numen raro
persigue tu memoria,
y se complace en abatir tu gloria,
y el polvo mismo de tu ser orpime?
Un nombre inmerecido
tu mundo lleva, y a sepulcro extraño,
con lauros tuyos, imprevisto engaño
favoreció rendido.
Mas ¡ah! que en dulce calma
tras el duelo y la duda y la porfía,⁶
Quisqueya te contempla en su regazo.

6. En ed. 1880, pág. 100: *tras el duelo y la lucha y la porfía.* (Ibid., p. 128.)

¡Quisqueya! La que un día
la palma de tu amor tuvo por suerte,
y por herencia santa esos despojos;
la que de angustia inerte
regó con llanto tu memoria egregia,
cuando en hora fatal vieron sus ojos
llevar en pompa regia
los restos ignorados
con tu nombre a su seno arrebatados.

¡Colón! Duerme al abrigo
del suelo de tu afán, mi Patria bella,
y paz le brinde tu recuerdo amigo
en sus noches de angustia y de querella;
tu aliento soberano
avive de su fe la llama pura,
la esperanza del bien, que al soplo insano
de la desgracia trémula vacila;
y con paterno amor, desde la altura
donde tu alma entre esplendores vuela,
el mal ahuyenta de la edad futura,
por los destinos de tu Antilla vela.

1879.

A LA MÚSICA¹

¡Espíritus de luz y de armonía!
En torno de mi frente
las alas agitada, y el alma ardiente
con vencedor arranque en su porfía
allá del éter por la esfera ignota
al himno universal lleve su nota.

Arte divino ¡oh música! el idioma
de lo infinito eres;
el solemne concierto que los seres
alzan acordes cuando el alba asoma
y vida nueva por doquier imprime,
tu gloria canta y tu poder sublime.

1. En ed. 1880, pág. 101, subtítulo: *Con motivo de un concierto dado por el profesor Carlos A. Serrano.* (Nota ed. 1950, p. 129.)

Bernarda Jorge, en su libro *De la música dominicana. Siglos XIX-XX* (Santo Domingo: Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1982), pp. 40-41, da los detalles de este concierto, tomando como referencia la noticia aportada por el periódico *El Eco de la Opinión* del 8 y 11 de octubre de 1879. Sobre el acto cultural, Jorge acota: «El primer concierto en Santo Domingo, que se anuncia como tal, es el de Carlos Serrano. Director de orquesta, pianista y profesor del Conservatorio de México, Serrano llegó al país alrededor del mes de octubre de 1879, con la compañía del Señor Juan Serrano. Según los reportajes de La Habana, Serrano era pianista graduado de altos méritos, profesor en su país y con experiencia como director y acompañante de cantantes célebres.» (p. 40) A ese concierto ha debido asistir Salomé Ureña. De lo contrario, el poema no tendría razón de ser.

¡Mas qué! ¿dónde no vibra y se dilata
con majestad extrema
tu omnipotente voz, tu voz suprema?
El universo conmovido acata
tu ley de amor, que los espacios llena
y los orbes dirige y encadena.

Al soberano acento, de la nada
apareció a la vida
radiante la creación estremecida;
y en rápida carrera concertada
mundos poblaron la extensión vacía
ligados por incógnita armonía.

Y llenan del espacio las regiones
sonidos inmortales,
preludio de las voces celestiales,
palpitantes, ignotas vibraciones
que absorta el alma a percibir alcanza
en horas de ilusión y de esperanza.

Del alba a los destellos peregrinos,
en el murmullo leve
del aura errante que las flores mueve,
del ave amante en los alegres trinos,
del llanto matinal en cada gota,
palpita el ritmo de tu ardiente nota.

Y palpita en la voz de la tormenta,
del mar en el bramido,
del rayo en el terrífico estallido,
del cráter en la cima turbulenta,
y el hombre, que te admira en todas partes,
tu solio encumbra a dominar las artes.

Tu atmósfera sublime vivifica
el espíritu grande;
tu acento grave el entusiasmo expande,
y el genio que tus ecos centuplica
en ardorosa inspiración se enciende
y tus secretos íntimos sorprende.

Y espléndido, elevándose a la altura
de la armonía suprema,
intérprete feliz, con ansia extrema,
en raudales de plácida dulzura
recoge el himno que en el éter vaga
y con notas del cielo nos embriaga.

Y despertando en los ocultos senos
del alma adormecida
las memorias que fueron en la vida,
con tonos de expresión y magia llenos,
en éxtasis purísimo, indecible,
arranca al corazón llanto apacible.

Fija tu planta en el preciado suelo
de mi Quisqueya libre,
arte divino, y que tu acento vibre
llevado por el céfiro en su vuelo
y los ámbitos llene pregonando
ya de las artes el imperio blando.

Aquí también espíritus sedientos
de ignotas armonías,
tras largas noches de dolor sombrías,²
demandan tus arcanos a los vientos,
para alzar, entre asombro, el soberano
himno del porvenir dominicano.

Desciende ya, que de tu voz augusta
al eco generoso,
unidas en consorcio venturoso³
vendrán las ciencias a la heroica justa,
y en Quisqueya tendrán, para alto ejemplo,
culto las artes y el saber un templo.

1879.

2. En ed. 1880, pág. 104: *tras esas noches de dolor sombrías*, (Nota ed. 1950, p. 131.)

3. En ed. 1880, pág. 104: *unidos en consorcio venturoso*, (Ibid., p. 132.)

EL CANTAR DE MIS CANTARES¹

Cuando los vientos murmuradores
 llevan los ecos de mi laúd,²
 con los acentos de mis amores
 resuena un nombre, que de rumores
 pasa llenando la esfera azul.

Que en ese nombre que tanto adoro
 y al labio acude con dulce afán,
 de aves y brisas amante coro,
 rumor de espumas, eco sonoro
 de ondas y palmas y bosques hay.

Y para el alma que en ese ambiente
 vive y respira sin inquietud,
 y las delicias del cielo siente,
 guarda ese nombre puro y ferviente
 todo un poema de amor y luz.

1. Leída en una conferencia literaria que celebró la Sociedad Amigos del País. (Subtítulo ed. 1880, pág. 105.) (Nota ed. 1950, p. 133.)

Como se advierte, el título de este poema tiene su referencia literaria en *El cantar de los cantares*, libro atribuido a Salomón, y cuya traducción poética ha sido reformulada por Henri Meschonnic como *Canto de los cantos*. La poeticidad del título, pensamos, sería más histórica si fuera *Poema de poemas*, para encontrar la relación de historicidad con *Rey de reyes*. Contrariamente al libro atribuido a Salomón, el cual trabaja el amor como transubjetividad, aquí Salomé Ureña, eludiendo lo erótico, desplaza el tema del amor hacia la patria. Es decir, que el amor de sus amores sólo puede ser dicho, como figura, a través del poema de poemas.

2. En ed. 1880, pág. 105: *llevan los sonos de mi laúd*, (Ibid.)

Quiequeya ¡oh Patria! ¿quién, si en tu suelo
le dio la suerte nacer feliz,
quién, si te adora con fiel desvelo,
cuando te nombra no oye en su anhelo
músicas gratas reproducir?

Bella y hermosa cual la esperanza,
lozana y joven, así eres tú;
a copiar nunca la mente alcanza
tus perfecciones, tu semejanza,
de sus delirios en la inquietud.

Tus bellos campos que el sol inunda,
tus altas cumbres de enhiesta sien,
de tus torrentes la vos profunda,
la palpitante savia fecunda
con que la vida bulle en tu ser,

todo seduce, todo arrebatá,
todo, en conjunto fascinador,
en armoniosa corriente grata,
hace en tu suelo la dicha innata
y abre horizontes a la ilusión.

Y ¡ay, si oprimirte con mano ruda
quiere en su saña la iniquidad!
Tu espada pronto brilla desnuda,
te alzas potente, y en la lid cruda
segando lauros triunfante vas.

Naturaleza te dio al crearte
belleza, genio, fuerza y valor;
y es mi delirio con fe cantarte
y entre lo grande siempre buscarte
con el empeño del corazón.

Por eso el alma te buscó un día
con ansia ardiente, con vivo afán,
entre las luchas y la porfía
y entre los triunfos de gallardía
con que el progreso gigante va.

Mas ¡ay! en vano pregunté ansiosa
si entre el tumulto cruzabas tú:
llevó la brisa mi voz quejosa;
silencio mudo, sombra enojosa
miré en tu puesto solo y sin luz.

Tú, la preciada, la libre Antilla,
la más hermosa perla del mar,
la que de gloria radiante brilla,
¿huyes la senda que ufana trilla
con planta firme la humanidad?

A tu corona rica y luciente
falta la joya de más valor;
búscala presto, que ya presente
para ti el alma, con gozo ardiente,
grandes victorias de bendición.

¡Patria bendita! ¡Numen sagrado!
¡Raudal perenne de amor y luz!
Tu dulce nombre siempre adorado,
que el pecho lleva con fe grabado,
vibra en los sonos de mi laúd.

Y pues que mueve nombre tan puro
de mis cantares la inspiración,
y ansiando vivo tu bien seguro,
la sien levanta, mira al futuro,
y oye mis cantos, oye mi voz.

QUEJAS¹

Te vas, y el alma dejas
sumida en amargura, solitaria,
y mis ardientes quejas,
y la tímida voz de mi plegaria,
indiferente y frío
desoyes ¡ay! para tormento mío.

¿No basta que cautiva
de fiero padecer entre las redes

1. En el panorama de las vidas de Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935) no hay, para mayo de 1878, ningún proyecto de viaje que motive este aparente temor a una posible separación. Es un poema que, aunque inscrito en la modalidad de lo biográfico, tiene la virtud de inaugurar, en nuestra cultura poética, el derecho de la mujer de decir, públicamente, que ella es un sujeto con capacidad de amar y comunicar a los demás esa subjetividad, contra toda una tradición de filisteísmo moral que reservaba a la intimidad del hogar y a la alcoba la manifestación de las pasiones femeninas. A partir de Salomé las demás mujeres, y principalmente las escritoras, tienen el camino abierto para expresar libremente su capacidad de amar a otros seres. Quienes no ejerzan ese derecho, la ideología y la autocensura trabajan por ellas. Las quejas de Salomé, en esta composición, giran en torno a las aprensiones que ocasiona la cotidiana separación de los amantes. Es obvio que el noviazgo entre los dos intelectuales se ha iniciado ya, el cual culminará en 1880 con el matrimonio. No será sino en 1887 cuando se producirá la separación de los esposos, y por largo tiempo. Antes del noviazgo, habrá que precisar en qué fecha comienza Salomé a frecuentar la "Sociedad Amigo del País", en cuyos actos participaba con la lectura de poemas. Su futuro esposo llegó a ser secretario y luego presidente de esa sociedad y fue quien la introdujo en la misma. Todo esto plantea el problema del año en que se conocieron los dos intelectuales.

agonizante viva?²
 ¡Ay que mi angustia comprender no puedes,
 que por mi mal ignoras
 cuán lentas son de mi existir las horas!

Sí, que jamás supiste
 cuál se revuelve en su prisión estrecha,
 desconsolado y triste,
 el pobre corazón, que en lid deshecha
 con su tormento rudo
 morir se siente y permanece mudo.

Y en vano, que indiscretos
 mis ojos, sin cesar, bajo el encanto
 de tu mirar sujetos,
 fijo en los tuyos con empeño tanto,
 que el corazón desmaya
 cuando esa fuerza dominar ensaya.

Deja que pueda al menos
 bañándome en su luz beber la vida,
 y disfrutar serenos
 breves instantes en tu unión querida,
 que es para mi amargura
 bálsamo de purísima dulzura.

Deja que al vivo acento
 que de tus labios encendidos brota,
 mi corazón sediento,
 que en pos va siempre de ilusión ignota,
 presienta enajenado
 las glorias todas de tu edén soñado.³

¡Ah, si escuchar pudieras
 cuanto a tu nombre mi ternura dijo!
 ¡Si en horas lisonjeras

2. En ed. 1880, pág. 90: *agonizando viva?* (Nota ed. 1950, p. 159.)

3. En ed. 1880, pág. 91: *las glorias todas de su edén soñado.* (Ibid., p. 160.)

me fuera dado, con afán prolijo,
contarte sin recelo
todo el delirio de mi amante anhelo!

Mas no, que mi suspiro
comprimo dentro el pecho acongojado.
Me basta si te miro,
si la dicha y el bien sueño a tu lado,
porque tu vista calma
los agudos tormentos de mi alma.

¡Ay! Que sin ti, bien mío,
mi espíritu cansado languidece
cual planta sin rocío
y con sombras mi frente se oscurece,
y entre congoja tanta
mi corazón herido se quebranta.

Oye mi ardiente ruego,
oye las quejas de mi angustia suma,
y generoso luego
olvida que la pena que me abruma
te reveló mi acento
en horas ¡ay! de sin igual tormento.

Escúchame y perdona:
que ya mi labio enmudeciendo calla,
y el alma se abandona
con nuevo ardor a su febril batalla,
y débil mi suspiro
se pierde de las auras en el giro.

A MI MADRE¹.

*Dedicatoria del tomo de Poesías
publicado en 1880.*

Aquí, a la sombra tranquila y pura
con que nos brinda grato el hogar,
oye el acento de la ternura
que en tus oídos blanda murmura
la dulce nota de mi cantar.

La voz escucha del pecho amante
que hoy te consagra su inspiración,
a ti que aún eres tierna, incesante,
de amor sublime, de fe constante,
raudal que aliento da al corazón.

Mi voz escucha: la lira un día
un canto alzarle quiso feliz,
y en el idioma de la armonía
débil el numen ¡oh madre mía!
no halló un acento digno de ti.

1. Por el año de la composición de este poema, se colige que fue escrito para festejar el sexagésimo aniversario del nacimiento de la madre de la poetisa, doña Gregoria Díaz de León, quien nació el 25 de diciembre de 1819 y murió en 1914. Ver el opúsculo de Doña Silveria (SUH, 7).

¿Cómo tu afecto cantar al mundo,
grande, infinito, cual en sí es?
¿Cómo pintarte mi amor profundo?
Empeño inútil, sueño infecundo
que en desaliento murió después.

De entonces, madre, buscando en prenda,
con las miradas al porvenir,
voy en mi vida, voy en mi senda,
de mis amores íntima ofrenda
que a tu cariño pueda rendir.

Yo mis cantares lancé a los vientos,
yo di a las brisas mi inspiración;
tu amor grandeza dio a mis acentos:
que fueron tuyos mis pensamientos
en esos himnos del corazón.

Notas dispersas que en libres vuelos
y a merced fueron del huracán;
pero llevando con mis anhelos
los mil suspiros, los mil desvelos
con que a la Patria paga mi afán.

Hoy que reunir las plugo al destino,
quiero que abrigo y amor les dé:
esa es la prenda que en mi camino
al soplo arranco del torbellino,
y a colocarla vengo a tus pies.

AMOR Y ANHELO¹

Quiero contarte, dueño del alma,
 las tristes horas de mi dolor:
 quiero decirte que no hallo calma,
 que de tu afecto quiero la palma,
 que ansiando vivo sólo tu amor.

Quiero decirte que a tu mirada
 me siento débil estremecer,
 que me enajena tu voz amada,
 que en tu sonrisa vivo extasiada,
 que tú dominas todo mi ser.

Por ti suspiro, por ti yo vierto
 llanto de oculto, lento sufrir;
 sin ti es el mundo triste desierto
 donde camino sin rumbo cierto,
 viendo entre sombras la fe morir.

1. Excluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, p. 164.)

Habría que estudiar las motivaciones que tuvo Pedro Henríquez Ureña para excluir o incluir poemas en la edición de 1920. Este poema, al igual que la mayoría de los escritos por Salomé, no tiene día y mes de publicación en estas selecciones poéticas. Se inscribe en la temática amorosa del yo biográfico, como los demás poemas dedicados a su esposo ausente en Francia. El prurito moral, el resguardo de la intimidad materna o consideraciones de valoración poética pueden quizá explicar la exclusión de este y otros poemas por parte de su hijo.

Y con tu imagen en desvarío
vivo encantando mi soledad,
desde que absorta te vi, bien mío,²
y arrebatada, sin albedrío,
rendí a tus plantas mi libertad.

Deja que el alma temblando siga
de una esperanza soñada en pos,
que enajenada su amor te diga,
mientras un rayo de luz amiga
pido al futuro para los dos.

¡Oh! ¡si a tu lado pasar la vida
me diera el cielo por todo bien!
¡Si a tu destino mi suerte unida,
sobre tu seno de amor rendida
pudiera en calma doblar la sien!

¿Qué a mí la saña del hado crudo?
¿Qué los amagos del porvenir?
Tu amor llevando por todo escudo,
yo desafiara su embate rudo
y así me fuera grato vivir.

¡Ay! en las horas de hondo tormento
que al alma asedian con ansia cruel,
vuela en tu busca mi pensamiento,
mientras el labio trémulo al viento
tu nombre amado murmura fiel.

Ven y tu mano del pecho amante
calme amorosa las penas mil,
¡oh de mis ansias único objeto!
Ven, que a ti solo quiero en secreto
contar mis sueños de amor febril.

2. Referencia al enigmático día del encuentro a que alude el opúsculo de Doña Silveria (*SUH*, 22).

Mas no, que nunca mi amante anhelo
podré decirte libre de afán,
gimiendo a solas, en desconsuelo,
cual mis suspiros, en raudo vuelo,
mis ilusiones perdidas van.

Tuya es mi vida, tuya mi suerte,
de ti mi dicha pende o mi mal:
si al dolor quieres que venza fuerte,
sobre mi frente pálida vierte
de tu ternura todo el raudal.

1879

LUZ¹

¿Adónde el alma incierta
pretende el vuelo remontar ahora?
¿Qué rumor de otra vida la despierta?
¿Qué luz deslumbradora
inunda los espacios y reviste
de lujoso esplendor cuanto era triste?

¿La inquieta fantasía
finge otra vez en la tiniebla oscura
los destellos vivísimos del día,
lanzándose insegura,
enajenada en su delirio vago,
de un bien engañoso tras el halago?

1. Posterior a la edición de *Poesías*, 1880. (Nota ed. 1950, p. 140.)

Los anteriores tonos pesimistas del positivismo de Salomé Ureña, aludido por ella misma en este poema «(Ayer meditabunda, /lloré sobre tus ruinas») remiten a una escritura anterior, especialmente a "Ruinas", de 1876, pero aquí se truecan en optimismo radiante ("Luz"), por triple, o más, motivos: está gobernando un hombre ilustrado, Meriño, que aunque sacerdote defensor del catolicismo romano, se halla ligado al liberalismo del Partido Azul y ha nombrado al esposo de Salomé como su secretario particular. Y no solamente eso sino que bajo su gestión se reformará la enseñanza, se fundará el Instituto de Señoritas y la Escuela Preparatoria. El sentido de la historia del racionalismo positivista vuelto optimismo institucional, no le permitió a Salomé vislumbrar que luego de Meriño volvería la bota terrible de Ulises Heureaux a trocar todo aquel entusiasmo en pesimismo.

¡Ah, no! Que ya desciende
sobre Quisqueya, a iluminar las almas,
rayo de amor que el entusiasmo enciende,
y de las tristes calmas
el espíritu en ocio, ya contento,
surge a la actividad del pensamiento.

Y surge a la existencia,
al trabajo, a la paz, la Patria mía,
a la egregia conquista de la ciencia,
que en inmortal porfía
los pueblos y los pueblos arrebató
y del error las nieblas desbarató.

Ayer, meditabunda,
lloré sobre tus ruinas ¡oh Quisqueya!
toda una historia en esplendor fecunda,
al remover la huella
del arte, de la ciencia, de la gloria
allí esculpida en perennal memoria.

Y el ánimo intranquilo
llorando preguntó si nunca al suelo
donde tuvo el saber preclaro asilo,
a detener su vuelo
el genio de la luz en fausto día
con promesas de triunfos volvería.

Y de esperanzas llena
temerosa aguardé, y al viento ahora,
cuando amanece fúlgida, serena,
del bienestar la aurora,
lanzo del pecho, que enajena el gozo,
las notas de mi afán y mi alborozo.

Sí, que ensancharse veo
las aulas, del saber propagadoras,
y de fama despiértase el deseo,
brindando protectoras
las ciencias sus tesoros al talento,
que inflamado en ardor corre sediento.

Ya de la patria esfera
los horizontes dilitarse miro:
el futuro sonriendo nos espera,
que en entusiasta giro,
ceñida de laurel, a la eminencia
se levanta feliz la inteligencia.

Es esa la futura
prenda de paz, de amor y de grandeza,
la que el bien de los pueblos asegura,
la base de firmeza
donde al mundo, con timbres y blasones,
se elevan prepotentes las naciones.

¡Cuántas victorias altas
el destino te guarda, Patria mía,
si con firme valor la cumbre asaltas!
Escúchame y porfía;
escucha una vez más, oye ferviente
la palabra de amor que nunca miente:

yo soy la voz que canta
del polvo removiendo tus memorias,
el himno que a tus triunfos se adelanta,
el eco de tus glorias...
No desmayes, no cejes, sigue, avanza:
¡tuya del porvenir es la esperanza!

Julio de 1880.

ANACAONA¹

I

Tendida en las espumas
 del piélagosonoro,
 nacida al rayo de oro
 del éter tropical;
 de vida palpitante,
 bellísima y lozana,
Quisqueya eleva ufana
 la frente virginal.

1. Poema excluido en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, pág. 141.)

Este largo poema es una ideología del dualismo moral que concibe la historia como una lucha entre el bien y el mal. Los malos en el poema quedan irremisiblemente condenados: Ojeda, Roldán, Ovando, Guacanagarix. Los buenos son salvados: Colón, Hernando de Guevara y todos los otros caciques e indios que enfrentaron a los españoles o aquellos jefes cuya sabiduría los llevó, a pesar suyo, a conciliar con un poder que era más fuerte, a fin de no hacer perecer a tantos inocentes. Al igual que los textos de época que tratan este tema, cuya culminación será el *Enriquillo* de Galván, son una nostalgia del origen perdido. La estrategia ideológica de estos textos indigenistas en un país sin indios se inscribe en un momento en que los intelectuales y los partidos liberales se interrogan acerca de lo que ha sido y es la nación dominicana. Por eso buscan su identidad, en momentos en que ese concepto clave de la política orienta a la emergente burguesía del siglo XIX que se propone dar concreción al Estado-nación dominicano. Este poema fue sacado de la edición de 1920, quizá por ser muy largo o por no tener valor literario. Es posible que haya pesado el hecho de que en ese momento se pudiera ofender a España, que era aliada de la lucha de los nacionalistas dominicanos contra la intervención militar de Estados Unidos. Esa lucha de los nacionalistas se hizo en nombre de los altos valores del hispanismo.

Quisqueya, que a las nubes
encumbra sus montañas,
y guarda en sus entrañas
mineros de valor,
y entre aguas que fecundan
campiñas siempre amenas,
auríferas arenas
prodiga en su esplendor.

Donde feraces bosques
ofrecen enlazados
mil árboles preciados
en sempiterno abril,
y orgullo y ornamento
de la región indiana
la palma soberana
levántase gentil.

Donde es la brisa aromas
y músicas las aves,
y emanaciones suaves
de vida y libertad
cuanto la flor exhala,
y el céfiro murmura,
e inunda con luz pura
la vasta inmensidad.

Región encantadora,
vergel de los amores
que guarda los primores
del primitivo edén.
En sus amenos campos
la paz de la existencia
sencilla la inocencia
gozar pudo también.

La indígena familia,
la raza de *Quisqueya*,
de su comarca bella
en posesión feliz,

miraba candorosa
pasar la vida en calma,
sin pesadumbre el alma,
sin yugo la cerviz.

La selva le brindaba
sus frutos regalados,
sus flores los collados,
sus aguas el raudal;
y pródigos, fecundos,
los senos de sus mares,
de peces a millares
riquísimo caudal.

Por la desnuda espalda
la suelta cabellera,
al aura lisonjera
flotando sin cesar,
ceñida la alta frente
de plumas y de flores,
la gloria y los amores
cercábanle a la par.

Mecidos al columpio
de *hamacas* vaporosas
las horas venturosas
pasaban sin temor,
gustando embelesados
en lánguido reposo
del *coiba* el delicioso
perfume embriagador.

A la tranquila sombra
del bosque silencioso,
el indio alzó orgulloso
su rústico *canev*;
y en *diumbas* repetidas
y juegos y cantares,
su culto y sus altares
solemnizó la grey.

Mirad esas llanuras,
mirad esas montañas,
pobladas de cabañas
indígenas ayer;
parecen desoladas
tristísima esa historia
presente a la memoria
con lágrimas traer.

II

Como la palma de la llanura
su talle airoso moviendo esbelta,
en largas ondas al aura suelta
la cabellera negra y sutil,
joven y hermosa, feliz recorre
los campos ricos de la *Maguana*,
una graciosa beldad indiana,
más que otra alguna noble y gentil.

La luz del genio brilla en su frente
que en torno ciñe regia corona;
toda es hechizos Anacaona,
del gran Caonabo consorte fiel.
Es su mirada serena y pura
de su nativo candor retrato,
y de sus labios el eco grato
lleva las almas en pos de él.

Allá en *Jaragua*, región hermosa
de azules lagos y altas colinas,
donde las flores más peregrinas
su cáliz abren rico de olor;
donde una tribu privilegiada,
clara de ingenio, de forma bella,
entre la indiana raza descuella
de sus encantos por el primor;

allí entre aromas, luz y rumores,
nació radiante la soberana
que hoy dicta leyes a la *Maguana*
con sus talentos, con su virtud.
De regia estirpe, sencilla, tierna,
como las flores hermosa y pura,
cruzaba ufana por la llanura
cantando alegre su juventud.

Pero Caonabo, *cacique* fuerte
que en las batallas lidia triunfante,
el de alto porte, grave semblante,
que airosas plumas ciñe a su sien,
le habló de amores, y así temblando
como en el árbol se agita el ramo,
tendió los brazos a su reclamo
y de *Jaragua* dejó el edén.

Dejó sus lagos, dejó sus bosques
del *gran cacique* la noble hermana
que hoy por los valles de la *Maguana*
junto a Caonabo sonriendo va;
mientras su nombre lleno de fama
de tribu en tribu corre admirado,
y ante su genio privilegiado
Quisqueya toda rendida está.

Por las llanuras y las montañas
las brisas llevan ecos ardientes,
areitos dulces, notas vehementes
que van llenando la inmensidad;
ritmos sonoros de ignoto encanto
que da a los vientos Anacaona,
ya si los hechos del bien pregonan,
o de sus selvas la libertad.

Nadie ceñirse la palma puede
ni del talento ni la hermosura
adonde yergue su frente pura,
adonde se oye su voz vibrar.

Tierna paloma que de Caonabo
las iras templa con sus arrullos,
y allá entre aromas y entre murmullos
tranquila calma le da a gozar.

Él, impetuoso como el torrente,
va del peligro tras los azares;
ella en las notas de sus cantares
su fama ensalza de vencedor.
Mas cariñosa, blanda, apacible,
de los combates huye al estruendo;
gloria más digna quiere viviendo
para la dicha, para el amor.

III

De la tarde silenciosa
la luz indecisa y vaga,
dora con trémulo brillo
la cresta de las montañas,
y las aves de la selva
tristes endechas levantan,
cuando al eco misterioso
del tamboril, se ve ufana
reunirse en torno al *buitío*
la muchedumbre compacta,
que al punto dócil acude
lleña de dulce confianza,
y del *zemí* se encamina
a la caverna sagrada.

Ceñidas de lindas flores
van las vírgenes indianas,
y los *areitos* del culto
con voz dulcísima cantan,
alegres y candorosas
llevando en cestas galanas
las ofrendas que la tribu

al dios oculto consagra,
y llegan así a la gruta,
a la caverna sagrada,
donde solemne, el *buitío*
la ceremonia prepara.

Las ricas dádivas pone
del santuario ante las aras,
invocando reverente
del dios la clemencia santa,
y repartiendo en la tribu,
que sus misterios acata,
reliquias que oculta llevan
secreta virtud extraña.
Luego al *zemí* poderoso
a consultar se adelanta,
y todo ruido se extingue,
y todo enmudece y calla,
y el oráculo terrible
la grey en silencio aguarda.

Inmóvil como el espíritu
de las tumbas solitarias,
suspenseo queda el *buitío*,
fija la intensa mirada
en algo que él solo puede
profundizar con el alma.
Que para él sólo el destino
su denso velo desata,
y del futuro le muestra
las regiones ignoradas.
De súbito conmovido
dobla la frente angustiada,
pálida sombra de muerte
su faz venerable baña,
y a la tribu silenciosa,
que le mira consternada,
del oráculo tremendo
la cruda sentencia calla;
pero al mirarle adivinan

que suerte fatal amaga
con males y con horrores
a la aborigene raza;
y hondo, profundo lamento
que el eco triste dilata,
en las bóvedas resuena
de la caverna sagrada.

Pasa un instante de angustia,
de confusión y de alarma,
y sola queda y desierta
del santuario la morada,
mientras envuelve la noche
la cresta de las montañas,
y las aves de la selva
mudas están en las ramas,
y se dispersa gimiendo
la multitud desolada.

Veloces corren las horas,
el tiempo rápido avanza,
y el augurio pavoroso
olvida la grey incauta,
que alegre torna a sus juegos,
a sus cantares y danzas,
porque ignora en su inocencia
la historia de la desgracia,
y son para ella los duelos
y las tristezas del alma,
cual las nieblas fugitivas
que coronan la montaña,
y se disipan ligeras
a los fulgores del alba.

IV

Ya la tiniebla de la noche expira,
y el indio de su choza en los umbrales
saluda el alba, y con placer respira
el soplo de las brisas matinales.

Del seno de los valles se levantan
los murmullos suavísimos del día,
que ya las aves sus amores cantan
y el espacio se puebla de armonía.

Todo es vida y frescura y luz y aroma
de *Quisqueya* en los mágicos pensiles;
todo matices de la aurora toma
y aliento de los céfiros sutiles.

La indígena familia entretenida
discurre por el bosque y por la playa,
y en los placeres de su dulce vida
el nuevo sol aprovechar ensaya.

Tiende la vista al horizonte vago
alborozada de inocente orgullo,
midiendo ufana, con amante halago,
el libre espacio que contempla suyo.

Mas ¿qué súbito afán desconocido
de la cándida grey nubla el contento,
suspendiendo las voces y el rüido,
difundiendo el pavor y el desaliento?

Al suave impulso de la fresca brisa,
tendido sobre el mar allá a lo lejos,
informe objeto con terror divisa
de la luz matinal a los reflejos.

Cual si abrigara misteriosa vida
lento el fantasma con asombro avanza,
y temblando la grey despavorida
a la fuga encomienda su esperanza.

Y el misterio del mar la playa toca
del sol que expira a los postreros lampos,
y extraños seres con presteza loca
recorren del indígena los campos.

Huyendo va la grey sin rumbo cierto,
huyendo va por riscos y montañas;
mudo está el valle y el *caney* desierto,
el silencio domina en las cabañas.

Sólo a distancias la compacta nube
del humo que se escapa serpenteando,
nuncio de alarma por el éter sube
el terror a los ámbitos llevando.

V

De sus montañas gigantes
refugiado en la espesura,
horas de mortal pavora
ve el indígena pasar.
Y aquellos seres extraños
que el mar arrojó a su suelo,
mira en continuo desvelo
por sus campiñas cruzar.

Venciendo el terror al cabo
mueve la tímida planta
y medroso se adelanta
y observa con avidez
al huésped desconocido,
que con semblante risueño
parece mostrar empeño
de aproximarse a su vez.

Raros dones que la vista
cautivan del pobre indiano,
el huésped le brinda ufano
con cariñoso ademán.
Y él, incauto, los recibe
lleno de gozo inocente,
y en cambio rico presente
le vuelve con grato afán.

Y tornan a sus cabañas
las tribus que fugitivas
en las montañas altivas
se ocultaron con pavor.
Y renace la alegría,
y el indígena sonriendo
va sus campos recorriendo
con inocente candor.

VI

Todo es fiesta y paz y amores,
todo júbilo y placer,
y cantares, danzas, juegos
de sin par esplendidez,
en los fértiles dominios
del *cacique de Marién*.

Alma débil, indolente,
que del fuerte la altivez
no comprende ni conoce;
y del huésped en la sien
su corona deposita
con ingenua candidez.

En las vírgenes montañas
de su espléndido vergel,
brilla el oro codiciado
que recoge por doquier,
y del pérfido *arijuna*
pone siempre ante los pies.

Le festeja alborozado,
le recibe en su *caney*,
mutua alianza, firme apoyo
y perenne amistad fiel,
en festines se prometen
con vivísimo interés.

De su jefe sigue incauta
la familia de *Marién*
el ejemplo que la guía
por la senda que después
al abismo y a la muerte
llevará la indiana grey.

Y la dicha y el contento
se disputan a la vez,
de brindarle sus favores,
y los frutos de su edén,
y las aves de sus selvas,
a los hijos del *Turey*.

¡Ay del indio que en su seno
generoso, sin doblez,
a la víbora da abrigo,
y promete ciega fe
al tirano que le halaga,
que le tiende infame red!

Deslumbrado el *arijuna*
en sus sueños entrevé
los riquísimos tesoros
que codicia su avidez,
y fijar su asiento quiere
de esa tribu en el edén.

Y el cacique, enajenado,
que amistad le brinda fiel,
entre vítores alegres
levantar ufano ve,
la temible fortaleza,
vil insulto a su poder.

Poderoso es el aliado,
poderoso y fuerte es,
que a sus órdenes el rayo
va con pronta rapidez
difundiendo estrago fiero,
muerte y ruina por doquier.

¡Ay del bárbaro *caribe*,
si con saña adusta y cruel,
pretendiere nueva guerra,
nuevos crímenes traer
a los fértiles dominios
del *cacique de Marién!*

Así sueña embelesado
y no alcanza, iluso, a ver
el *cacique* de alma débil,
siervo ya de extraño rey,
que las nubes se amontonan,
que se extingue su poder.

VII

De gallardo continente,
firme la mirada audaz,
de alma grande, belicoso
y resuelto el ademán,
altiva la frente adusta
do brillan con majestad
plumas de vivos matices
que el aura mueve al pasar,
Caonabo, el *cacique* fuerte
de la *Maguana* feraz,
manda una tribu soberbia
batalladora sin par,
celosa de sus derechos,
que no trocará jamás
por las grandezas más altas
que el mundo puede brindar,
las encantadas regiones
de su agreste libertad.
En ese pensil risueño
do mora la raza audaz,
por montes, valles y cumbres

la nueva cruzando va,
de que en la margen lejana
que fecunda el *Garavuy*,
habitan extraños seres
guerreros de blanca faz,
que el cacique de esas tierras
halaga con vivo afán,
y venera cual enviados
que el *Turey* manda a su hogar;
que viven como *caciques*
y a nadie tributo dan,
y su poder entronizan
con ruda saña fatal,
y el oro del indio abarcan
y atropellan sin piedad
a la virgen inocente
de candoroso mirar,
y a la esposa fiel, modelo
de virtud y castidad.
Así por valles y cumbres
la nueva cruzando va,
y arde ya en ira la tribu
de la *Maguana* feraz.

Caonabo atento, sombrío,
parece firme aguardar
no sé qué siniestro acaso,
no sé qué anuncio fatal,
y silencioso, terrible,
mira las horas pasar.
De súbito en sus montañas
de imponente majestad,
aparecer mira un día
al huésped del *Garavuy*,
que en busca de los tesoros
ocultos del indio va.
No es la cólera del rayo
a la de Caonabo igual,
que irresistible, tremendo,
sin compasión ni piedad,

con ruda muerte al intruso
 hace su crimen expiar.
 Luego los campos recorre
 de la opulenta *Maguá*
 donde Guarionex valiente
 su tribu gobierna en paz,
 y el espíritu guerrero
 hace en su pecho inflamar,
 convocándole a una lucha
 de muerte o de libertad.

VIII

Ya por las selvas y las montañas
 retumba el eco del caracol
 que a los combates y a la victoria
 llama a los indios con ronca voz.
 De guerra el himno cruza en el viento,
 enciende el pecho bélico ardor,
 agudas flechas llenan la aljaba,
 templado el arco relumbra al sol.

Y de la cumbre bajan al valle,
 como pujante recio huracán,
 falanges indias que a la contienda
 Caonabo el fiero conduce audaz.
 Ya descendiendo la noche viene,
 y entre sus sombras envueltos van
 a las regiones que fertilizan
 las ricas ondas del *Garavuary*.

Que allí dormita soñando aleve
 traiciones viles, crímenes mil,
 el *arijuna* que al indio altivo
 con yugo artero quiere oprimir.
 Reina el silencio cabe las chozas
 del *marienense* pueblo infeliz,
 cuando en la calma clamor siniestro
 súbito llena todo el confín.

Como en la selva sembrando estrago
ruge del trópico el vendaval,
así Caonabo, pujante y fiero,
sobre el contrario se arroja ya.
Gritos de muerte cruzan los aires,
cercan los indios la *Navidad*,
ardientes llamas al cielo suben,
todo es horrores, ruina mortal.

Entre el incendio desatentado
corre el intruso dominador,
pero le cercan flechas agudas
que van certeras al corazón.
Yace expirando la extraña turba,
reina el espanto desolador
donde contento soñaba iluso
triumfos y amores el español.

La tribu incauta y alucinada
que en sus confines guarda *Marién*,
con su *cacique* vuela al socorro
del torpe aliado de alma sin fe.
Pero sus huestes Caonabo cierra,
fiero arremete contra la grey,
que en pronta fuga, de espanto llena,
despavorida corre en tropel.

Solo el *cacique* frente a Caonabo
viene arrostrando su ira fatal,
y el de *Maguana* jefe valiente
por tierra herido le hace rodar.
Mientras ardiendo crujen las chozas
de las orillas del *Garavuary*,
y entre siniestro fulgor de llamas
envuelta queda la *Navidad*.

IX

Ufano de su victoria
de *Maguana* el héroe va,

y el indio cruza las selvas
cantando su libertad.
Del undoso *Guayayuco*
traspasa el límite ya,
y sus dominios saluda
en donde todo al pasar,
los valles y las montañas,
el bosque, el ave, el raudal,
parece que enajenados
mil parabienes le dan.
Cruzando montes y montes
llega por fin al hogar
donde el amor y la gloria
le esperan con ansiedad.
Los ancianos de la tribu
del héroe al encuentro van,
y le tributan honores,
y al suelo inclinan la faz,
y le conducen en coro
con regia pompa triunfal.
Luego radiante de gozo,
de belleza y majestad,
Anacaona la reina,
la digna esposa leal,
viene entre vírgenes bellas
que en ágil *diumba* fugaz,
del *magüey* sonoro al eco
y a los sones del timbal,
a recibir al *cacique*
salen con plácido afán,
moviendo palmas y plumas,
perfumándole al pasar,
y cantando con voz dulce,
en armonioso compás,
el *areito* en que su reina,
noble cantora sin par,
de Caonabo el alto triunfo
de la fama al viento da.
Todo es júbilo y contento,
todo regocijo y paz:

el indio a sus danzas vuelve
libre de angustia y pesar,
y eterna su dicha juzga,
y eterna su libertad;
y Anacaona en los brazos
de Caonabo en tierno afán,
soñando amores suspira,
soñando felicidad.

X

Cual ráfaga ligera se deshace
presto del triunfo la ilusión querida,
y azares rudos y peligros nuevos
la libertad amagan del indígena.
Que si en las llamas que a *Marién* cubrieron
el invasor audaz quedó sin vida,
allá en los campos de *Maguá* feraces
que innúmeras corrientes fertilizan,
do el *Guabamino* en los azules mares
el caudal de sus aguas deposita,
y entrelazan sus ramos vigorosos
árboles mil de producciones ricas,
nuevas hordas famélicas levantan,
armadas de ambición y de codicia,
sólidos muros que la indiana raza
en vano derribar intentaría.
De allí por las comarcas dilatadas
cual torrente veloz se precipitan,
y las selvas cruzando y las llanuras,
difundiendo el espanto en las campiñas,
a los dominios de Caonabo llegan
y en sus montañas con audacia fijan
baluarte firme de imponente aspecto
que al héroe de *Maguana* desafía,
de Niti en los confines apartados
Caonabo en tanto nuevo plan medita,
y envuelto entre las sombras de la noche

al enemigo sin cesar vigila,
y apresta sus legiones al combate,
y a la lucha los ánimos concita;
mientras inquieto el español osado
pasa las horas en tenaz vigilia,
y dispuesto a la lid porque temiendo
del *cacique* indomable está las iras,
y un medio busca sin que hallarlo pueda
de arrebatarle libertad y vida.

XI

De guerra sediento, de muerte y venganza,
sus tribus convoca, se apresta a la lid,
recorre los campos e intrépido avanza
resuelto el indiano gigante adalid.

Ya toca el baluarte que guarda altanera
la hueste arrogante del rudo invasor,
y el firme aparato, la fuerza guerrera
duplican del héroe tenaz el valor.

Se empeña el combate teroz, temerario,
los ecos de muerte repite el confín,
y allá entre las filas del bando contrario
los aires asorda de guerra el clarín.

El rayo que brota del cóncavo seno
del bronce temido con ruido fatal,
desciende iracundo llevando en su trueno
del indio a las huestes estrago mortal.

Empero, Caonabo renueva el aliento,
que al rayo no teme, ni teme morir;
infunde a los suyos heroico ardimiento
y audaz se le mira feroz combatir.

Y parten del arco las flechas agudas,
redoblan los ecos de muerte el clamor,

resisten de Iberia las huestes sañudas,
y el indio batalla con firme valor.

Combate el hispano que fiero pretende
al yugo una raza benéfica uncir;
mas ¡ay! que el indígena altivo defiende
su choza, sus selvas, su libre existir.

Y larga, reñida, la lucha sangrienta
prolonga sus horas de horror y de afán,
y a eterno exterminio con saña violenta
las huestes a un tiempo parece que van.

De entrambas legiones ninguna allí ceja,
tapizan el suelo cadáveres mil.
y cruza en el viento tristísima queja,
y campo es de horrores del indio el pensil.

XII

Enfrente del baluarte
Caonabo noche y día
espera que el contrario
cediendo a la fatiga,
sin agua ni alimento,
postrado al fin se rinda.
Y ataques mil sostiene,
y en torno suyo mira
la flor de sus guerreros
diezmada y abatida.
Empero nada logra
que de su afán desista,
que ya por treinta veces
del son la lumbre vívida
apareció rasgando
la oscuridad sombría,
y el héroe de *Maguana*
impávido vigila

y asedia en el baluarte
las fuerzas enemigas.
Pero las hordas crueles
invaden las vecinas
comarcas, devastando
la tierra del indígena,
y luchan por doquiera
las tribus decididas
que en múltiples contiendas
sus fuerzas aniquilan,
y el héroe de *Maguana*
detiéndose y medita.
Reunir piensa las tribus
en formidable liga,
donde el poder se estelle
de la falange inicua.
Entonces del baluarte
su heroica grey retira,
yendo con implacable
reconcentrada ira,
a preparar en calma
la lucha decisiva
que librá de horrores
la tierra del indígena.

XIII

Desciende a las llanuras
y subiendo las montañas,
por estrechos laberintos
y por breñas intrincadas,
recorriendo va los campos
el *cacique de Maguana*.
Y el penacho de sus sienas
que sacude inquieta el aura,
y el siniestro centelleo
de sus ojos, y su planta
que tocar parece apenas

el sendero por do avanza,
le asemejan al espíritu
de la sombra y la borrasca.
Allá va salvando ocultos
precipicios y barrancas,
con las nubes en la frente,
con la cólera en el alma.
Las provincias todas cruza,
llega a todas las cabañas,
y *nitainos* y *caciques*
que el común peligro amaga,
a su voz el arco templan
y a la lucha se preparan.
Sólo allá el *cacique* débil
que en *Marién* su tribu incauta
da en obsequio vergonzoso
al tirano de su raza,
a la liga salvadora
negar osa con audacia
la acogida que merece
y el apoyo que reclama.
Y temiendo el fiero enojo
del *cacique de Maguana*,
que en su cólera tremenda
ya le estrecha y amenaza,
vuela al sitio donde tiene
Guamiquina su morada,
y le expone con lamentos
de Caonabo la acechanza:
—Oye, dice, desde el día
que llegaste a mis playas,
te dí asilo generoso
y amistad te brindé franca;
desde entonces me persigue
asolando mis comarcas,
y amagando hasta mi vida,
el *cacique de Muguana*.
Mis campiñas en desorden,
y mis chozas incendiadas,
tus soldados valerosos

que morir vi yo en las llamas,
 lo terrible van diciendo
 de su cólera inhumana.
 Hoy con todos los *caciques*
 una guerra oculta trama,
 para dar muerte a los tuyos
 y extinguir toda tu raza.
 Yo, mi apoyo negué firme,
 y Caonabo me amenaza
 con la ruina y exterminio
 de mi tribu y mis comarcas.
 Mi poder y mis guerrerós
 a poner vengo a tus plantas;
Guamiquina, mis dominios
 y mi vida y mi grey salva.

XIV

Allá en la fortaleza
Santo Tomás que se levanta altiva
 de *Maguana* en las plácidas regiones,
 y Caonabo asedió con sus legiones
 de indómita entereza;
 de vigilancia activa
 y táctica feroz señales dando,
 gobierna inquieto con severo mando,
 Ojeda, el español, de alma de acero,
 fanático profundo,
 audaz y afortunado aventurero,
 en ardidés diabólicos fecundo.
 Allá en su fantasía
 revuelve planes el astuto ibero
 y con creciente pertinaz porfía
 decide un medio original, extraño,
 con que al *cacique* intrépido seduzca,
 y muerto o prisionero,
 víctima triste de fatal engaño,
 a impotencia perpetua lo reduzca:

que nunca frente a frente
en lucha franca y en abierta lidia
vencer lograra al adalid valiente;
y sólo preparando
los lazos que le presta la perfidia,
el triunfo puede acariciar soñando.
Con número escogido
de los guerreros que a su mando tiene,
sin que la voz en su interior resuene
de la conciencia airada,
Ojeda se adelanta decidido
del *cacique* indomable a la morada;
que siempre imperturbable
llevando el arco en la guerrera diestra,
en medio de su tribu formidable
pronto a la lid intrépido se muestra.
Mensajero de paz, así se nombra
Ojeda del *cacique* en la presencia,
y Caonabo, si bien con ceño adusto,
le escucha con cortés benevolencia.
El infame español su encono injusto
recata con traidora alevosía,
y le habla de amistad, de mutua alianza,
y ensalza de sus reyes la hidalguía,
y le insta a deponer toda venganza.
Meditabundo y silencioso mira
Caonabo al jefe de la turba extraña,
y lo deja un instante y se retira,
y lento se dirige a su cabaña.

XV

Un *areito* dulce y blando
modulando
con ternura maternal,
se encuentra la soberana
de *Maguana*,
la esposa tierna y leal.

Y una *hamaca* suave, leve,
lenta mueve
con dulcísimo rumor,
donde duerme sosegada
la adorada
hija bella de su amor.

Melancólico es su acento
que del viento
perdido en las alas va,
como una queja del alma
que sin calma
llorando penas está.

Suspende a veces el canto,
entre tanto
que atiende con ansias mil
si algún desacorde ruido
a su oído
la brisa lleva sutil.

De la selva los murmullos,
los arrullos
de las aves del palmar,
el susurro de las hojas,
las congojas
acrecientan del pesar.

¡Pobre reina sin ventura!
¡Qué amargura!
¡Qué continuo sinsabor!
Ya no ensaya la cantora,
triste ahora,
sino *areitos* de dolor.

A los ecos del combate
fiero late
de Caonabo el corazón,
y tomando el arco fuerte
guerra a muerte
va jurando a la opresión.

Pero, luego a su *bohío*
más sombrío
pensativo ha de volver,
pues sus selvas y montañas
las extrañas
gentes pueblan por doquier.

Y a la reina Anacaona
no abandona
presentimiento fatal,
que tiene su pecho amante
en constante
zozobra fiera y mortal.

Sobre la niña dormida,
conmovida
tiende mirada de amor;
y lentamente murmura
con ternura
su cántico arrullador:

“Duerme, inocente tórtola
del nido de mi amor,
que con *areito* lánguido
te arrullo amante yo.
Duerme a los ecos suaves
de fuentes y de aves,
¡oh! de mi selva indígena
la más hermosa flor.

“Duerme, que si fatídica
la nube apareció,
y amenazante escúchase
del huracán la voz;
te vela mi ternura,
que de tu frente pura
sabrás apartar la cólera
del rayo abrasador.”

XVI

Mas, Caonabo de improviso
 con su tribu de leales,
 aparece en los umbrales
 de su *eracra de yarey*.
 Preocupado el aire trae,
 y a la bella soberana
 el *cacique de Maguana*
 así dice ante su grey:

—Con las flechas más agudas
 que tu mano ayer labraba,
 quiero al punto que mi aljaba
 pronta esté, voy a partir.
 Voy allá donde sus aguas
 raudo tiende el *Guabamino*
 a fijar nuestro destino,
 o cual libre allí morir.

De mis bravos puesto al frente
 me presento al enemigo,
 y cubiertos al abrigo
 de la selva secular,
 hablaré con *Guamiquina*,
 le diré que aquí en mi suelo
 soy *cacique*, y sólo anhelo
 mis vasallos gobernar.

Le diré que si aquí vino
 por fatal suerte contraria,
 y esta tierra hospitalaria
 grato asilo le ofreció;
 y si el indio generoso
 sus tesoros y sus grutas,
 y sus aves y sus frutas
 complaciente le brindó;

hace mal cuando permite
 que al indígena maltrate

y sus bienes le arrebate
la vil turba en el hogar;
y haré luego que me jure,
bajo el cedro de la sierra,
del indígena la tierra
y la vida respetar.

—¡Ay Caonabo! tus palabras
más agudas que las flechas
a mi seno van derechas
destrozando el corazón.
¿Dónde vas? ¿Por qué así dejas
de tus bosques el amparo
y te lanzas sin reparo
a buscar tu perdición?

¡Ay de la hija que en mi seno
de tu amor ufana un día
fiel llevé con alegría
contemplando el porvenir!
Quedará huérfana, triste,
sin defensa, sin apoyo,
porque tú, como el arroyo,
corres, corres a morir...

—¡Oh! no temas, de mi tribu
los valientes indomables
me acompañan, formidables,
de esos bosques al través.
Y ¡ay del pérfido *arijuna*
si al *cacique* de *Maguana*
blanco acaso de ira insana
pretendiere hacer después!

Guamiquina mi ira teme,
ya conoce a mis guerreros,
y de paz los mensajeros
en mi busca aquí mandó.
¡Oh! no temas que Caonabo
sus derechos sacrifique;

no me humillo, soy *cacique*:
cual *cacique* hablaré yo.

Volveré pronto a mis bosques,
volveré salvo a tus brazos,
rotos ya los torpes lazos
de dominio tan audaz.
Nuevo *areito* ya prepara
cariñosa, y cuando vuelva
que a los ecos de la selva
dés el himno de la paz.

Como flor que sobre el tallo
se doblega tristemente,
así pálida la frente
la princesa reclinó
en el seno del *cacique*
palpitante y conmovida,
y —“el *Zemí* guarde tu vida!...
ve, Caonabo”. —suspiró.

Él la estrecha cariñoso
sus temores acallando,
y la aljaba sujetando
al vistoso cinto real;
de su hija en la alba frente
con un beso deposita
la efusión más infinita
del afecto paternal.

Denodado al campo luego
se dirige con premura,
y del bosque en la espesura
con sus bravos se perdió;
y resuelto y firme el paso
con serena faz gallarda,
ante Ojeda que le aguarda
majestuoso apareció.

XVII

—Ya que pides la paz, y a mis bosques
Guamiquina te envió, mensajero,
que hoy a verlo me lleves espero—
dice altivo con noble ademán.
Numeroso el ejército indiano
desplegarse en contorno ve Ojeda,
y suspenso y atónito queda
porque mira deshecho su plan.

—Si un tratado de paz y de alianza
Guamiquina a sellar os convida,
¿por qué os sigue la hueste reunida
cual si fuérais al campo a refír?—
Así dice el ibero encubriendo
de su pérfido espíritu el dolo,
—al hogar devolvedlos, y solo
bien podéis cual amigo venir.—

Imponente el *cacique* se yergue
respondiendo en orgullo encendido:
—Nunca así, como esclavo rendido
Guamiquina a Caonabo verá.
De *Maguana* el *cacique* potente,
el *señor* opulento del oro,²
de su nombre guardando el decoro
con sus fieles guerreros irá.—

Inclinándose emprende la ruta,
lento Ojeda que lívido calla,
y en afán intranquilo batalla
meditando la grey alejar.
Presto un rayo de gozo en su frente
con satánico brillo fulgura,
y del *Yaque* que blanco murmura
en la orilla fingió descansar.

2. Significado del nombre de Caonabo. (Ver not. ed. 1880, pág. 152.)

Allí entonces sagaz, lisonjero,
 toma un juego de férreos anillos,
 que del indio a los ojos sencillos,
 resplandecen con luces del sol.
 Y a Caonabo cual rico presente
 que Colón generoso le envía,
 como prenda de paz e hidalguía
 los ofrece el aleve español.

—¿Pero dónde —el *cacique* pregunta—,
Guamiquina se ciñe este adorno?
 —De las manos y pies en contorno
 para dar más grandeza al poder.
 Y pues vais a sellar decidido
 un tratado solemne de alianza,
 al usarla, más alta confianza
 os pudiera esta insignia valer.

Cede al fin el *cacique* inexperto
 y al perjuro tendiendo las manos,
 prisionero en los hierros tiranos
 sin que advierta el engaño quedó.
 Y la oferta aceptando que astuto
 le propone alevoso y artero,
 en el brioso alazán del ibero
 colocarse un instante dejó.

Asombrada la grey de *Maguana*
 que el misterio fatídico ignora,
 mira absorta la insignia traidora
 y en el bruto a Caonabo el audaz.
 En el bruto de Ojeda que airoso
 doble carga consigo llevando,
 va con giros inciertos dejando
 la corriente del *Yaque* fugaz.

Luego, dando las crines al viento
 el soberbio alazán impelido
 se abalanza a galope tendido
 conduciendo en su fuga a los dos.

Y obediente la turba villana
ya cumplido su sueño mirando,
los corceles también aguijando
de su jefe corriendo va en pos'

XVIII

Gritos de rabia y espanto
que repercuten los ecos,
voces de angustia profunda,
rudos clamores siniestros,
lanza el indígena airado
que al *cacique* prisionero
entre la turba traidora
mira perderse a lo lejos.
De pronto una voz altiva:
dominando el clamoreo,
se eleva el grito arrojando
de guerra y venganza al viento,
y ¡guerra! ¡guerra y venganza!
van las selvas repitiendo...
Es el invicto caudillo
Maniocatex el soberbio,
que ya la tribu conduce
por montes, valles y cerros
a libertar al *cacique*,
o perecer defendiéndolo.
Mas ¡ay! que es vano su arrojo,
que es inútil su denuedo,
que en derredor del baluarte
Santo Tomás combatiendo,
la tribu pierde por grados
vigor y vida y esfuerzo;
en tanto que Ojeda salva
las distancias satisfecho,
y a la *Isabela* arrogante
lleva en triunfo al prisionero.

Grande, altivo, desdeñoso,
y cargado con los hierros
que aceptó en menguada hora
de paz cual presente regio,
el *cacique de Maguana*,
sin abatirse un momento,
a la prisión conducido
llega con rostro sereno.
Allí Colón le interroga,
y allí el *cacique* de nuevo
sus protestas de venganza,
de guerra a muerte al ibero,
reitera con voz segura,
con firme y heroico acento:
—Yo soy, dice, de tu raza
el enemigo más fiero;
el que allá con sus legiones
fue de *Marién* al extremo,
y el hogar de tus soldados
reduje a sangre y a fuego,
y herí al *cacique* tu amigo,
y exterminé tus guerreros;
yo el mismo que largos días
otro hogar sitié que haciendo
a mi poder cruel insulto
tu gente fundó en mi suelo;
yo, el que estudiando afanoso
con vivo y tenaz empeño
cada sitio en que los tuyos
levantan su odioso imperio,
les preparaba en mi ira,
buscando un seguro medio,
la venganza y el castigo,
de que en *Marién* hice ejemplo.
Ahora teme si algún día
libre a mis bosques yo vuelvo;
teme que el arco en mis manos
se mire brillar de nuevo;
que no quedará ni rastro
de tu dominio en mi suelo.

La firmeza del *cacique*
Colón admira en silencio,
tanta altivez respetando,
tanto valor y denuedo.
Pero a tan fuerte enemigo
aunque cautivo temiendo
medita a solas y ordena
vigilar al prisionero.

XIX

Por el tendido piélago
las españolas naves,
bajo el aliento plácido
de céfiros suäves,
gallardas y altaneras
cruzando van ligeras,
mientras se esconde pálido
en el ocaso el sol.
Y allí va el genio bélico
del suelo *quisqueyano*,
el defensor intrépido
del oprimido indiano,
que sin piedad alguna
triunfante en su fortuna
de su pensil bellissimo
arranca el español.

Sereno va el indómito
cacique de Maguana,
aunque en sus ojos mírase
de oculta pena insana
irradiación funesta
que a su semblante presta
no sé qué aire tristísimo
que oprime el corazón.
Entre cadenas férreas
sin compasión opreso,

con vencedor espíritu
al grave y rudo peso
la frente altiva yergue,
y allá en el patrio albergue
la audaz mirada fíjase
salvando la extensión.

Las bulliciosas ráfagas
de su región querida
parecen darle el ósculo
de eterna despedida,
en torno de su frente
girando blandamente,
rumores mil llevándole
de su perdido edén;
y en el confín divísanse
perdidas a lo lejos,
las imponentes cúspides
alzarse a los reflejos
que el moribundo día
al expirar envía
con brillo melancólico
ciñéndoles la sien.

Allá por siempre quédanse
las frescas enramadas,
los llanos extensísimos,
las palmas levantadas
cuyo penacho verde,
que ya de vista pierde,
Caonabo ve agitándose
por la postrera vez.
Y a su memoria agrúpanse
en tormentoso juego,
las mil y mil imágenes
de dicha y de sosiego,
que del hogar amigo
al cariñoso abrigo
propicias halagándole
miró con embriaguez.

Allí a la sombra plácida
de vírgenes florestas,
enajenado el ánimo,
las diumbas y las fiestas
vio que la grey ufana
de su gentil *Maguana*
cual homenaje espléndido
le daba en dulce afán.
Allí en *areitos* fáciles
la bella Anacaona,
cantó con eco férvido
la fama que pregona
por selvas y montañas
las ínclitas hazañas
que a su valor intrépido
renombre eterno dan.

Y pasan por su espíritu
flotantes y ligeras,
aquellas horas cándidas
de dichas lisonjeras,
en que soñando amores,
de plumas y de flores
corona fragantísima
su esposa le ciñó.
Y las caricias múltiples
de su ternura amante,
y tantos goces íntimos
de aquel hogar distante;
y el armonioso coro
dulcísimo y sonoro
del bosque, que gratísimo
sus sueños arrulló.

Del tronco de los árboles
su *hamaca* vaporosa
allí colgó a los hálitos
del aura rumorosa,
y del reposo blando
las horas deleitando

la tribu improvisábale
el rústico *batey*;
y del *zemí* benéfico
en el altar sagrado
depuso las riquísimas
ofrendas, prosternado,
que el dios grato acogía,
hasta que en triste día
la predicción fatídica
temblando oyó la grey.

Y todo en giro rápido
se agolpa en su memoria,
y mientras va las páginas
volviendo de su historia,
ya triste el sol desmaya,
y en la indecisa rava
del horizonte trémulo
Quisqueya se ocultó...
Entonces una lágrima
del alma desprendida
a su pupila asómase
y brilla suspendida,
y luego lentamente
tristísima y ardiente
por la mejilla pálida
del héroe descendió.

Cruzando van el piélago
las naves españolas,
y la mirada lánguida
en las movibles olas
fija el *cacique* lleva,
como si alguna nueva
de angustias encargárale
llevar a su mansión.
Allá donde amantísima
su esposa fiel le llora,
donde su tribu innúmera,

tenaz, batalladora,
desesperada lidia
vengando la perfidia
del invasor inicuo
de infame corazón.

Y van pasando alígeras
las horas tras las horas,
y el prisionero mísero
tras rápidas auroras,
de penas angustiado,
soberbio, encadenado,
siente extinguirse el hábito
que anima su existir.
Inerte a la luz pálida
del alba que amanece,
yerto el cadáver lívido
del mártir aparece;
y aun carga las cadenas
que tan horribles penas
costáronle fatídicas,
llevándole a morir.

Así parece inánime
el héroe de *Maguana*,
el enemigo acérrimo
de la invasión hispana,
el lidiador valiente
que de su hogar ausente,
de torpe engaño víctima,
su espíritu rindió.
Con un murmullo fúnebre
las olas se entreabrieron,
y en sus profundos ámbitos
el cuerpo recibieron,
y el sol desde su cumbre
con amorosa lumbre
sobre esa tumba líquida
sus rayos extendió.

XX

Bohechío, el *cacique grande*³
de Jaragua soberano,
 el *Nestor del pueblo indiano*⁴
 de años cargado y de afán,
 en *Quisqueya* es venerado
 de un extremo al otro extremo,
 como el monarca supremo,
 a quien fiel respeto dan.

El buen anciano intranquilo
 en su provincia lejana
 supo de la raza hispana
 la súbita aparición;
 y alguna vez con los suyos
 al campo fue de la guerra
 para defender su tierra
 contra la extraña invasión.

En sus dominios extensos
 nunca su planta posaron
 los intrusos que llegaron
 con sus crímenes por ley;
 pero los ecos del bosque
 llevaron a sus oídos,
 los ayes y los gemidos
 de la aborígene grey.

Vio que unas tribus errantes
 por las montañas huían,
 mientras otras combatían
 por la dulce libertad,
 y el *arijuna* engreído
 soberbios muros alzando
 y al indiano esclavizando
 con frenética impiedad.

3. Significado del nombre de Bohechío. (Ver not. ed. 1880, pág. 164.)

4. Nombre que dieron a Bohechío los españoles. (Ver not. ed. y pág. cits.)

Y el primero fue que ardiendo
en sed de justa venganza,
hizo con Caonabo alianza
y a la lucha se prestó,
y de *Marién* al *cacique*,
vendido a la turba extraña,
en su patriótica saña
cruda guerra declaró.

Cuando supo en sus comarcas
que al *cacique* de *Maguana*
de infame traición villana
víctima hizo el invasor,
convocando a los caudillos
de las tribus no vendidas,
dio batallas repetidas
combatiendo con valor.

Las huestes dominadoras
entre crímenes y espanto
por doquiera van en tanto
difundiendo su poder.
Y al retirarse Bohechío
a su provincia querida,
caros resuelve su vida
y sus dominios vender.

Pero no, que todavía
los extraños invasores
aquella región de flores
tranquila dejan vivir.
Y no han ido, de su tribu,
devastando los hogares,
de otro culto los altares
en sus campos a erigir.

XXI

En desconsuelo, con faz llorosa
y opresa el alma por penas duras,

va de *Jaragua* por las llanuras
 la de *Maguana* reina infeliz.
 Contra su seno trémula estrecha
 cándida niña de rostro bello,
 que el adorado materno cuello
 con dulce brazo ciñe infantil.

Llega a la *eracra* donde reside
 Bohechío el *cacique*, su noble hermano,
 y el venerable, sensible anciano
 le abre sus brazos con efusión.
 —¿Qué nueva angustia tu llanto mueve?
 Triste el semblante, dice Bohechío.
 —¿Por qué así llegas a mi *bohío*?
 Dí, ¿qué motiva tanto dolor?

—¡Caonabo! —exclama la indiana reina
 y entre sollozos queda su acento;
 luego recobra calma y aliento
 y más serena prosigue así:
 preso Caonabo, llorando a solas
 pasé las noches, pasé los días;
 pero calmaba mis agonías
 grata esperanza de verle al fin.

Mas en su fuerte *grande canoa*⁵
 cruzó los mares el *arijuna*,
 y mi Caonabo fue sin fortuna
 llevado lejos a otra región.
 Corrí a la playa, del mar desierto
 miré tendidas las aguas solas,
 y al verme alzaron tristes las olas
 hondo murmullo sollozador.

Crucé las selvas y las montañas,
 y ven, ¡Caonabo! ¡ven! —repetía—
 y sólo el eco me respondía
 cual yo gimiendo: ¡Caonabo, ven!

5. Así llamaba Anacaona a las naves españolas. (Ver not. ed. 1880, pág. 167.)

Desesperada llegué a la gruta
y ante el sagrado *zemí* rendida,
que de Caonabo sobre la vida
velara siempre le supliqué.

Gimió la selva, gimió la brisa,
las aves todas también gimieron,
y esos gemidos de muerte fueron
cual de las tumbas el *yaraví*.
Luego una sombra pasó ligera
dando a los aires triste lamento,
como el de un alma que en desaliento
por sus montañas clama al morir.

Allá distante, lejos, muy lejos,
murió Caonabo, sí, que no miente
ni de la selva la voz doliente,
ni el triste anuncio del corazón.
¡Ay! desde entonces como las hojas
que va empujando tormenta ruda,
cruzo los campos, y sola, y viuda,
mi desventura llorando voy.

En honda gruta que con su sombra
cubren *mameyes*, cedros y palmas,
la silenciosa paz de las almas
¡cuántos *caciques* durmiendo están!
Pero Caonabo no ve extenderse
sombra de palmas sobre su tumba,
y va en el viento que triste zumba
para su sueño pidiendo paz...

XXII

Calló la indiana reina, y el anciano
levantándose al punto de su asiento,
—¡guerra sin tregua al invasor tirano!—
clamó indignado con robusto acento.

¡Dadme la fuerte clava del guerrero,
al combate volemós, y seguros
ahoguemos en su sangre al extranjero,
y caigan con estrépitos sus muros!..

—Tu empeño es vano, de Caonabo mira
el destino fatal, la suerte insana;
traidora muerte le valió su ira—
le responde la reina de *Maguana*.

Si el *Turey* en su cólera potente
sobre la indiana tribu el rayo envía,
¿podrá el esfuerzo de tu grey valiente
de la lucha vencer en la porfía?

Airado está el *zemí*; llevemos flores
a la sagrada gruta, y humillados,
tributo de expiación, tantos dolores
allí le ofreceremos resignados.

No traigo un pensamiento de venganza
en medio de mi afán y mi amargura;
pidamos al *Turey* una esperanza,
una promesa de perdón segura.

—Aplazaré el combate —le responde
con voz de pena el venerable anciano—
pero si altivo, a los dominios donde
se extiende mi poder, llega el tirano,

¿quieres que el libre indiferente mire
talar sus campos, arrancar sus frutos,
y esclavo triste sin hogar suspire
y al *arijuna* dé ricos tributos?

—No, que si amigos a su encuentro vamos
y la paz le ofrecemos sin rencores,
el poder y la vida conservamos
y alzarse no podrán como señores.

—Quiera el *Turey* benéfico, propicio,
tus votos acoger, Anacaona;
mas temo que te lleve al sacrificio
esa amistad que tu candor abona.

Quédate en mis dominios; de ira armado
tus comarcas invade el *arijuna*
que aún respeta mi hogar, y aquí a mi lado
reposito encontrarás, si no fortuna.

Como roble que el tiempo ha carcomido
mi cuerpo ya se inclina hacia la tierra:
tú heredarás mi suelo no vencido;
tal vez tú puedas conjurar la guerra.

XXIII

Cada vez más engreído
el español sin conciencia
con crímenes y con sangre
su vasto imperio cimenta.
Ya todos los *cacicazgos*
por la astucia o por la fuerza,
va sometiendo a su yugo
con arrogante soberbia.
Marién, la comarca aliada,
la que amiga le acogiera,
de un tributo vergonzoso
la enorme carga sustenta,
sin que los méritos valgan
de su acogida sincera.
Y en la provincia vencida
de *Maguana* la opulenta,
por más que aún luchan sus tribus
la libertad ya no encuentran.
Guarionex, cacique noble
en que *Maguá* su grey gobierna,
del español deslumbrado

con las falaces promesas,
de paz tributo le brinda
y generoso le obsequia,
y hasta de la fe cristiana
el Dios a adorar empieza.
Iguayagua abre el tesoro
de sus auríferas venas,
para saciar la codicia
de la ambición extranjera.
Y las tribus sorprendidas,
unas luchando soberbias,
otras creyendo sumisas
hallar paz en la obediencia,
otras huyendo al peligro
por las montañas y selvas,
todas al *zemí* levantan
sus plegarias lastimeras;
y al *arijuna* preguntan
que cuándo volverse intenta
para su patria distante
dejando libre a *Quisqueya*.
Sólo *Jaragua* la hermosa
que en dos mares se contempla
la señora de los lagos,
la de encantadas praderas,
lejos del común contagio
sus libertades conserva.
Pero de súbito se oye
cruzar con eco de guerra
del caracol el sonido
que ya a la tribu despierta;
y el venerable Bohechío
colocado a la cabeza
de su falange de bravos
la conduce a la pelea.
Es que invade el *arijuna*
ya sus comarcas extensas
con estruendo pavoroso
de atambores y trompetas,
y a morir como los libres

su grey. El *cacique* lleva.
Cruzando llanos y cumbres,
por intrincadas veredas,
al frente del enemigo
por fin la tribu se encuentra,
pero las huestes extrañas
no dan señal de refriega.
Entonces el buen *cacique*
al jefe extranjero llega,
y asombrado le pregunta:
—¿qué buscas aquí en mis selvas?
Activo el Adelantado,
que de Colón en la ausencia
del mando de la colonia
tiene a su cargo las riendas,
y la región de *Jaragua*
someter sin lucha anhela,
así al anciano Bohechío
dice con voz lisonjera:
—Vengo en paz a tus dominios
para visitar tus tierras,
y contigo algunos días
pasar en unión estrecha.
—Bienvenido a mis comarcas,
bienvenido el huésped sea;
responde el *cacique* anciano
que sus legiones dispersa.

XXIV

Los rústicos sonos de indianos timbales
cruzando en el viento se escuchan doquier:
Jaragua de fiesta, sin mengua o desdoro
de su alta grandeza, su regia altivez,
al huésped que llega la paz invocando
recibe afectuosa con pompa y placer.
Los aires se llenan de músicas gratas,
se anima el espacio, resuena el *magüey*;

gentil comitiva recorre los campos
 del jefe al encuentro saliendo cortés.
 Las vírgenes bellas, sin velo mostrando
 sus talles que imitan flexible *yarey*,
 los negros cabellos flotando a las auras,
 en *diumba* ligera danzando se ven,
 y palmas y ramos que agitan al viento
 del huésped que llega rendir a los pies.
 La reina del valle, la indiana cantora,
 ceñida de flores, en alto dosel
 que ufanos conducen sus fieles vasallos,
 presenta al ibero su real parabién;
 y en dulce contento, con franco alborozo,
 conducen al huésped al regio *caney*.
 La mesa del indio con peces y frutas
 y tortas doradas cubierta se ve,
 y en ella el ibero se sacia, y apura
 del néctar de piña la dulce embriaguez
 y siguen las danzas, y siguen los juegos,
 y todo en *Jaragua* respira placer;
 tan sólo Bonechío su espíritu esfuerza
 por dar al semblante la calma del bien,
 y ahogando el supiro del pecho angustiado
 con triste sonrisa contempla su grey.
 Dos veces la aurora se alzó en el Oriente
 y el sol a su ocaso se vio descender,
 y el huésped en móvil *hamaca* tendido
 mirando las danzas, el ágil *batey*,
 las vírgenes bellas que pasan cantando,
 soñando se juzga llevado al edén.

XXV

Empero es fuerza que ya sacuda
 tan grato sueño para partir;
 fuerza es que deje con sus encantos
 la de *Jaragua* región feliz.

Pues que ya el hábil Adelantado,
en esas horas de dulce unión,
franco el objeto de su visita,
al gran *cacique* comunicó.

—Mi hermano, dijo, que en sus bajeles
desde Castilla vino hasta aquí
cruzando mares, sufriendo penas,
estas regiones por descubrir:

es el enviado de los monarcas
cuyo elevado regio poder
estas comarcas quiere que amigas
a su corona tributo den.

Yo que en su ausencia dirijo y mando
cuanto a su cargo confiado está,
vengo en su nombre para pedir
ese tributo franco y leal.

Bohechío suspenso queda un instante,
y en su memoria repasa fiel
cuántas angustias y penas cuántas
viene sufriendo la indiana grey.

—En mis montañas, luego responde,
no hay las riquezas que buscas tú,
ni en sus arenas llevan mis ríos
polvos que brillen con rica luz;

allá en las tierras de otros *caciques*
se esconde el oro con profusión,
y ellos potentes dan un tributo
que no pudiera brindarte yo.

—Si en tus montañas no brilla el oro,
de tus campiñas que asombro dan,
con los productos privilegiados
fácil tributo puedes brindar.

—Entonces parte, que si a los tuyos
 bastan los frutos y el *sarovey*,
 y si respetas mis libertades
 nunca el tributo te negaré.

XXVI

Vencido el plazo, la tribu
 de *Jaragua* habitadora,
 de su tierra productora
 con grato espontáneo afán;
 reunidos para el tributo
 tiene los frutos mejores
 y caprichosas labores
 que asombro a la vista dan.
 Y luego a la grata sombra
 de sus amenas florestas,
 con nuevas danzas y fiestas
 al huésped brinda otra vez.
 Que sólo entonces se atreven
 los extraños invasores,
 de *Jaragua* los primores
 a admirar con embriaguez.
 La vida allí sin afanes
 corre tranquila y serena;
 no impone allí su cadena
 la bárbara esclavitud.
 Libre la grey en sus bosques
 corre cazando la *iguana*,
 o la siesta pasa ufana
 en deliciosa quietud.
 Pero el anciano *cacique*
 atento observa y escucha
 los clamores de la lucha
 en el lejano confín.
 Sabe que en otras comarcas
 es el indígena esclavo,
 y recuerda de Caonabo

el triste y aciago fin.
Y en su choza suspirando
ve pasar hora tras hora,
y al rayar la nueva aurora
ya no deja su mansión.
Y no bastan los *areitos*
ni las danzas nacionales
a curar los hondos males
de su enfermo corazón.

XXVII

Con tenue murmurío
en triste sitio que la luz no dora,
bajo la sombra del ramaje umbrío,
sutil la brisa penetrando llora.

Y lloran prosternadas
sobre una tumba en lánguida querella,
gimiendo en desconsuelo, desoladas,
las vírgenes hermosas de *Quisqueya*.

Su *yaraví* doliente,
con misterioso ritmo a la memoria,
de una vida en virtudes eminente
recuerda tierno la sentida historia;

la historia bendecida
del anciano *cacique* venerable,
que vio *Jaragua* en su región florida
regir su tribu con ternura afable.

Rendido por los años
y de acerbos dolores bajo el peso,
cual señores mirando a los extraños
y esclavo al indio, en servidumbre opreso;

languideció su alma,
vio dilatarse el porvenir sombrío,

y paz buscando y perdurable calma
pidió al sepulcro su descanso frío.

Bohechío el soberano,
el *gran cacique* descendió a la tumba...
ya no respira el venerable anciano...
su nombre sólo con amor retumba.

¿Quién dictará prudente
sabios consejos a la estirpe indiana,
que en su vida pacífica, inocente,
los males nunca en precaver se afana?

¡Llorad vírgenes puras
del *cacique* inmortal la eterna ausencia,
y la brisa remonte a las alturas
de fúnebres *areitos* la cadencia!

En la mortuoria *ciba*
con indelebles signos misteriosos,
de sus virtudes la memoria viva
alentando a los pechos generosos.

XXVIII

Ya en el trono de *Jaragua*
la gentil Anacaona
sola ciñe la corona
vacilante del poder.
Sola ya dirige sabia
su dócil tribu adorada,
que al futuro va confiada
de su amor bajo la ley.

Todo es paz en los dominios
que custodia diligente,
con espíritu prudente
de concordia y de perdón
y su trato, de dulzura

majestad y gracia lleno,
es un dique al desenfreno
criminal del invasor.

En su sed devastadora
lo hunde todo el extranjero,
mas en vano busca fiero
allí paso a su crueldad.
Lleva en sí la indiana reina
dignidad tan imponente
que aun del vil la torpe frente
con respeto hace inclinar.

Al poder y fuerza y arte
de la hueste castellana,
ella opone soberana
la bondad; y así feliz
de su tribu numerosa
apartar logra la saña
que doquier lleva la extraña
horda fiera de alma ruin.

Y volando así las horas
van del tiempo presuroso
para el pueblo candoroso
de *Jaragua* en dulce paz;
mientras sueña Anacaona
con sus rasgos de nobleza,
siempre así, de su cabeza
la desgracia conjurar.

XXIX

Veloz el tiempo raudo
su curso precipita
las penas aumentando
del infeliz indígena,
que ya ni una esperanza

de libertad abriga.
Desnuda muchas veces
se vio la *ceiba* antigua
y nuevas hojas verdes
vistió su copa altiva,
y tristes los infantes
del pobre hogar en ruinas
crecieron entre el llanto
sin juegos ni sonrisas.
De duelo es el *areito*
que mísera y cautiva
la virgen de los bosques
desde la infancia oía,
y es lánguido su acento
como la voz tristísima
de muertas esperanzas,
de libertad perdida.
Profana sus encantos
la criminal lascivia
del bárbaro que aleve
las tribus extermina,
y al indio no se enlaza
la virgen prometida,
ni sabe los cantares,
con que el amor se inspira,
ni espléndido penacho
de bellas plumas ricas
para la frente amada
con ilusión fabrica.
También Anacaona
mirando se extasía
cual crece y se levanta
como la palma erguida
la tierna Higuenamota,
su candorosa hija.
Con maternal ternura
sorprende conmovida
que de la virgen cándida
sobre la frente limpia
mil rasgos de Caonabo

con noble gracia brillan;
y con amor más puro
de entonces la acaricia,
y a veces una lágrima
empaña su pupila.
Pero su mente luego
regiones infinitas
recorre en pos volando
de una ilusión gratisima,
y sueña ya en las sienas
de la preclara hija
la espléndida corona
depositar un día,
después que allá en la gruta
de palmas circüida
donde al *Zemí* consagra
ofrendas el indígena,
entre el nupcial *areito*
y agrestes armonías,
el *buitío* en voz solemne
la unión feliz bendiga,
que a un indio de su raza,
de su nobleza misma,
enlace de *Jaragua*
con la heredera altiva.

Así de Higuenamota
tijar la suerte ansía,
y ya de lo futuro
tras lo ignorado mira
crecer y perpetuarse
su trono y su familia.

XXX

Cogiendo flores que brota
de la montaña la falda,
mientras libre al aura flota
su cabello, una guirnalda
va tejiendo Higuenamota.

Serena es su frente hermosa
como las aguas tranquilas,
y la niñez candorosa
aun destella en sus pupilas
con viva lumbre radiosa.

Pero su talle flexible
como los juncos del lago,
de un encanto irresistible,
de un anhelo ardiente y vago
llenan el pecho sensible.

Mas que el lirio perfumado
embriaga su puro aliento,
y es armonioso su acento
como el eco regalado
del ave que cruza el viento.

Por la tendida pradera
pasa cogiendo las flores
alegre, esbelta, ligera,
a los pálidos fulgores
de la tarde placentera.

Un rumor las hojas mece
de la arboleda cercana,
luego un guerrero aparece
ante la virgen indiana
y estático permanece.

Es blanca su tez, y bello
y atractivo su semblante,
azul irradia el destello
de sus ojos, y brillante
como el sol es su cabello.

La virgen mira serena
al joven de faz extraña;
es de la raza que amena
a veces en su cabaña
contempla de gozo llena.

—Hija hermosa de las flores
—dice el gallardo extranjero—
el pecho llenan de amores
con deleite lisonjero
tus encantos seductores.

Nueva existencia respira
el corazón solo al verte,
escucha mi acento, mira,
tú puedes cambiar la suerte
del alma que en ti se inspira.

De la virtud al camino
por tu amor volveré ufano,
yo que en loco desatino
busqué placeres en vano
del mundo en el torbellino.

Angel de paz e inocencia,
¿quieres que dicha cumplida
una suerte, una creencia,
en dulce unión bendecida
confunda nuestra existencia?

Responde, flor inocente
de los valles de *Jaragua*,
acoge mi amor ardiente
y que del bautismo el agua
descienda sobre tu frente;

y suave lazo de flores
estreche nuestras dos almas,
y los pájaros cantores
sobre las ceibas y palmas
celebren nuestros amores.

En la del joven guerrero
pone la virgen su mano,
y —ven —dice— este sendero
que oculta el bosque cercano
lleva a mi choza, extranjero.

Es más dulce la voz tuya
que el canto que el ave entona,
antes que la tarde huya
ven, y escuche Anacaona
lo que has dicho a la hija suya.

—No en vano, virgen indiana,
te formó el cielo tan bella,
si en esa frente lozana
la regia altivez descuella
de una estirpe soberana.

Condúceme adonde habita
tu excelsa madre preclara,
y su pasión infinita
que allí Hernando de Guevara
con emoción te repita.

Y por la calle tortuosa
que oculta la selva umbría,
va la pareja dichosa
rebosando de alegría
y platicando amorosa.

XXXI

El ángel de los amores
tiende sus alas de paz
de la reina de *Jaragua*
guardando el tranquilo hogar,
donde en plácidos delirios,
y delicioso solaz,
para los tiernos amantes
las horas pasando van,
bonancibles y serenas
como apacible raudal
que sobre lecho de flores
corre en suave murmurar.

Deshecho ve Anacaona
su candoroso ideal,
porque burlando la suerte
tantos ensueños de afán,
a Higuenamota no brinda
el indio de estirpe real
que su ternura en delirio
vio cual dulce realidad.
Mas la virgen inocente
muestra en su cándida faz
tal expresión de ventura,
tan dulce felicidad,
que con su dicha delira
la ternura maternal,
y abre al hidalgo guerrero
su corazón y su hogar.

Higuenamota sonr­e
de amor al alba fugaz,
como la flor de los campos
al destello matinal;
y Anacaona se inspira
en gratos sue­os de paz,
juzgando que a ser un d­a
pueda ese enlace llegar,
prenda de alianza que aparte
de su cabeza real
la c­lera pavorosa
del extranjero procaz.
As­ cual hijo amoroso
a Hernando recibe ya,
y la un­i­n afortunada
espera con ansiedad,
llena de j­bilo el alma,
goz­ndose al contemplar
que adora el joven guerrero
a su ind­gena beldad,
con un cari­o pur­simo,
con un afecto leal.

Presto la fúlgida lumbre
de la aurora brillará
que a la tribu de *Jaragua*
para la fiesta nupcial
de la heredera del trono
gozosa despertará,
y cánticos de ventura
los ámbitos llenarán.
Entonces, ebria de amores
la casta virgen irá
del dios de Hernando ante el ara
la frente pura a inclinar,
para bañarla en las aguas
de la fuente bautismal,
y del indio las creencias
y el falso culto abjurar.

¿Pero qué sombra de duelo
como presagio de mal
de los felices amantes
la dicha viene a turbar?

XXXII

Roldán el infame que el digno homenaje
de amor y respeto negaba a Colón,
frenético alzando su voz sediciosa,
moviendo en las filas fatal rebelión;

tras mil enojosos disturbios prolijos
que el alma amargaron del gran genovés,
haciendo el anhelo de paz y de calma
que al vil otorgara su gracia después;

Roldán, ambicioso de mando y honores,
su asiento en *Jaragua* de entonces fijó;
y así la provincia confiada a su antojo
por él dominada de entonces se vio.

El trato benigno y afables modales
que supo la reina preclara mostrar,
hicieron acaso que nunca pudiera
el regio decoro Roldán ultrajar.

Mas ¡ah! que flexible cual palma gallarda
que mece a las auras su talle gentil,
radiante a su vista cruzó Higuenamota,
y arder sintió el pecho con ansia febril.

Sorprende que existe cual valla funesta
de estorbo a sus miras feliz un rival;
y —“es fuerza que parta—” murmura indignado
dictando frenético la orden fatal.

Hernando obedece, su amada abandona
latiendo animoso su fiel corazón,
y al cruel mandatario su amor encarece,
sus sueños de dicha, su próxima unión.

Roldán le rechaza con ruda violencia
cual vil y falsario que intenta extraviar
con frases mentidas de amor y ternura
el cándido afecto de un ser virginal.

Hernando medita: después humillando
su altivo carácter en aras del bien,
su inmenso cariño probar así espera
del ángel que adora dejando el edén.

XXXIII

Vivir Hernando de su amor ausente
con febril ansiedad en vano ensaya;
ya en viva indignación arder se siente,
ya de esperar su corazón desmaya;

y tras íntimas luchas dolorosas
a la virgen indiana se presenta,

en su frente llevando pavorosas
las nubes que presagian la tormenta.

Anacaona con materno celo
le oculta en su mansión, y su ternura
a realizar el amoroso anhelo
de los tiernos amantes se apresura.

Todo en secreto se prepara en tanto
que sólo espera la familia ufana
del altar al ministro sacrosanto,
la suspirada bendición cristiana.

Mas un día en que el joven a las plantas
de la beldad indígena que adora
de su pasión las emociones santas
mostraba en actitud arrobadora,

invade la mansión tropel furioso
y antes que requerir pueda su acero,
sorprendido el mancebo valeroso
cercado se contempla y prisionero.

Arrancado al hogar de sus amores,
entre hierros pesados que le oprimen,
de una estrecha prisión en los horrores
llévanlo a espíar de su pasión el crimen.

XXXIV

Triste, abatida cual palma
que ruda tormenta azota,
así dobla Higuenamota
la melancólica sien.
Llorando queda la virgen,
marchitas están las flores
con que sus sueños de amores
poblaron todo un edén.

Ya no recorre los campos,
ya no trepa la colina,
ni en la corriente vecina
se contempla sonreír;
que si del sol en ocaso
el último rayo expira,
ella lo observa y suspira
como él ansiando morir.

A la noche silenciosa
demanda en su amargo duelo
nuevas de grato consuelo,
alivio a su padecer;
y la brisa de los bosques
le murmura sollozando
que nunca, nunca su Hernando
podrá a sus brazos volver.

Pobre tórtola inocente
que al labrar su amante nido,
en las ráfagas perdido
lo miró del huracán.
Y en vano con vista inquieta
recorre el sitio encantado,
donde ver a su adorado
pudo en horas sin afán.

Desgarrado está el materno
corazón de Anacaona
que a un presagio se abandona
pavoroso, aterrador.
Por eso ya cuando ansiosa
al porvenir triste mira,
la frente dobla, suspira,
y se estremece de horror.

XXXV

Sobre comarcas en ruina
dominan los extranjeros,

roto ya, de sus pasiones
desordenadas, el freno;
que si pudo generoso
de Colón el noble pecho
alguna vez poner dique
a criminales intentos,
la calumnia y la perfidia
se convocaron de acuerdo
para ultrajar su alta gloria
y conducirlo entre hierros
de su Quisqueya querida
allá distante, muy lejos.
De entonces cual nunca libre
el crimen alzó su imperio.
Ya no se miran las tribus
numerosas recorriendo
las selvas y las montañas
donde felices vivieron,
ni el *zemí* recibe afable
las ofrendas de su pueblo,
que del ara derribado
sin culto yace en el suelo.
Y *caciques* y *nitainos*,
del *Turey* los predilectos,
ya no ejercen poderosos
de sus greyes el gobierno,
que del bárbaro a la saña
poco a poco sucumbieron.
Caonabo, el *cacique* fuerte
que en la lucha fue el primero,
víctima de torpe engaño
y oprimido en duros hierros,
rindió de su hogar ausente
el espíritu soberbio.
Y Bohechío, el buen anciano,
el *gran cacique* supremo,
allá en *Jaragua* se rinde
del dolor al grave peso,
dejándole a Anacaona
vacilante ya su reino.

Guacanagarix, el débil
aliado del extranjero,
de su tribu generosa
el crudo destino viendo,
de su grey aborrecido,
despreciado del ibero,
presa de angustia terrible
y atroces remordimientos,
de la selva solitaria
en los más ocultos senos
fue a morir abandonado,
entre horrorosos tormentos.
Guarionex, *cacique* invicto,
de *Maguá* jefe opulento,
que la paz de su comarca
guardar quiso afable y bueno,
y abrió al invasor tirano
de su tierra los veneros,
la codicia y cruda saña
conjurar así creyendo,
ultrajado torpemente
templa el arco del guerrero
y tras luchas de porfía
y combates de denuedo,
por infame acción traidora
se contempla prisionero.
Condenado a extraño clima
cruza el mar, y allá a lo lejos
enfurécense las olas
y sepúltanlo en su seno.

¡Todo es muerte, horror y llanto!
El indígena indefenso
de sudor y sangre inunda
las campiñas de su suelo,
y cava la dura tierra
y allá en su profundo centro
arranca el oro que busca
para el feroz extranjero,
y rendido de fatiga

se postra y expira luego.
¡Todo es ruina y servidumbre!
¡Todo, exterminio siniestro!
Sólo allá Cotubanama,
el *cacique* gigantesco,
se sostiene con su tribu
de *Iguayagua* en el extremo;
y la tierna Anacaona,
la de generoso pecho,
en *Jaragua* inquieta vela
por la suerte de su pueblo.

XXXVI

Ovando, el jefe inicuo
de entrañas de fiereza,
extiende su dominio
fatal sobre *Quisqueya*
y quiere que hasta el último
indígena perezca,
y un solo pensamiento
sus sueños atormenta:
dar muerte a los *caciques*
que aún el poder conservan.
Mas, ¿cómo de *Jaragua*
en la apacible reina
podrá su cruda saña
pretexto hallar siquiera?
De su tenaz vigilia
es ese único tema;
mas no por largas horas
a fatigarse llega:
las almas sanguinarias
motivos mil encuentran
para ejercer terribles
su furia carnícera.

Jaragua aniquilada
consigue a duras penas

de su tributo enorme
satisfacer la deuda,
y Ovando a sus esbirros
con intención funesta
convoca y les infunde
la criminal idea
de que rebelde ahora
la poderosa reina
rehusa del tributo
satisfacer la entrega,
porque en secreto forja
los planes de la guerra.

Así con alevosa
resolución siniestra
camina con los suyos
a la morada regia,
donde sumida en honda
meditación de pena
en sus profundos males
Anacaona piensa.
No ya del *arijuna*
la paz y el bien espera,
ni afecto ya le inspira,
ni asombro su grandeza.
La chusma que sus vastos
confines atraviesa,
feroz y desbordada
persigue y atropella
la tribu, y sus regiones
reduce a la miseria.
Pero cortés, afable,
la generosa reina
las leyes de su raza
hospitalaria y buena
jamás descuidar sabe
ni en el olvido deja.

De Ovando a la visita
dispónese y apresta

los cantos y los juegos,
las *diumbas* y las fiestas
con que *Jaragua* ufana
sus huéspedes obsequia.
En palanquín brillante
que adornan flores bellas,
ceñida de jazmines
la altiva frente regia,
avanza rodeada
de vírgenes aéreas,
hermosas cual las cándidas
deidades de la selva,
que cantan los *areitos*
de paz enhorabuena,
y a Ovando ofrecen palmas,
y flores le presentan.
La tribu sus cabañas
solicita franquea,
y al huésped alevoso
de entrañas de fiereza,
regala a todas horas
y ansiosa le festeja.

XXXVII

Con danzas y cantares repetidos
la tribu candorosa de *Jaragua*
un día tras otro complaciente obsequia
al falso huésped que su ruina fragua.

Esto a Ovando sugiere un pensamiento
horrible, atroz, que realizar medita,
y a su vez de sus juegos la destreza
al indio incauto a presenciar invita.

Acoge el aborigene inocente
con placer la noticia peregrina,
y el instante fijado, al fatal sitio
la grey en muchedumbre se encamina.

Tributarios *caciques* numerosos
circundan a la hermosa soberana,
desarmados, gozosos, impacientes
por ver los juegos de la gente hispana.

Rompe la fiesta de atractivos llena;
fascinada la grey sin movimiento
sigue del juego los extraños giros,
y suspende la voz, y hasta el aliento;

cuando el cruel mandatario, endurecido,
sacrilego y feroz lleva la mano
a la brillante cruz que aleve ostenta
sobre el malvado corazón tirano;

y al punto el eco del clarín responde,
y desnudas espadas centellean,
y a la reina infeliz y sus *nitainos*
los esbirros satánicos rodean.

Pavoroso clamor cunde en los aires;
frenética la turba furibunda
acuchilla al indígena indefenso,
y un mar de sangre la campiña inunda.

Exánime la virgen acá expira
hollada entre los pies de los corceles;
la madre más allá junto al infante
la vida exhala entre congojas crueles;

y el vigoroso joven y el anciano
confunden sus miradas de agonía,
que de la horda brutal endurecida
no conoce piedad la furia impía.

¡Cuánta sed de crueldad inextinguible!
¡Qué embriaguez de matanza y de exterminio!
Huye la vida de aquel campo donde
la muerte extiende su fatal dominio.

Colmo al horror que pavoroso era
voraz incendio se levanta y cunde,
y de la reina la mansión envuelve
que entre las llamas se extremece y hunde.

Allí entre el fuego y el tormento expiran
reunidos los *caciques* tributarios,
sin que uno solo su existencia logre
disputar a los tigres sanguinarios.

¡Todo es pavor, desolación y ruinas,
hacinados cadáveres sin cuento!
El indio perseguido hasta en las selvas
rinde asediado el postrimer aliento.

Sólo queda una víctima escogida
que guarda el vencedor como trofeo:
la reina ilustre, la inmortal cantora
que dará a la crueldad nuevo recreo.

XXXVIII

A sus guaridas ebria de sangre
se vuelve en triunfo la chusma vil,
y entre cadenas va de *Jaragua*
la ilustre reina también allí.

La pobre indiana, sobre sus campos
vuelve la vista llena de horror,
y a esos lugares do el alma deja
envía un amargo supremo adiós.

Lagos de sangre son las llanuras
de su comarca feliz ayer,
y en los senderos por donde pasa
cadáver yace su amada grey.

Encadenada va entre la turba
que indigno ultraje le hace sufrir,

a ella que afable colmó al ibero
de generosos favores mil.

Mas no tal suerte su mente abruma,
que desgarrado va el corazón
porque a sus plantas la hija del alma
yerta, sin vida rodar miró:

fatal recuerdo que aún estremece
todas sus fibras, todo su ser;
ya la existencia cual dura carga
le agobia y rinde con peso cruel.

Así en oscura cárcel estrecha
no siente el ansia de libertad,
que el alma inquieta sólo a la tumba
pide el descanso, pide la paz.

XXXIX

En la ciudad altiva donde al murmullo ronco
de las hirvientes olas se aduerme el vencedor,
¿por qué se escucha sordo, del alba a los destellos,
insólito rumor?

¿Qué nuevo drama horrible por presenciar se afana
la muchedumbre ansiosa lanzándose en tropel?
Del crimen multiplica siniestros los horrores
el mandatario cruel.

Al pie de la horca fiera que extiende en el espacio
su brazo formidable que muerte anuncia ya,
sus pasos encamina la multitud liviana:
la víctima, ¿do está?

Bellísima, imponente, con majestad avanza,
serena la mirada, tranquilo el ademán;
de la virtud y el genio brillando los fulgores
sobre su frente están.

Mirad, es la cautiva, la regia prisionera
que al trono de *Jaragua* sustrajo la ambición;
la de alma generosa que concedió a la injuria
magnánimo perdón.

Es ella la que avanza, la que a morir camina
del sanguinario ibero para saciar la sed;
es ella a quien aguarda de aquel suplicio bárbaro
la ignominiosa red.

Es ella, la cantora del pueblo *quisqueyano*
que ayer con sus *areitos* los ámbitos llenó,
y la epopeya indígena, con inspirado acento
glorioso levantó.

De la espaciosa plaza donde a morir la guían
ya tocan los esbirros el término fatal:
la multitud se apiña por ver cómo sucumbe
la víctima real.

Entonces cual ansiando gozar Anacaona
la paz en otra vida que su alma vislumbró,
el cuello delicado de formas peregrinas
al lazo presentó.

Tristísima una nube cruzó la azul esfera
cubriendo con sus velos la luz del nuevo sol;
después... a sus destellos cumplida celebraba
su hazaña el español.

PALABRAS INDÍGENAS USADAS EN EL TEXTO DEL POEMA
 "ANACAONA", Y SUS CORRESPONDIENTES SIGNIFICADOS
 EN CASTELLANO.¹

<i>Areito</i>	Canto.
<i>Arijuna</i>	Extranjero.
<i>Batei</i>	Juego de pelota.
<i>Bohechío</i>	Cacique de Jaragua.
<i>Bohío</i>	Casa grande.
<i>Buitío</i>	Sacerdote.
<i>Cacicazgo</i>	Provincia o estado.
<i>Cacique</i>	Soberano.
<i>Caonabo</i>	Gobernador de Maguana.
<i>Caney</i>	Caserío.
<i>Caribe</i>	Guerrero de otras antillas.
<i>Ceiba</i>	Árbol corpulento.
<i>Coiba</i>	Tabaco.
<i>Diumba</i>	Danza.
<i>Eracra</i>	Habitación.
<i>Guaravuai</i>	Nombre indígena del río Isabela.
<i>Guacanagaric</i>	Gobernador de Marién.
<i>Guamiquina</i>	Jefe blanco: nombre que los indígenas dieron a Colón.
<i>Guarionex</i>	Gobernador de Maguá.
<i>Guayayuco</i>	Río Artibonito.
<i>Higuenamota</i>	Hija de Anacaona.
<i>Iguana</i>	Especie de lagarto (saurio) que habita en la isla.
<i>Isabela</i>	Primera ciudad fundada por los españoles.
<i>Jaragua</i>	Estado principal de la isla.
<i>Maguá</i>	Nombre de otro estado.
<i>Maguana</i>	Otro estado.
<i>Magüey</i>	Instrumento musical.
<i>Mamey</i>	Árbol.
<i>Maniocatex</i>	Cacique subalterno, hermano de Caonabo.

1. Nota de la ed. del 1880, pág. 111.

<i>Marién</i>	Nombre de otro estado.
<i>Navidad</i>	La primera fortaleza que edificaron los españoles.
<i>Nitaino</i>	Cacique subalterno.
<i>Niti</i>	Departamento de la Maguana.
<i>Quisqueya</i>	Nombre de la Isla.
<i>Sarovey</i>	Algodón.
<i>Santo Tomás</i>	Fortaleza de los españoles.
<i>Turey</i>	Cielo.
<i>Yaque</i>	Nombre de un río.
<i>Yaraví</i>	Canto fúnebre.
<i>Yarey</i>	Especie de palma.
<i>Zemí</i>	Dios tutelar de los indígenas.

SUEÑOS¹

En horas gratas, cuando serena
reposa el alma libre de afán,
y el aura amena
pasa, de agrestes rumores llena,
y es todo calma, todo solaz;

cuando la Patria suspende el ruido
de las contiendas aterrador,
y confundido
quedar parece bajo el olvido
cuanto es angustias al corazón,

castas visiones vienen ligeras,
y en bullicioso giro fugaz,
cual mensajeras
de paz y dicha, nuevas esferas
al pensamiento mostrando van;

1. Posterior a la edición de *Poesías*, 1880. Posiblemente corresponda a la última mitad de dicho año. (Nota ed. 1950, p. 137.)

Este poema celebra la paz y la tranquilidad de que goza el país bajo el gobierno de Meriño, alejado el espectro de las guerras civiles.

nuevas esferas donde la mente
vislumbra absorta mares de luz,
donde se siente
que extraños sonos lleva el ambiente
sobre las nubes del cielo azul.

Enajenada la fantasía,
de esas visiones corriendo en pos,
mira a porfía
pueblos y pueblos buscar la vía
de esas regiones de eterno albor.

Rasga el destino su denso velo,
y a sus fulgores el porvenir
muestra a mi anhelo
cómo a esa altura, con libre vuelo,
Quisqueya asciende grande y feliz.

Sueños de gloria que halagadores
el alma sigue llena de fe;
bien que traidores
huyen a veces, y sus fulgores
envuelven sombras de lobreguez.

¡Ay! Es que entonces, Patria bendita,
cubre tus campos ruido fatal,
que a la infinita
región se eleva, y el alma agita
con emociones de hondo pesar.

Mas cuando, calla la voz terrible,
cuando sereno luce el confín,
y bonancible
pasa la brisa, con apacible
giro de blandos rumores mil,

cándidas vuelven esas visiones
arrobadoras en multitud
y esas regiones

a poblar vuelven extraños sonos
y claridades de viva luz.

A esas esferas del pensamiento
quiero llevarte, Patria gentil;
si oyes mi acento,
si verte quieres en alto asiento,
dominadora del porvenir,

¡ah! quede siempre suspenso el ruido
de las contiendas aterrador;
que enternecido
desde su trono de luz ceñido
sueños de gloria te ofrece Dios.

1880.

SOMBRAS¹

Alzad del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,
que me cercan doquier sombras de muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.

Venid, que el alma siente
morir la fe que el porvenir aguarda;
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz al desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.

1. El desánimo de Salomé y de los liberales es grande con respecto al gobierno de Meriño, quien ha emitido el 30 de mayo de ese año un decreto conocido con el nombre de San Fernando en virtud del cual se fusilaba a todo aquel que fuera sorprendido con las armas en las manos para derribar el régimen. Los liberales tomaron esta señal como sinónimo del fracaso moral del gobierno de Meriño. El espectro de la dictadura se dibujaba en el horizonte, pese a la apertura en noviembre de 1881 del Instituto de Señoritas, uno de los tantos sueños de Salomé y sus amigos hostosianos.

¿No véis? Allá a lo lejos
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos
del espléndido sol de la esperanza.
Mirad cuál fugitivas
las ilusiones van, del alma orgullo;
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
ni a recibirlas, con piadoso arrullo,
sus pórticos de luz entreabre el cielo.

¿Cuál será su destino?
Proscritas, desoladas, sin encanto,
en el vértigo van del torbellino,
y al divisarlas, con pavor y espanto
sobre mi pecho la cabeza inclino.
Se estremece el alcázar opulento
de bien, de gloria, de grandeza suma,
que fabrica tenaz el pensamiento;
¡bajo el peso se rinde que la abruma!
Conmuévase entre asombros,
de la suerte a los ímpetus terribles,
y se apresta a llorar en sus escombros
el ángel de los sueños imposibles.

Venid, genios, venid, y al blando halago
de vuestros himnos de inmortal tristeza,
para olvidar el porvenir aciago
se aduerma fatigada mi cabeza.
Del arpa abandonada
al viento dad la gemebunda nota,
mientras que ruge la tormenta airada,
y el infortunio azota
la ilusión por el bien acariciada,
y huye la luz de inspiracion fecunda,
y la noche del alma me circunda.

Mas ¡ah! venid en tanto
y adormeced el pensamiento mío
al sonoro compás de vuestro canto.

¡Meced con vuestro arrullo el alma sola!
Dejad que pase el huracán bravío,
y que pasen del negro desencanto
las horas en empuje turbulento,
como pasa la ola,
como pasa la ráfaga del viento.

Dejad que pase, y luego
a la vida volvedme, a la esperanza,
al entusiasmo en fuego:
que es grato, tras la ruda
borrasca de la duda,
despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.

Junio de 1881.

VESPERTINA

*A mi esposo ausente.*¹

Reina la tarde en nuestro hogar bendito,
la tarde tropical, limpia, serena,
que el ánimo enajena
alzando el pensamiento a lo infinito.

Sin nubes está el cielo,
sin celajes la luz, diáfano el aire,
y de la brisa, que en gracioso vuelo
refrescando la tierra se pasea,
al suave impulso, con gentil donaire
el plátano sus hojas balancea,
mientras la flor se inclina
presintiendo la sombra ya vecina.

Todo respira en nuestro hogar la calma;
todo es paz y quietud; sólo mi alma
de extraño sinsabor la hiel apura,
y a su pensar rendida
suspira en su amargura

1. Como se sabe, Francisco Henríquez y Carvajal fue secretario particular del Presidente Meriño durante el mando de 1880-1882. De modo que la ausencia de la que se duele aquí su esposa ha debido ser a causa de una misión de corto tiempo fuera de la capital. Pero se tiene que tomar en cuenta que los sistemas de comunicación de la época eran muy precarios y que cualquier viaje al interior podía tomar semanas.

con la triste emoción del que en la vida
por vez primera siente
las ansias todas del cariño ausente.

¿En dónde, en dónde estás? Así intranquilo
con su ansiedad el corazón luchando,
te busca sin cesar, hora tras hora;
la casa, el aura, el cielo interrogando.

Huérfano del hogar está el asilo;
huérfano, sí, de tu presencia ahora;
que, el alma en su entusiasmo sacudida,
y de admirar ufano
las galas del pensil dominicano,
y sus pueblos y villas diferentes
recorrer, estudiando los futuros
gérmes del progreso y de la vida
que allí duermen latentes,
sentiste estrechos a tu afán los muros
de la ciudad nativa,
y en alas de esos sueños tentadores,
ardiendo en ansia viva,
el bendecido hogar de los amores
sonriendo abandonaste
y a los mares y campos te lanzaste.²

Torna, torna a decirme
cuanto a la pluma revelar no es dado:
las mil fatigas del camino rudo;
tus nuevas impresiones de viajero;
de tu criterio firme
el juicio, recto siempre, nunca errado;
de cuanto viste y merecerle pudo
con mágico atractivo
atención a tu espíritu severo,
admiración a tu entusiasmo altivo.

2. Si uno se lleva de este verso y la estrofa completa en la cual se inserta, se concluye en que el esposo de Salomé se encontraba de viaje por las ciudades importantes de la costa norte y que posiblemente su misión lo llevó hasta el Cibao.

Ven a decirme a solas
si mi recuerdo acompañó tu viaje
cuando cruzabas las movibles olas;
cuando del sol a los ardientes lampos,
cansado viajador, los patrios campos
te dieron hospedaje.³

Ya la tórrida lumbre
una vez y otra vez y otra en fuego
desde la etérea cumbre
envió a la zona de su amor el riego,
desde el lejano día
en que, guiado por feliz bonanza,
perdiéndose el bajel en lontananza
te llevó lejos de la vista mía.

¡Oh, qué largas las horas, qué momentos
los de la ausencia triste!
Son siglos de dolor que pasan lentos,
que ignora el corazón cómo resiste.

¡Oh angustia desmedida! ¡Quién me diera
salvar espacios y a tu lado ansiosa
llegar en mi carrera!
Y en esta hora dulcísima y dichosa
en que al destello amigo
del sol que palidece
suspensa la creación hacer parece
de paz solemne majestuoso alarde,
verte, sentírte y respirar contigo
la bienhechora calma de la tarde...

Enero de 1881.

3. Idéntico señalamiento que en 2.

EN EL NACIMIENTO DE MI PRIMOGÉNITO¹

A mi esposo.

¡Levántate, alma mía,
por el materno amor transfigurada,
y a los confines del espacio envía
el himno de la dicha inesperada!

Y tú, que abres conmigo
a esa ternura nueva el pecho en gozo,

1. El 3 de diciembre de 1882 nace Francisco Noel (Franc) Henríquez Ureña (*SUIS*, 18). La composición puede ser posterior o anterior al nacimiento. Pudo haber sido preparada antes y leída el mismo día del nacimiento y publicada después. Este fue el único de los hijos de Salomé y Francisco que no se dedicó a las letras. Residió toda su vida en Cuba, donde se dedicó al ramo de los seguros, en el cual llegó a ser un especialista tan competente que no había compañía que no solicitara sus servicios. Volvió por breve tiempo al país cuando todos sus familiares colaboraron a principios de 1931-33 con el régimen de Trujillo, atraídos quizá por el grupo de viejos hostosianos que en 1924 se opuso a Horacio Vásquez y votó a favor de Peynado, discípulo directo de Hostos. Franc vino en calidad de técnico a organizar, junto con otro cubano y un hermano de Julio Ortega Frier, la compañía de seguros San Rafael. Aquel grupo, liderado por Estrella Ureña, creyó que podía enderezar el curso de la política de Trujillo hacia un proyecto liberal positivista en el cual ellos pudieran tener cabida. Rápidamente se dieron cuenta de que eso era un fantasma y regresaron al extranjero. Según Francisco Henríquez Vásquez, el primogénito de Salomé murió en Cuba en 1962.

tú que compartes cuanto sueño abrigo,
cuanta ilusión feliz es mi alborozo,

ven, y los dos a una
el cántico de amor juntos alcemos,
y del pequeño ser ante la cuna
el alba del futuro saludemos:

el alba de esa vida
que a iluminar nuestro horizonte alcanza,
y a cuya luz vislumbra estremece
espacios infinitos la esperanza.

Los cielos se inclinaron,
y descendió al hogar entre armonías
el ángel que mis sueños suspiraron,
nuncio de bendiciones y alegrías.

¡Oh, cómo se estremece
engrandecida la existencia ufana
pensando de esa aurora que amanece
vivir reproducida en el mañana!

De hoy más, un sueño solo,
una sola ambición tras el destino,
a nuestras almas servirá de polo,
del tiempo al avanzar en el camino.

¡Oh, sí! Limpiar de abrojos
la senda preparada al ser que nace,
al bien y a la virtud abrir sus ojos,
y el peligro desviar que le amenace.

Y así, como entre flores,
ajeno a la maldad, al vicio ajeno,
verle a lo grande tributar honores
y el alto aprecio merecer del bueno.

Y así a la Patria, al mundo,
como prenda de paz y de amor santo,

en acciones magnánimas fecundo
un miembro digno regalar en tanto.

¡Doblemos el aliento!
Vamos al porvenir, la fe en el alma,
para él a conquistar con ardimiento
de ciencia, de virtud, de bien la palma.

Diciembre de 1882.

CARIDAD¹

Pasó la tempestad... ¡Emprende el vuelo
como el ave del arca,
espíritu de amor y de consuelo!
Que ya el iris de paz su franja enarca,
se alegra el firmamento
y se adormece el mar y calla el viento.

De nuevo olivo la celeste rama
en horrorosa angustia
desventurada multitud reclama:
los seres ¡ay! que con el alma mustia
contemplan entre asombros
deshechos sus hogares en escombros.

Llega trayendo con amante giro
en voz conmovedora,
en la rítmica nota del suspiro,
un eco de esperanza bienhechora,
de caridad sublime
que la fe aliente y el valor reanime.

1. Escrita para la velada benéfica celebrada con motivo del huracán que azotó la zona sur del país.

Esta poesía no fue incluida en la edición de 1920. Madrid. (Nota ed. 1950, p. 225.)

Recorre de Quisqueya las hermosas
comarcas florecientes:
escenas de amargura, lastimosas,
los ojos miran al girar dolientes,
¡y yermas, desoladas,
las campiñas del sur infortunadas!...

Sopló sobre ellas en momento aciago,
con ímpetu sin nombre,
la pavura sembrando y el estrago;
conturbando el espíritu del hombre,
indómito, furente,²
el huracán del trópico rugiente...

¿No ves sobre la playa los despojos
del contrastado leño
que atestiguan del ponto³ los enojos?
Allá los restos del hogar sin dueño
despedazados mira
publicando el furor del viento en ira.

Y los campos también ayer cubiertos
de mieses productoras
desnudos ¡ay! aparecer desiertos:
¡se encresparon las aguas, bramadoras,
y el desbordado río
sorbió feroz el bienhechor plantío!...

Todo ceder al general trastorno
en rápidos instantes
de esa bella región miróse en torno
y haciendas pingües y riquezas de antes,
y generosas vidas,
del estrago en la ruina confundidas.

2. Furente. Furiente, poseído de furia. Arcaísmo hoy.

3. Ponto. El mar, el océano. Muy utilizado por los poetas del siglo XIX. Duarte lo usó en una composición titulada "La Noche", de 1850: «Triste es la noche, muy triste/Para el pobre marinero/A quien en el Ponto fiero/Acosa la tempestad.» Ver César Nicolás Penson, *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, ya citada, p. 69.

Llega buscando el óbolo bendito,
la cariñosa ofrenda
que atesora de bien precio infinito;
y así llevando la valiosa prenda,
volemós en ayuda
del desvalido, el huérfano, la viuda.

Escucha la plegaria que levantan
en numeroso coro;
ya las manos se extienden, se adelantan
a enjugar de sus párpados el lloro;
a preparar abrigo
al que sin techo se encontró mendigo.

Y a más allá de do la vista alcanza,
del viento y de la nube,
¡oh santa caridad! en tu alabanza
eco de gratitud al cielo sube,
y ufanos te bendicen
seres que al mundo tu excelencia dicen.

Septiembre 24, 1883

EN HORAS DE ANGUSTIA

En la enfermedad de mi segundo hijo.¹

Sin brillo la mirada,
 bañado el rostro en palidez de muerte,
 casi extinta la vida, casi inerte,
 te miró con pavor el alma mía
 cuando a otros brazos entregué, aterrada,
 tu cuerpo que la fiebre consumía.²

En ruego entonces sobre el suelo frío,
 y de angustia y dolor desfalleciente,
 aguardé de rodillas ¡oh hijo mío!
 que descendiese el celestial rocío,
 el agua bautismal, sobre tu frente.

1. Ver los detalles de este episodio doloroso en el opúsculo de Doña Silveria (*SUH*, 25-26). Una diferencia semántica con la autora: «mortal enfermedad» no puede sino conducir a la pérdida de la vida. Se dice, en rigor, en tales casos, que una enfermedad puede ser mortal. Lo mismo ocurre con *fatal*, que significa que «conduce a la muerte». Nadie puede salvarse de algo que es fatal, accidente, enfermedad u otra cosa. Puede durar determinado tiempo, pero al cabo termina muriendo víctima de lo que fue fatal. «Fatal», en «mujer fatal» u otra expresión de este tipo, es una connotación que puede tener dos sentidos: que lleva a la muerte o que es azarosa o portadora de mala suerte.

2. No se dice, contrario a la segunda dolencia llamada *crup* (= garrotillo, difteria) que abatió al niño Pedro en 1888, cuál fue el tipo de enfermedad que a los cinco meses de

Después, en mi regazo
volví a tomarte, sin concierto, loca,
de cabezal sirviéndote mi brazo,
mientras en fuego vivo
se escapaba el aliento de tu boca;
y allí cerca, con treguas de momentos,
el hombre de la ciencia, pensativo,
espiaba de tu ser los movimientos.

Pasaron intranquilas
horas solemnes de esperanza y duda;
latiendo el pecho con violencia ruda,
erraban mis pupilas
de uno en otro semblante, sin sosiego,
con delirio cercano a la demencia;
y entre el temor y el ruego
juzgaba, de mi duelo en los énojos,
escrita tu sentencia
hallar de los amigos en los ojos.

¡Oh terrible ansiedad! ¡Dolor supremo
que nunca a describir alcanzaría!
Al cabo, de esa angustia en el extremo,
reanimando mi pecho en agonía,
con voz sin nombre ahora
que a pintar su expresión habrá que cuadre,
¡salvo! —dijo la ciencia triunfadora
¡salvo! —gritó mi corazón de madre.

¡Salvo, gran Dios! El hijo de mi vida,
tras largo padecer, de angustia lleno,
vástago tierno a quien la luz convida,
salud respira en el materno seno.

nacido amenazó con quitarle la vida. Los prejuicios morales imponen autocensuras, que en nuestra sociedad del siglo XIX, y en éste un poco menos, son muy comunes cuando se trata de enfermedades contagiosas. Lo que pertenece al dominio de lo particular privado para el común, deviene en el caso de escritores, artistas y políticos, del más alto interés público.

Hermoso cual tus ángeles, sonrío
de mi llamado al cariñoso arrullo,
y el alma contemplándole se engríe
de amor feliz y de inocente orgullo.

Por eso la mirada
convierto al cielo, de mi bien testigo,
y, de santa emoción arrebatada,
tu nombre ensalzo y tu poder bendigo.

Diciembre de 1884.

VÍCTOR HUGO¹

¡Vedlo! ¡Allí está! De pie sobre la cumbre,
mirando a todos con *piEDAD suprema*:
allí lo encontrará la muchedumbre
cuando en horas de afán y pesadumbre
del genio y la virtud busque el emblema.

1885.

1. Salvo error nuestro, éste fue el único poema escrito por Salomé en 1885. Después de 1880, como dijo ella misma, casi cuelga la pluma. Escribe un poema por año hasta 1886. Dos poemas entre 1887 y 1892, salvo en 1889 que escribirá uno solo. Luego en 1894 volverá a escribir uno solo y en 1896 agregará las dos últimas estrofas a "A mi Pedro", cuyas primeras cuatro estaban compuestas desde 1890. No solamente el desconsuelo político motivó este casi absoluto silencio (autocensura ante la férrea dictadura de Heureaux que puso en peligro la vida de su esposo y lo obligó a un exilio "voluntario" en Cabo Haitiano, sino también a través del hogar (educar a tres niños), del trabajo (dar clases y dirigir el Instituto de Señoritas), aparte de las actividades literarias y los estudios científicos en la casa y en la "Sociedad Amigos del País". En este homenaje a Hugo, a raíz de su muerte, importa ver que Salomé está al tanto de la literatura francesa de la época.

¡POBRE NIÑO!

*En la muerte de José María Pichardo Patín
discípulo de Hostos.*

Ayer no más, al beso
de maternal ternura peregrina,
la vida te sonrió con embeleso,
dejando un rayo de la luz divina
sobre tu frente impreso.

Al verte, los que alzamos
el pendón sacrosanto de los buenos,
los que la fe del porvenir guardamos,
en ti, gozosos, de entusiasmo llenos,
un lidiador miramos.

Y ¡ay! el dolor se avanza,
se interpone a tu paso en el camino,
desfalleces al golpe que te alcanza,
y al peso abrumador de tu destino
se extingue de la Patria una esperanza.

1886.

¿QUÉ ES PATRIA?¹

¿Qué es Patria? ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esa voz.

Todo un mundo de recuerdos
que han dejado en mi interior
esperanzas que no mueren
en la fe del corazón.

¿Qué es Patria? De tu inocencia
al purísimo candor
para hablarle de la Patria
no halla el labio una expresión.

En mis ojos arder siento
de una lágrima el calor,
meditando lo que ansías
avanzar a tu razón:

1. De acuerdo a Doña Silveria (*SUH*, 26), esta composición fue «inspirada en una pregunta que le hizo su hijo Pedro, quien sólo contaba tres años, al oír el himno nacional: Mamá, ¿qué es la Patria?» Se trataba del himno compuesto por José Reyes y Emilio Prud'homme.

que tan sólo tres abriles
a tu frente dan su albor,
y te mueve ya ese nombre
a curiosa indagación;

ese nombre que mis cantos
en el céfiro veloz
suspirando siempre llevan
con los ecos de mi amor.

Mas es fuerza que te diga
de la Patria alguna voz;
que te diga cuanto en ella
tu niñez cautiva hoy.

Este hogar, donde inocente,
de tus padres al calor,
juegas tú con tus hermanos
en gozosa animación;

esos campos donde ufano
del insecto vas en pos,
donde charlas y sonríes
con el pájaro y la flor;

esas nubes de oro y grana
de bellissimo color
que tu júbilo alborozan
cuando el alba anuncia el sol;

esos astros que arrebatan
tu infantil admiración;
ese mar que te amedrenta
con su acento atronador,

son halagos y rumores
y reflejos y alma y voz
de esa Patria cuya idea
se anticipa a tu razón.

Y mañana serán ellos,
que tu vida llenan hoy,
los recuerdos inefables
de la Patria y de su amor.

1887.

MI OFRENDA A LA PATRIA¹

*En la investidura de sus discípulas,
las primeras maestras normales
de Santo Domingo.*

¡Hace ya tanto tiempo!... Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita.
Ha tiempo que no llena
tus confines la voz de mi esperanza,
ni el alma, que contigo se enajena,
a señalarte el porvenir se lanza.

1. Salomé Ureña de Henríquez, en vez de un discurso, recitó este poema en el acto de investidura del primer grupo de sus discípulas, nuestras primeras maestras normales. (Nota ed. 1950, p. 146.)

Repetir sus nombres no es ocioso, en un país en donde hasta ese año histórico de fundación del Instituto de Señoritas a las mujeres y a las niñas dominicanas se les permitía solamente asistir a las «escuelas de primeras letras. En esta época, las escuelas eran muy pobres, a tal extremo que no pasaban del catecismo.» (SUH, 10) pero no solamente las escuelas, sino las mismas clases sociales eran pobres, aunque tuvieron el prestigio social de los apellidos. Tómese solamente en cuenta el hecho de que las jóvenes de apellidos que brillarían en la futura sociedad burguesa dominicana (Pellerano, Peynado, de Castro, Pereyra, Pou, Henríquez, para no citar sino unos cuantos) lograron realizar sus estudios en el Instituto de Señoritas de Salomé Ureña

He visto a las pasiones
 levantarse en tu daño conjuradas
 para ahogar tus supremas ambiciones,
 tus anhelos de paz y de progreso,
 y rendirse tus fuerzas fatigadas
 al abrumante peso.

¿Por qué, siempre que el ruido
 de la humana labor que al mundo asombra,
 recorriendo el espacio estremecido
 a sacudir tu indiferencia viene,
 oculta mano férrea, entre la sombra,
 tus generosos ímpetus detiene?

¡Ah! Yo quise indagar de tu destino
 la causa aterradora:

te miro en el comienzo del camino,
 clavada siempre allí la inmóvil planta,
 como si de algo que en llegar demora,
 de algo que no adelanta,
 la potencia aguardaras impulsora...

¿Quién sabe si tus hijos
 esperan una voz de amor y aliento!
 dijo el alma, los ojos en ti fijos,
 dijo en su soledad mi pensamiento.

¿Y ese amoroso acento
 de qué labio saldrá, que así sacuda
 el espíritu inerme, y lo levante,
 la fe llevando a reemplazar la duda,
 y del deber la religión implante?

gracias a una beca de tres pesos que a cada una de ellas otorgaba el Ayuntamiento de Santo Domingo. Véase el expediente acerca de los desvelos de Salomé para lograr esas pequeñas becas (*SUIS*, 125-155). Es en este contexto que lo hecho por Salomé Ureña adquiere una significación histórica no despreciable, si bien los gobiernos posteriores que se opusieron al positivismo trabajarán para destruir ese legado y para subordinar al sujeto femenino a los designios instrumentalistas del poder. La prohibición y la obstaculización del acceso de las mujeres a la educación secundaria y universitaria formó parte de esa estrategia de dominación masculina, cerrando el paso de las mujeres a la política y a los cargos públicos y privados. Esas seis primeras maestras normalistas fueron Leonor María Feltz, Mercedes Laura Aguiar, Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Altigracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou.

¡Ah! La mujer encierra,
 a despecho del vicio y su veneno,
 los veneros inmensos de la tierra,
 el germen de lo grande y de lo bueno.
 Mas de una vez en el destino humano
 su imperio se ostentó noble y fecundo:
 ya es Veturia², y desarma a Coriolano;
 ya Isabel, y Colón halla otro mundo.
 Hágase luz en la tiniebla oscura
 que el femenil espíritu rodea,
 y en sus alas de amor irá segura
 del porvenir la salvadora idea.
 Y si progreso y paz e independencia
 mostrar al orbe tu ambición ansía,
 fuerte, como escudada en su conciencia,
 de sus propios destinos soberana,
 para ser del hogar lumbrera y guía
 formemos la mujer dominicana.

Así, de tu futura
 suerte soñando con el bien constante,
 las fuerzas consagré de mi ternura,
 instante tras instante,
 a dar a ese ideal forma y aliento,
 y rendirte después como tributo,
 cual homenaje atento,
 de mi labor el recogido fruto.

Hoy te muestro ferviente
 las almas que mi afán dirigir pudo:
 yo les dí de verdad rica simiente,
 y razón y deber forman su escudo.

2. Salomé leyó, en sus estudios de historia romana, este episodio muy conocido y que Hostos reproduce, en su *Moral social*, como ejemplo de deber de obediencia (TM, 352-354), en virtud del cual Coriolano, general romano, acatando un llamado de su madre Veturia, no ataca a Roma, ya a sus pies, en alianza con los vosgos, pueblo donde había sido injustamente desterrado. Lo cual impidió que con el triunfo de las armas se formara la federación de Roma con los pueblos del Lacio, que les fueron siempre feudatarios. Los intereses imperiales quedan aquí disfrazados, en el discurso, como sacrificio filial.

En patrio amor sublime
templadas al calor de mis anhelos,
ya sueñan que tu suerte se redime,
ya ven de su esperanza abrir los cielos.

Digna de ti es la prenda
que mi esfuerzo vivísimo corona
y que traigo a tus aras en ofrenda:
¡el don acepta que mi amor te abona!
Que si cierto es cual puro
mi entusiasta creer en esas glorias
que siempre, siempre, con placer te auguro;
si no mienten victorias
la voz que en mi interior se inspira y canta,
los sueños que en mi espíritu se elevan,
ellas al porvenir que se adelanta
de ciencia y de virtud gérmenes llevan.

Abril de 1887

TRISTEZAS

A mi esposo ausente¹

Nuestro dulce primogénito,
que sabe sentir y amar,
con tu recuerdo perenne
viene mi pena a aumentar.

Fijo en ti su pensamiento,
no te abandona jamás:
sueña contigo, y despierto
habla de ti nada más.

1. El período de ausencia de Francisco Henríquez y Carvajal durante su estancia en Francia hasta obtener el doctorado en medicina y cirugía en la Universidad de París se extiende desde mediados de 1887 hasta julio de 1891, cuando regresa al país. Él obtuvo una beca del gobierno dominicano, encabezado por Heureaux, (a cambio de que fuera preceptor de su hijo que estudiaba en París) en un momento en que éste todavía no había roto con el Partido Azul y, en consecuencia, no había asumido abiertamente la dictadura. Las críticas que se le dirigieron en ese entonces por aceptar esa beca carecían de fundamento político, en un hombre cuya vida es una página de lucha permanente contra dictaduras e intervenciones extranjeras. Aunque fue invitado, en su calidad de ex Presidente de la República, a la juramentación de Trujillo en 1930, las circunstancias que lo hicieron entrar a colaborar con este flamante dictador —tanto él como sus hijos Franc, Max y Pedro— no han sido todavía debidamente estudiadas en profundidad, tanto a nivel de la historia oral como documental. De la comunicación verbal con el doctor Henríquez Vásquez, a mi pregunta de qué vinieron a hacer aquí los Henríquez en 1930, me dio la siguiente información, a verificar, por supuesto: Rodolfo, miembro del Directorio Estudiantil

Anoche, cuando, de hinojos,
con su voz angelical
dijo las santas palabras
de su oración nocturnal;

cuando allí junto a su lecho
sentéme amante a velar,
esperando que sus ojos
viniese el sueño a cerrar,

incorporándose inquieto,
cual presa de intenso afán,
con ese acento que al labio
las penas tan sólo dan,

exclamó como inspirado:
“¿Tú no te acuerdas, mamá?
El sol ¡qué bonito era
cuando estaba aquí papá!”

1888.

Cotubanamá (hijos del segundo matrimonio del doctor Henríquez y Carvajal con Natividad Lauranzón) estaban metidos de lleno en una conspiración contra el dictador Machado. Estaban en el trasiego de armas. Descubierta dicha conspiración, el Chacal de Oriente, jefe de seguridad de esa provincia donde vivían los Henríquez, comunicó al padre que no solamente los hijos serían expulsados, sino que también él debía abandonar el país. Fue así como salieron de Cuba hacia Santo Domingo, vía Haití, donde el doctor Henríquez tenía vastas relaciones. Los sucesos del 23 de febrero de 1930 y la posterior toma de poder por Trujillo los sorprenden en la isla, la cual pensaban abandonar en el momento más oportuno. Pero el devastador ciclón de San Zenón detuvo sus planes y quizá impulsados por esa desgracia decidieron quedarse en Santo Domingo. No hay documentos, hasta ahora, sobre cómo llegaron a colaborar con Trujillo. Pero se cree que fue iniciativa individual de Max, mucho más pragmático que los otros. Iniciativa que envolvió hasta a Pedro, instalado en Buenos Aires, con quien tuvo agrias disputas por hacerlo venir al país bajo semejante dictadura. Hay que situarse en 1930 para comprender el inmenso prestigio de que gozaban los Henríquez para entender por qué su colaboración con ese nuevo régimen tenía un impacto político y propagandístico enorme, tanto a nivel nacional como internacional, para la legitimación de un Trujillo en el poder, quien sepultó la monotonía e inauguró el golpe de Estado moderno en el país. Todos sabemos las peripecias de esa colaboración de los Henríquez con Trujillo y en qué terminó.

ANGUSTIAS¹

A mi esposo, ausente en Europa.

Torna a morir el sol. Así pasando
van de tu ausencia los terribles días,
en mi semblante pálido marcando
la huella de profundas agonías.

Torna a morir el sol. El hogar mío
de arpegios infantiles está lleno;
pero rueda del párpado sombrío
una rebelde lágrima a mi seno.

¿Podré, cuando regreses a mi lado,
rico de porvenir, rico de ciencia,
presentarte el tesoro immaculado
de este grupo de amor y de inocencia?

¡Yo no lo sé! Cuando la muerte lanza
su aliento destructor sobre este suelo,
desfallece en mi pecho la esperanza
y me finge el terror mi hogar en duelo.

los cinco meses de haber nacido su segundo hijo, Pedro, le abatió una fiebre
gripe en diciembre de 1884. Véase el poema "En horas de angustia", y en 1888 se
el crup sobre él. Todas estas aprensiones de madre, que trabaja y debe hacer
e al hogar y a la crianza de cuatro niños, la sumen, ante la ausencia de su esposo,
grandes temores frente a la posibilidad de perder a una de esas criaturas.

Yo no he visto en los círculos de Dante
más terrible ansiedad, más cruel angustia;
se rinde el corazón agonizante,
y el alma siento desolada y mustia.

¡Y tú sufres también! También los brazos
extiendes a tu hogar con el deseo,
y luchas del deber entre los lazos,
cual otro encadenado Prometeo.

¿Por qué dejé que tan prolija ausencia
así emprendieras en momento aciago,
si me siento morir sin tu presencia,
si en todo miro aterrador amago?

¿Si miramos los dos, lentas y frías,
entre duda y afán pasar las horas,
sin que calmen futuras alegrías
las nubes del pesar abrumadoras?

Imposible vivir así, llevando
la angustia en el espíritu, la muerte;
imposible vivir agonizando,
sin luz el mundo y la existencia inerte

¡Acaba, llega! ¡Que el hogar sin calma
es de mis penas íntimas remedo;
que tiemblo por los hijos de mi alma;
que la vida sin ti me causa miedo!

Diciembre de 1888.

¡ADELANTE!

A mi esposo.

Deja a las turbas revolver audaces¹
de tus limpias acciones el tesoro,
buscando con qué herir de tu decoro
la austera dignidad.
Que ni la envidia ni ambición cobarde
dentro del pecho generoso abrigas,
ni los favores pérfidos mendigas
del aura popular.

Tú que del bien por la espinosa vía
firme, tranquilo, imperturbable avanzas,
y tus nobles y grandes esperanzas
en el estudio ves;

1. El movimiento positivista y la relación que implicaba con lo político, del cual Francisco Henríquez y Carvajal y el círculo donde se movía —la “Sociedad Amigos del País”— era el principal punto de apoyo de Hostos en el país a partir de la reforma de la enseñanza, cuyo primer puntal fue la fundación de las escuelas normales y luego del Instituto de Señoritas. Estas actividades iban, va de suyo, en contra de las clases conservadoras encabezadas por Heureaux, cabeza visible del poder, las cuales, finiquitado el intento liberal de Meriño y Billini, apelaron a la dictadura. Es evidente que tanto Henríquez y Carvajal como el sector que apoya las reformas, se granjearon la animadversión de los sectores conservadores y, aún estando en el extranjero,

alta la frente, el ánimo sereno,
fija la vista al porvenir soñado,
irás contra los golpes escudado
de la pasión soez.

Irás, aunque se crucen a tu paso
los escollos que el mundo opone al bueno,
aunque apures la copa de veneno
que es premio a la virtud.
Que allá, como fanal que alumbra y guía
tras de las nieblas del presente oscuro,
brilla en los horizontes del futuro
del ideal la luz.

¿Qué son a la conciencia del honrado
los aplausos o el odio de un momento?
Rumores que se pierden con el viento
sin eco y sin valor.
Sólo perdura en brillo permanente
de la verdad la antorcha peregrina,
y tú vas, como a luz que te ilumina,
de la verdad en pos.

Julio de 1889.

continuó contra el doctor Henríquez una campaña de denuestos que arrojaban odio y maledicencia contra su honor. Contra esta campaña se levanta el poema de Salomé Ureña. Incluso una vez llegado el doctor Henríquez al país en 1891, los ataques se hacen virulentos hasta el punto de que éste tiene que irse a Cabo Haitiano a ejercer su profesión con vistas a instalarse allí con su familia. Pero ante la enfermedad de Salomé tiene que regresar para afrontar la situación. Véase Contín Aybar (*HLD*, t. II, 325)

EN LA MUERTE DE F. X. BILLINI¹

¡Dejadlo descansar! Heroico, fuerte,
ungido para el bien, se irguió en la vida;
cayó luchando, y alcanzó en la muerte
alta victoria y fama esclarecida.

¿A qué llorar? De su labor fecunda
mirad las obras en conjunto vario:
bien puede reposar quien labra y funda
y edifica y combate: es necesario.

Al afligido, al huérfano, al anciano,
al demente 'nfeliz, tended los ojos,
tended el corazón, tended la mano,
si honrar queréis del bueno los despojos.

Esas obras que ayer de su alma pía
surgieron al esfuerzo formidable
levantad en magnánima porfía
con base firme y vida perdurable.

1. Había nacido en Santo Domingo el 1 de diciembre de 1837. Murió en la misma ciudad en el mes de abril de 1890. Anexionista, salió del país cuando las tropas españolas se marcharon en 1865. Volvió al año siguiente y se dedicó a servir a la sociedad. Fundó el Colegio San Luis Gonzaga y algunas sociedades de beneficencia. Fundó la Lotería y se le atribuye el haber hallado los restos de Colón en 1877 en la catedral. Dogmático, combatió a Hostos, pero luego de innumerables meditaciones accedió a discutir con él, incluso presentándolo en el colegio que dirigía. Ver detalles de su vida y su obra en Rufino Martínez (*D*, 66).

Eso pide, eso espera el que, hoy dormido,
amar y redimir tuvo por gloria:
salvar sus ideales del olvido
es digno monumento a su memoria.

Abril de 1890.

MI ÓBOLO

*Para la fiesta a beneficio de las
víctimas del incendio del 3 de mayo
en la Ciudad Nueva, de Santo Domingo.*

Escombros y cenizas en el suelo,
angustia en el espíritu sin calma,
eso guarda no más en desconsuelo
quien hogar tuvo ayer y en paz el alma.

Hoy abatida y contristada llora
la ruina y destrucción de sus hogares
inquieta multitud que al cielo implora
de su perdido bien en los lugares.

¡Ayudemos al triste en la contienda
para alzar las moradas destruidas!
Al concurso yo traigo por ofrenda
estas notas del arpa desprendidas.

¡Paso abridles! La lira del poeta
tiene tonos enérgicos y extraños,
que vibran como acentos de profeta
y almas conmueven y conjuran daños.

¡Paso abridles! La risa del sarcasmo
huya del labio que entreabrió la duda:

yo vengo con la fe del entusiasmo,
con esa fe que las montañas muda.

Allá en tiempos remotos, muy remotos,
en playas de estas playas muy distantes,
cuando en los climas vírgenes e ignotos
fijaban su mansión pueblos errantes,

de la lira a los mágicos acentos,
bajo un cielo de eternas claridades,
se vieron sobre sólidos cimientos
surgir muros y alzarse las ciudades.

¡Paso abrid a las notas de mi canto,
que intentan, con poder desconocido,
ir a enjugar del infortunio el llanto
y alzar los muros del hogar caído!

Espíritus que abate el desconsuelo
y vais sin tregua en la desgracia ruda:
hay seres que lamentan vuestro duelo,
hay socorros que van en vuestra ayuda.

Os brinda la esperanza alientos puros
que al pecho tornen la pérdida calma:
tendréis albergue en que vivir seguros,
hogar tendréis en que espaciar el alma,

Mayo de 1890.

FE

*En el cuarto centenario del
Descubrimiento de América.*

Lejos la costa y el hogar lejos,
mares y mares en la extensión;
no hay luz que alumbre con sus reflejos,
bate sus alas el aquilón.

¿Do va la nave, si no hay un puerto
que abrigo al nauta ni amparo dé;
si todo es sombra, si todo incierto,
si sólo abismos el terror ve?

¡Ay del piloto! La airada turba
con fiero amago blande el puñal;
pero al piloto nada conturba,
fijo en la imagen de su ideal.

Torpe en el eje de aguja oscila,
se muestra indócil al norte fiel;
pero el piloto nunca vacila
y el rumbo marca de su bajel.

Avante, avante la nave sigue,
rugiendo el hombre, rugiendo el mar;
avante, avante, mas no consigue
ver una orilla ni un puerto hallar.

Olas tras olas, mares y mares,
un sol que muere y otro después,
lejos, muy lejos los patrios lares,
y el negro abismo bajo los pies.

“¡Muera el aleve!” —la turba estalla—.
“¡Muera el que arrastra la muerte en pos!”
Pero el piloto la turba acalla
con este acento que inspira Dios:

“Dejad que brille la nueva aurora.”
La blanca aurora torna a lucir,
y de las ondas que el sol colora
surge la tierra del porvenir.

Octubre de 1892.

¡TIERRA!

¡Tierra! ¡Tierra! Los siglos conmovidos
evocan ese grito de la historia,
despertando los ecos adormidos
y al orbe haciendo estremecer de gloria.

Rasgado el velo del error oscuro,
ebria de luz, cual astro soberano,
de ese grito magnético al conjuro
la América surgió del oceano.²

El enigma cayó: mudas de asombros
las vencidas edades se inclinaron,
y, el manto desciñendo de sus hombros,
al genio vencedor glorificaron.

No más el horizonte en lejanía
para el nauta será sombra y misterios:
ya se abre ruta en la extensión bravía,
ya toca triunfador otro hemisferio.

Ya no es el hombre el paria condenado,
ludibrio de las turbas en cinismo:

1. Grito del marino Rodrigo de Triana cuando divisó tierra al término del primer viaje de Colón.

2. Salomé Ureña desplaza el esquema acentual de océano a oceano por una necesidad interna de la métrica y la rima. Es de los pocos artificios retóricos que se permitía.

el torpe mundo, del error dechado,
con recio trepidar se hundió al abismo.

Contórnase la tierra en el espacio,
alcanza de los astros las carreras,
y concierta al espíritu reacio
el himno universal de las esferas.

Ancho campo que esplende en claridades
brilla deslumbrador ante la ciencia;
y es luz cuanto palpita en sus verdades,
y es luz cuanto se yergue en la conciencia.

Rotas las infamantes ligaduras
entrabadoras de la humana idea,
descoge el pensamiento a las seguras,
vuela, investiga, y elabora, y crea.

Grito de bendición y de esperanza,
resuenas en los aires todavía...
Ningún acento de la Historia alcanza
tan hondo a soçavar la tiranía.

Germen de libertad y de progreso
a tu acento brotó, fecundo y grande,
que desenvuelto en vigoroso exceso
fuerza de vida al universo expande.

¡Salve a la humanidad regenerada!
La inteligencia el porvenir encierra,
y audaz y firme, en su poder confiada,
avanza libre a conquistar la tierra.

Mientras el bronce al genio inmortaliza,
timbre y orgullo de la humana historia,
¡salve al grito de amor que simboliza
progreso y luz y redención y gloria!

12 de octubre de 1892.

PÁGINAS ÍNTIMAS¹

UMBRA

A mi esposo.

La mirada sin luz, la mente ansiosa,
 corto el aliento al pecho,
 en ruda agitación se va la vida...
 Allá perderse en la penumbra vaga
 miro las prendas del hogar benditas,
 mis hijos, en su cándido abandono,
 ajenos al amago
 de la suerte sobre ellos suspendida,
 y tú, de pie, bajo el dolor inmenso,
 nublada por el llanto la pupila.

1. Sobre este poema, compuesto de dos estrofas con dos títulos diferentes, dice Doña Silveria (SUH, 29) lo siguiente: «El 9 de abril de 1894 nació Camila, su única hija. Mientras tanto, ella luchaba con la muerte, atacada de fuerte neumonía. Rebasó la gravedad, pero su salud quedó minada para siempre. Aparentemente restablecida de esa enfermedad, escribió su poema *Umbra-Resurrexit*.» Y más adelante agrega la autora: «Durante su quebranto inflexible, el esposo la hizo abandonar la ciudad natal, hacia Puerto Plata (junio de 1896).» (SUH, 30) Los tabús sobre esa, para la época, incurable y contagiosa enfermedad hacen que se escamotee la palabra tuberculosis, mal del cual murió Salomé. Por ejemplo, Federico Henríquez y Carvajal recurre al siguiente eufemismo: «Pero en marzo de 1895, antes de vencido el primer trimestre, sumamente fatigada por el asma, le sobrevino la gripe con determinaciones neumónicas que la postró en el lecho.» (SUIS, 235)

RESURREXIT

Brota la luz en deslumbrantes ondas,
el aire al pecho afluye,
el espíritu absorto se reanima,
y cunde y se dilata en las arterias
el ritmo palpitante de la vida.
Y bajo el ala cándida que extiende
sobre el hogar en gozo
ángel nuevo de paz que el cielo brinda,
surgiendo victorioso de las sombras
el cuadro de mi amor esplende al día.

Abril de 1894.

MI PEDRO¹

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.

¡Si lo viérais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

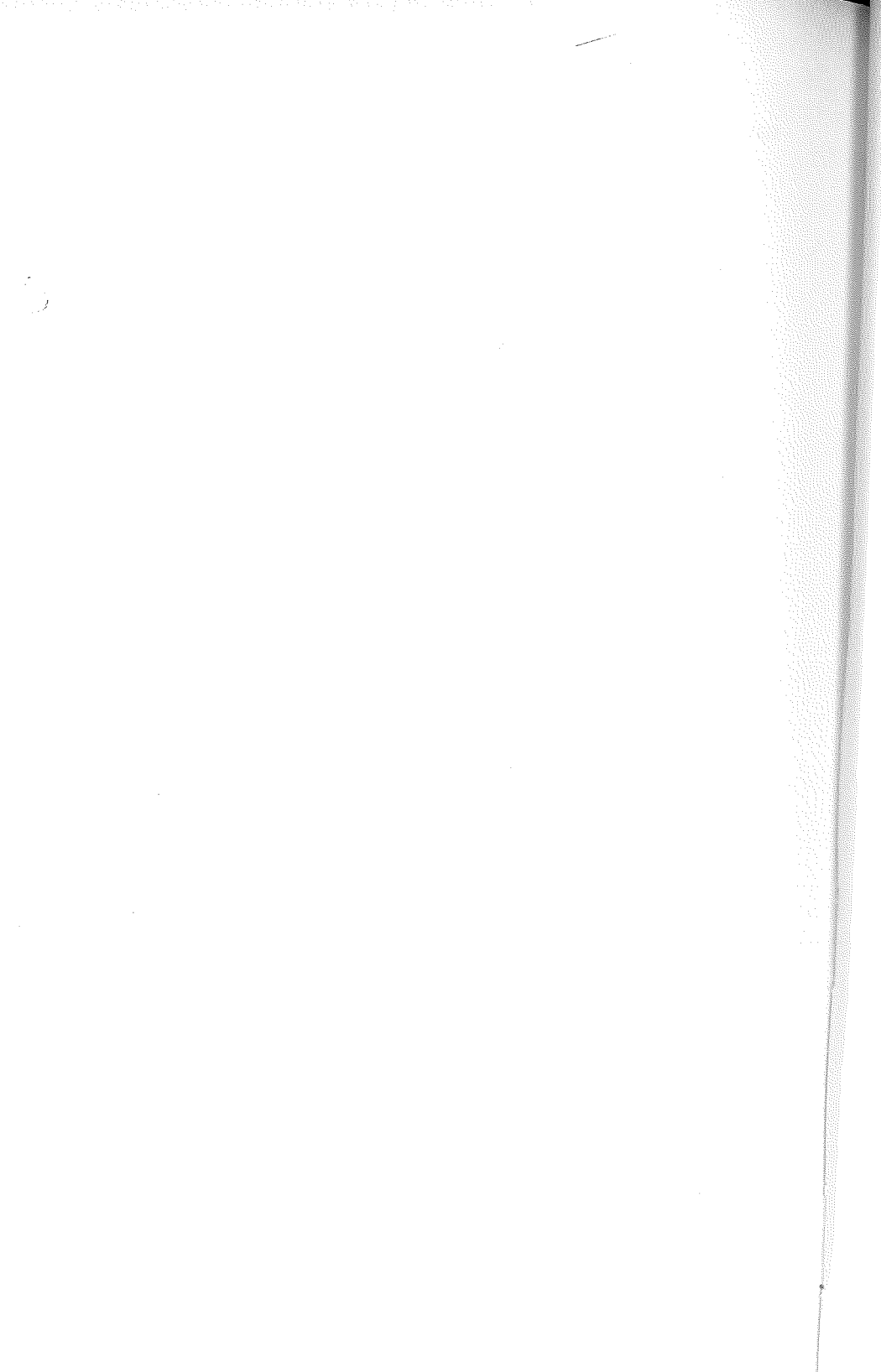
1. Esta composición se considera como la última que escribió la autora: en realidad, sólo las dos últimas estrofas son del mes de julio de 1896; las cuatro primeras estrofas fueron escritas en mayo de 1890. (Nota ed. 1920, pág. 109.)

Según este testimonio de su hijo Pedro, esas dos últimas estrofas de este poema fue lo que Salomé escribió por última vez en su vida, antes de sucumbir ante la enfermedad que la traía entre la vida y la muerte desde el nacimiento de Camila en 1894 hasta el 6 de marzo de 1897, día de su fallecimiento. Según Doña Silveria su entierro fue una manifestación en que «por primera vez desfilaron las mujeres dominicanas en un acto civil.» (SUH, 38) El acontecimiento mismo de su muerte inaugura la irrupción del cuerpo femenino en el espacio de lo público, lo cual se reafirmará durante la intervención militar norteamericana de 1916-24. Las mujeres, hasta ese entonces, no traspasaban el umbral de la casa.

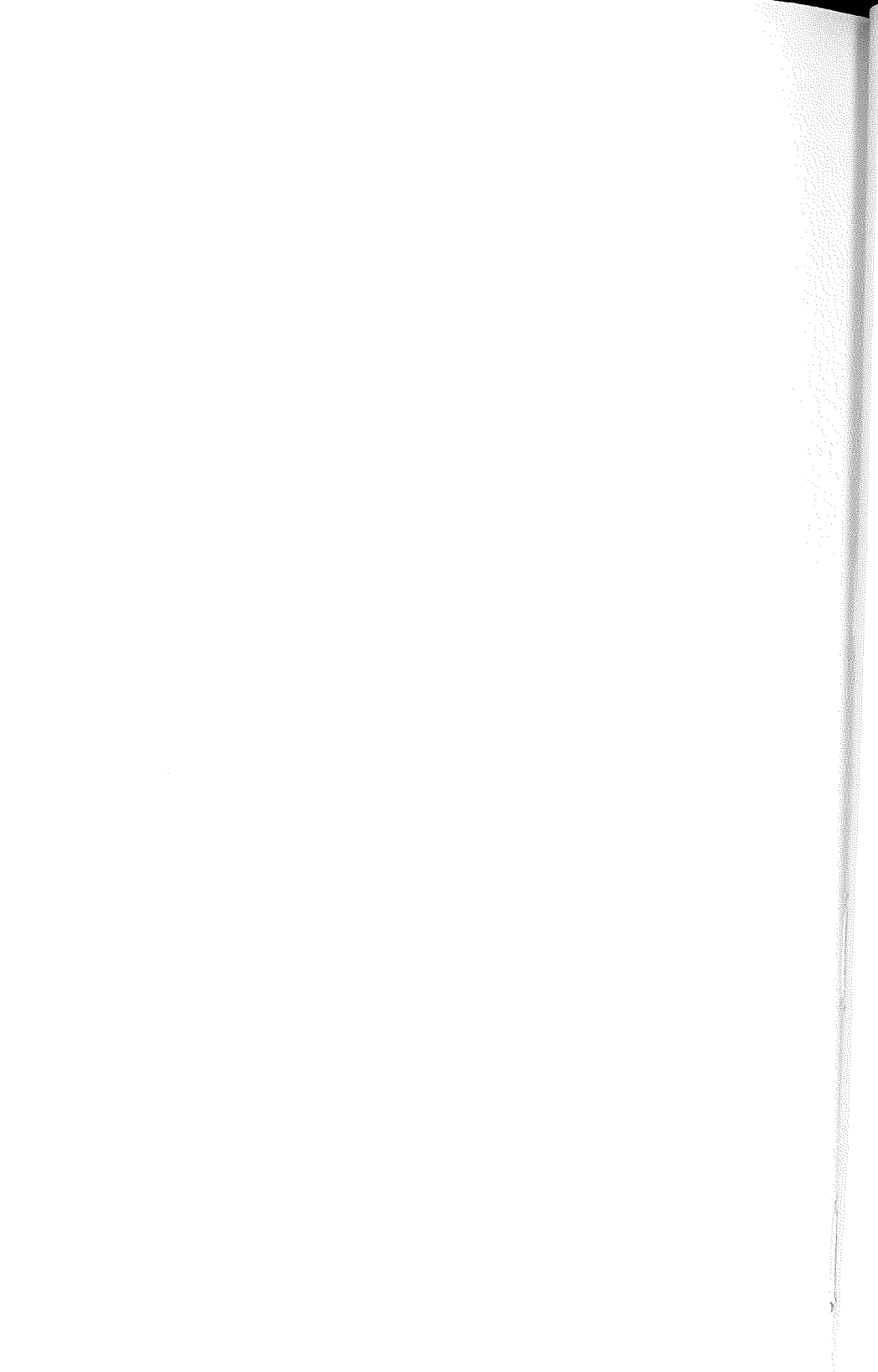
Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternera
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!



ÍNDICE



SALOMÉ UREÑA O LA METRIFICACIÓN DE UNA IDEOLOGÍA: EL POSITIVISMO

Diógenes Céspedes	7
1. <i>Recepción</i>	7
2. <i>El vector ideológico del positivismo en Santo Domingo</i>	8
3. <i>Las ideas poéticas en la época de Salomé Ureña</i> ...	21
4. <i>El poema-Salomé</i>	24
5. <i>¿Más signo que símbolo?</i>	28

¡FIAT LUX!

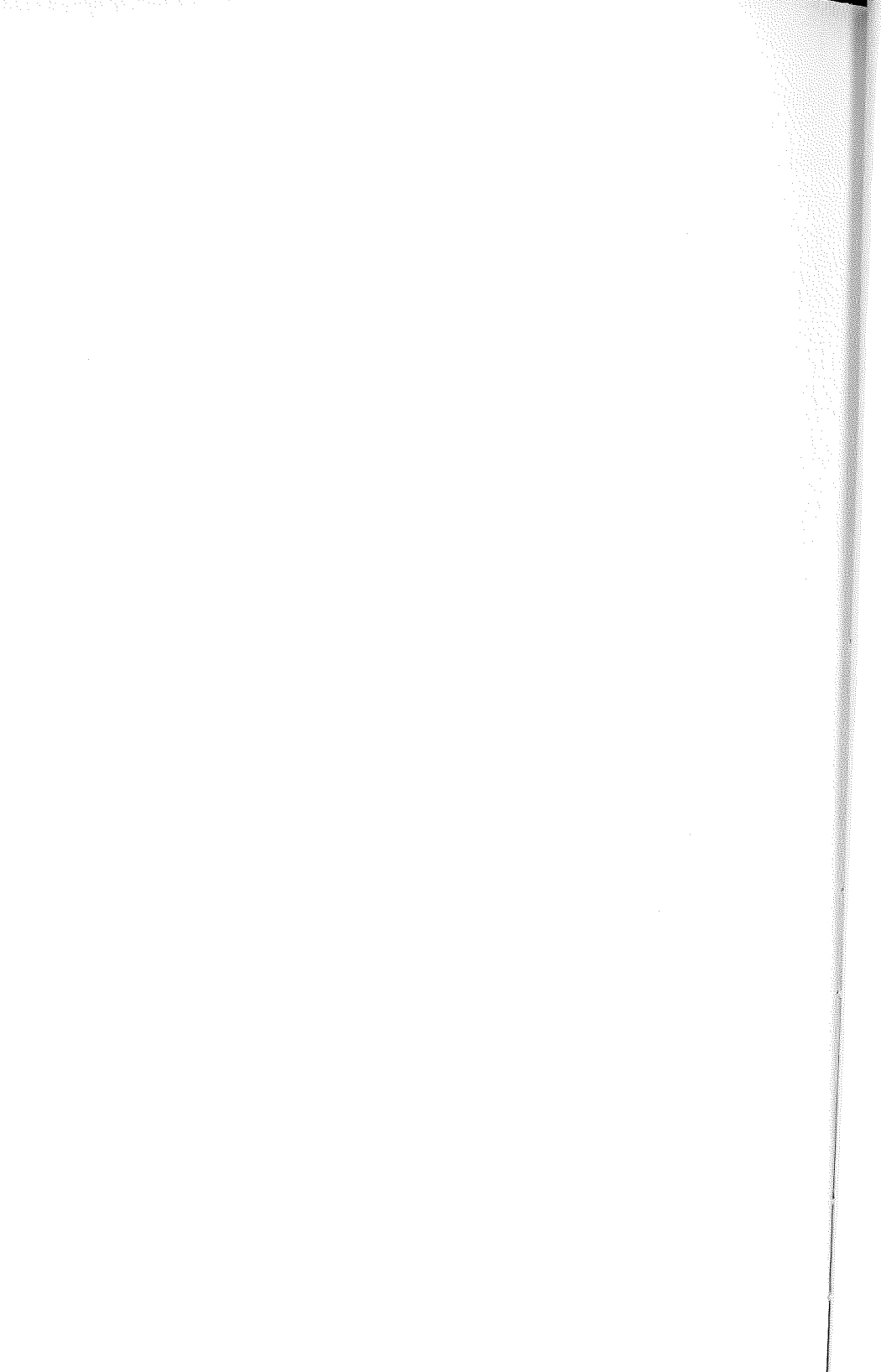
Fernando Arturo de Meriño	57
---------------------------------	----

POESÍAS COMPLETAS

Contestación	65
Una lágrima	68
Recuerdos a un proscrito	71
Un gemido	74
La gloria del progreso	76
A los leutones	79

A los dominicanos	81
A la patria	84
Al ciudadano Ignacio María González	87
Diez y seis de agosto	90
Melancolía	93
Gratitud	96
Homenaje a Billini	98
¡Padre mío!	101
Una esperanza	103
El ave y el nido	105
Ruinas	107
Para la distribución de premios del Colegio de San Luis Gonzaga	110
En la muerte de María Isabel Rodríguez de García	112
27 de Febrero	115
Una memoria	118
La llegada del invierno	120
A la niña I.A.C.	122
Impresiones	125
La fe en el porvenir	128
En la muerte de Espaillat	131
A Quisqueya	135
Hecatombe	138
En defensa de la sociedad	141
La transfiguración	146
A mi patria	151
Colón	154

A la música	159
El cantar de mis cantares	162
Quejas	165
A mi madre	168
Amor y anhelo	170
Luz	173
Anacaona	176
Sueños	249
Sombras	252
Vespertina	255
En el nacimiento de mi primogénito	258
Caridad	261
En horas de angustia	264
Víctor Hugo	267
¡Pobre niño!	268
¿Qué es patria?	269
Mi ofrenda a la patria	272
Tristezas	276
Angustias	278
¡Adelante!	280
En la muerte de F.X. Billini	282
Mi óbolo	284
Fe	286
¡Tierra!	288
Páginas íntimas	290
Mi Pedro	292



**Este libro se terminó de imprimir
el día 15 de diciembre de 1989
en los Talleres Gráficos de
EDITORA CORRIPIO, C. por A.
Calle A esquina Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, Rep. Dominicana**